

1726

Granitos de Incienso



POR D. GENARO LUCAS (ORANGE)

TOMO CUARTO

Centimetres **TIFFEN** Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007

Blue

Cyan

Green

Yellow

Red

Magenta

White

3/Color

Black

8
19
18
17
16
15
14
13
12
11
10
9
8
7
6
5
4
3
2
1

Biblioteca Pública de Avila

SECCION DE HOSPITALES

Lector: devuelve este libro después de leerlo, otro enfermo lo espera. Tú puedes leer los que otros han leído ya.

Lector: piensa que estos libros son para todos los enfermos y heridos.

Lector: libro estropeado o sucio es libro perdido

Lector: los libros son para los enfermos; dejarlos salir del Hospital o sacarlos es una mala elección.

R. 1726
GENARO LUCAS (ORANG)

465

: GRANITOS: DE INCIENSO

TOMO IV

R. 61.991-



1041366

465

AVILA-1924

Tipografía y Encuadernación de Senén Marín.

ORANITOS
DE INGENIEROS

TOMO V



1912

DEDICATORIA

¡Santísimo Cristo de la Luz! bajo cuya sombra cristianamente me crié y bajo cuyo amparo poderosísimo tantas veces mi santa madre me colocó y tantas veces el autor de mis días me inclinó a amarte.

Yo deseo, dulcísimo Jesús, adorarte con la adoración más profunda que en humana criatura sea posible, yo te pido mil perdones de las ligerezas y extravíos de los primeros días de mi loca juventud, hasta que por tu infinita misericordia y con los repetidos golpes de tu Divina Gracia y sobre todo con la temprana muerte del autor de mis días, me hiciste abrir mis torpes ojos, que deseo se cierren abrazados en tu divino amor.

Como acto de mi mayor gratitud, te dedico este pequeñísimo recuerdo, que espero, que para especial y espiritual provecho de cuantos este librito leyeren, tú, dulcísimo Jesús, de un modo especial le bendigas. Bendecid a mi querido pueblo, para que jamás disminuya en vuestra provechosísima devoción, bendecid a toda mi familia y bendecid a este tu agradecidísimo siervo, que tanto te amó y tantísimo desea amarte.

EL AUTOR

DESCRIPTORIA

The following is a list of the names of the persons who have been admitted to the office of the Secretary of the Board of Health, since the last meeting of the Board, on the 1st day of January, 1880.

1. *[Name]*

2. *[Name]*

3. *[Name]*

4. *[Name]*

5. *[Name]*

6. *[Name]*

7. *[Name]*

8. *[Name]*

9. *[Name]*

10. *[Name]*

11. *[Name]*

12. *[Name]*

13. *[Name]*

14. *[Name]*

15. *[Name]*

16. *[Name]*

17. *[Name]*

18. *[Name]*

19. *[Name]*

20. *[Name]*

21. *[Name]*

22. *[Name]*

23. *[Name]*

24. *[Name]*

25. *[Name]*

26. *[Name]*

27. *[Name]*

28. *[Name]*

29. *[Name]*

30. *[Name]*

31. *[Name]*

32. *[Name]*

33. *[Name]*

34. *[Name]*

35. *[Name]*

36. *[Name]*

37. *[Name]*

38. *[Name]*

39. *[Name]*

40. *[Name]*

41. *[Name]*

42. *[Name]*

43. *[Name]*

44. *[Name]*

45. *[Name]*

46. *[Name]*

47. *[Name]*

48. *[Name]*

49. *[Name]*

50. *[Name]*

51. *[Name]*

52. *[Name]*

53. *[Name]*

54. *[Name]*

55. *[Name]*

56. *[Name]*

57. *[Name]*

58. *[Name]*

59. *[Name]*

60. *[Name]*

61. *[Name]*

62. *[Name]*

63. *[Name]*

64. *[Name]*

65. *[Name]*

66. *[Name]*

67. *[Name]*

68. *[Name]*

69. *[Name]*

70. *[Name]*

71. *[Name]*

72. *[Name]*

73. *[Name]*

74. *[Name]*

75. *[Name]*

76. *[Name]*

77. *[Name]*

78. *[Name]*

79. *[Name]*

80. *[Name]*

81. *[Name]*

82. *[Name]*

83. *[Name]*

84. *[Name]*

85. *[Name]*

86. *[Name]*

87. *[Name]*

88. *[Name]*

89. *[Name]*

90. *[Name]*

91. *[Name]*

92. *[Name]*

93. *[Name]*

94. *[Name]*

95. *[Name]*

96. *[Name]*

97. *[Name]*

98. *[Name]*

99. *[Name]*

100. *[Name]*

PROLOGO

Aquí tienes, lector, el cuarto tomo de GRANITOS DE INCIENSO, que saca a la luz pública D. Genaro Lúcas González. Si nunca conociste personalmente al autor, mejor, para que puedas leerle sin prevención ninguna. Muchos de sus antiguos conocidos jamás sospecharon, y así me lo han dicho, que D. Genaro Lúcas pudiera escribir para el público los libros que ha escrito. Y es que sabían que había comenzado un poco tarde su carrera de estudios hecha a la ligera, con los pocos conocimientos fundamentales que en aquellos tiempos, en que los maestros no cobraban, podían ser aportados de las escuelas públicas de primeras letras; pero ignoraban los estudios que hizo después, asistiendo a las aulas *con toda su barba* entre los mozalbetes, y grisáceo ya el pelo de su cabeza, hojeando libros en el alto mirador de su casa convertido en delicioso gabinete, consultando una biblioteca de carne y hueso que tuvo siempre a su lado hasta que Dios tuvo a bien arrancársela, y sobre todo observando el corazón de los hombres, en lucha siempre con la humanidad flaca y doliente, y aprendiendo más en el libro del mundo que en las obras maestras de nuestros clásicos:



Pero es que los libros de D. Genaro no son la obra científica de un sabio; son la obra literaria de un poeta. D. Genaro Lúcas, dice el Promotor de la devoción a la Sagrada Familia en su núm. 197, octubre del 1904, es un poeta, que sabe escribir sus concepciones en prosa.» ¡Un poeta!... ¿Qué falta hace para serlo tener la cabeza llena de ideas aprendidas en los libros, la mayor parte de las cuales no sirven absolutamente de nada? Para ser poeta, basta poseer con un natural claro, algo de imaginación y de sentimiento; y D. Genaro, además de tener una inteligencia muy clara, tiene una imaginación volcánica y un corazón grande, apasionado. No inventa los hechos que relata; todos o casi todos son históricos; pero si los detalles y las circunstancias, que pueden hacerlos más interesantes, al menos en muchas de sus narraciones; exponiéndolos con un estilo sencillo, natural, fluido y correcto, y hablando un lenguaje de lo más castizo que encontraba en estos tiempos, en que tanto se escribe, el malogrado P. Gonzalo Coloma, como puede convencerse de ello quien lea solamente «Los Toros de Santa Teresa». Su gran corazón, por serlo, ha sufrido, como todos los grandes corazones, amarguras y desengaños grandes. Cuarenta años hace que le conozco y que le trato; mira, lector, si tendré razón para asegurarlo. Así es que de todas sus leyendas, las más bellas, las más conmovedoras y patéticas son aquellas en que se relatan algunos hechos de su vida, ocultos siempre bajo el simbolismo; son aquellas en que de algún modo interviene él, oculto siempre su nombre bajo el seudónimo, porque allí se ve su corazón tal y como es. En las demás narraciones se deja entrever algo de ese corazón, pero cuando el

autor interviene como protagonista o al menos como personaje en sus leyendas, se ve su corazón allí todo entero, con toda su grandeza, con todas sus virtudes, sufriendo resignado como un mártir las amarguras todas, tanto más crueles, cuanto más amados de él son los que le hacen beber el cáliz de ellas, o gozando con alegría los favores del Cielo, que vierte Dios por medio de sus elegidos en las almas que asqueadas, de la tierra, pusieron arriba toda su fe, toda su esperanza y todo su amor.

Pero esta obra de poeta es a la vez la obra de un catequista. «GRANITOS DE INCIENSO—decía el erudito D. Valentín Picatoste (q. e. p. d.), apenas salió a la luz el primer tomo—, es la obra de un catequista. Como Docle, Doudet en Francia, y como Trueba en España, ha demostrado el autor de este libro que se puede hacer cuentos bonitos y perseguir un fin educativo y moral sin los viejos recursos de sortilegios y encantamientos».

Con mucha más razón hubiera escrito esto el malogrado Sr. Picatoste, si hubiera podido leer los tres tomos que después de aquél primero han visto la luz pública. Sí; D. Genaro Lucas en sus libros, es un catequista; un catequista de párvulos en la primera parte de las dos en que puede dividirse su obra literaria; un catequista de adultos en la segunda.

Pero los libros de D. Genaro son algo más que la obra literaria de un poeta y que la obra instructora y moralizadora de un catequista. Son el complemento de la obra de un apóstol. A imitación de San Pablo, D. Genaro no se glorió nunca de saber más que a Cristo, y éste Crucificado; y la imagen de Cristo Crucificado fué lo que procuró siempre im-

primir en las almas, como impresa va en la portada de este libro, sufriendo y estando dispuesto a sufrir para esto todas las abnegaciones y todos los sacrificios. Su vida ha sido una vida apostólica, como lo es la de tantos sacerdotes pobres encerrados entre las cuatro paredes de la casa parroquial de una aldea mísera, y cuyas abnegaciones no conocen, ni pueden conocer los que nacieron y vivieron en la opulencia, pudiendo conservar siempre virgen su voluntad.

Y como D. Genaro sembró el conocimiento y el amor a Cristo en todas las clases de la sociedad, en las de abajo, en las de arriba y en las de enmedio, en los pueblos y en las ciudades, en las cárceles, en los Seminarios y en los hospicios, hoy que sus años no le permiten aquel trabajo de otros tiempos, ni casi salir de su casa, piensa en todos aquellos que estuvieron confiados a sus cuidados, y para todos tiene su corazón afectos, para todos tiene un recuerdo; todos quiere que sean buenos y se salven, y por eso a todos ellos les habla en sus libros. Como San Pablo escribió la mayor parte de sus cartas a los fieles de las Iglesias que fundó, confirmándolos en la fe de Cristo que les había predicado y repitiéndoles la misma moral que les había enseñado, así este sacerdote trabajador y humilde, cuando no puede hacer otra cosa, escribe a las almas de todos los lugares por donde pasó ejerciendo su ministerio augusto, recordándoles a Cristo, hablándoles de las bondades de Dios, inculcándoles una vez más la devoción a la Santísima Virgen y al glorioso patriarca San José, el amor y la imitación a la Sagrada Familia de Nazaret, exhortando, en fin, a todos a que teman a Dios, porque el temor de Dios es el principio

de la sabiduría, de la sabiduría práctica que consiste en *saber salvarse*, de la verdadera sabiduría,

«porque al fin de la jornada
aquél que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada».

Ahí están, como muestra y prueba de lo que digo, *El Cristo de mi pueblo*, que es una verdadera predicación para la aldea en que nació D. Genaro; *Joaquinito*, ese idilio lleno de ternura, de amor, de heroísmo, de grandeza de alma; *Curruca*, *Escenas del natural*, *Villa y Corte de la Sagrada Familia*, y *Desde el Cadalso al Cielo*; de los cuales, los tres primeros son la última mano de su apostolado para algunos lugares por donde pasó a la ligera, así como el cuarto lo es para sus seminaristas, y el quinto para sus presos.

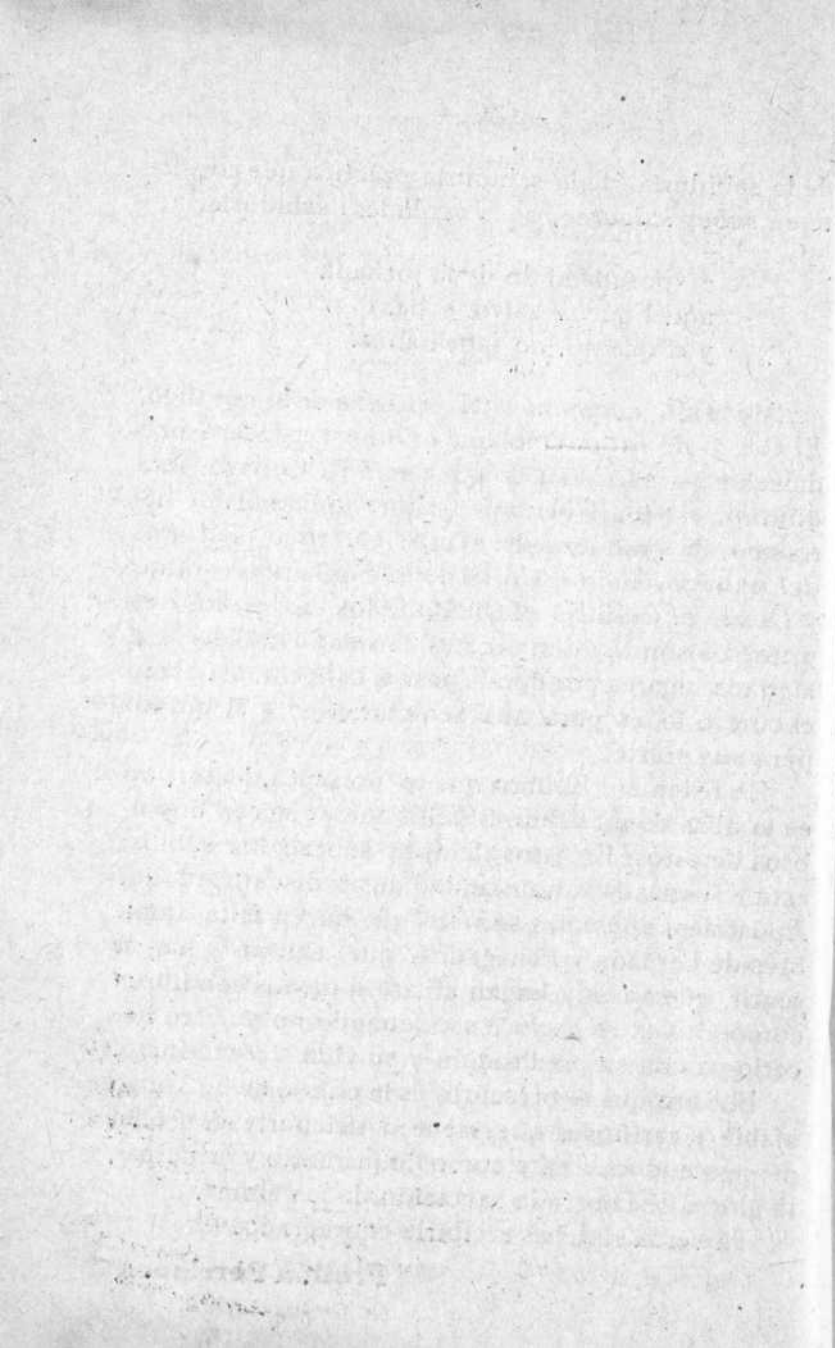
En resumen: El libro que te presento, lector, no es la obra de un sabio, ni falta que te hacen hoy libros de estos. En estos tiempos sobran los sabios; está ya cansada la humanidad de oír discutirlo todo. Apóstoles, apóstoles son los que hacen falta, hombres de corazón y abnegados, que sientan y hagan sentir, que amen y hagan amar, al menos con libros como GRANITOS DE INCIENSO, cuando no puedan hacerlo ya con su predicación y su vida de sacrificio.

El libro que te presento, es la charia de un amigo afable y cariñoso, que viene a deleitarte con ella, persiguiendo siempre como fin primario y principal, la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Tú verás si debes recibirle con agrado.

Froilán Perrino.

Canónigo Lectoral.





EL CRISTO DE MI PUEBLO

(HISTÓRICO)

No lejos de la cordillera Carpeto-vetónica, al principio Sur de las inmensas llanuras de la noble Castilla la Vieja, en el centro Norte de la provincia de los Leales y Caballeros, existe un insignificante pueblecito que lleva el nombre del fertilísimo contorno que le rodea y de la historia que le dió el ser. Este pueblecito tiene su ermita, y esta ermita tiene su imagen, y esta imagen su historia, que, como la mayor parte, milagrosamente manifestó de que allí, en aquel sitio y no en otro quería se la edificara casa, se la diese culto y se la pidieran milagros. Pero más viva que su historia, más hermosa que su ermita, y de más valor que su rico suelo, es la fe de aquellos sencillos trabajadores, de aquellos corazones nobles, de aquellas almas cortadas aún al desusado estilo de nuestros siglos de oro.

Avívase cada día su fe con los mil y mil sucesos milagrosos para los que los reciben, aunque no sufran el escalpelo de la fría, escéptica y mordaz crítica de los tiempos modernos. Ciertamente que la sañuda y sangrienta burla de la moderna impiedad, cubierta con la brillante capa de los adelantos de la ciencia, ha entibiado mucho la fe de nuestros pueblos, como



ha hecho desaparecer en su mayor parte la de las grandes poblaciones; pero quitarla del corazón de una sencilla aldeana que sea madre... ¡imposible!

Cierto que hoy no puede hablarse de esos hechos extraordinarios ni en las pequeñas aldeas, porque no faltan en ellas ya un maestro de la escuela modernista (léase sin Dios), o un médico ateo, o un veterinario materialista, o un secretario simplón, filtrador de oficio o lleno de irregularidades por naturaleza; que como ellos están sin fe, y como no la quieren porque les estorba, llevados por la superioridad de su saber sobre los sencillos aldeanos, con mil insulsas razones, y con desmedida impiedad, asustan y tapan la boca de las almas creyentes que aún viven la vida de fe y a ella acomodan sus sanas costumbres, y creen sin vacilar que todo cuanto acontece, próspero o adverso, es porque el Cristo de la ermita o está enojado por los pecados del pueblo, porque ya apenas hay quien le visite y lleve aceite a su lamparilla, o se forma la nube y manda la lluvia porque se hizo la novena, o se partió el nublado y deshizo el granizo en agua, que amenazó trillararlo todo, sin segar los campos, porque llegó el sonido del campanillo de la ermita hasta la nube, al propio tiempo que al cielo la plegaria de los trémulos labradores que, a los primeros rugidos del trueno, mandaron a sus hijos a tocar, sin temor a que sirvan de pararrayos a la nube.

Digan lo que quieran los ateos y necios positivistas de hoy, allí se puede vivir donde todavía se conserva la fe viva en su Cristo, en su Virgen o en el Santo de su ermita.

Para animación de los unos, rabia y confusión de los otros, vaya esta historia.

II

Corría el año de 1883, como quien dice *vivito* y *colegando*, *recientito*, como que sólo faltan el médico y aquella venerable anciana cuya fe trasladaba los montes. Las campanas de la iglesia, sueltas al aire como el cabello de una niña, alegres y juguetonas, decían a los pacíficos vecinos. ¡Corred... corred!... que es la hora. ¡Venid... venid!... que van a ir a la ermita por el Santo Cristo para celebrar la tradicional velada, la solemne fiesta. Y el humilde esquiloncillo de la ermita, pulcra y preciosa, como si respondiese a sus hermanas mayores, contestaba con el tiple de un robusto niño: «Sí, sí, venid, venid, que ya es hora; mi Dios y mi Señor, mi amo y mi dueño, mi Criador y el vuestro, ya os espera, vestido con todas sus galas, la corona de flores, las andas nuevas, la banda bordada, todo, todo lo mejorcito se le acaba de poner esta misma tarde». Y a pesar de representar la imagen la agonía, se sonríe de placer, no por sus galas, que nada valen para las que tiene El en la gloria, se sonríe de ver a sus hijitos, a los buenos y sencillos lugareños, dejar sus faenas, saltar de alegría sus corazones, y, sacudiéndose el polvo o limpiándose el barro, acudir precipitados a la iglesia y a la ermita para ver salir, con lágrimas en los ojos y grande devoción en sus corazones, aquel Señor del cielo y tierra, que como si no estuviese contento en la gloria, ni satisfecho en el cielo, viene con sus mejores vestidos y dice: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*.

Ni una sola de las mujeres deja de entender todo ésto, por eso se las vé conmovirse y enjugar las lágrimas de sus ojos sólo al ver que se mueve la ima-

gen y que se dispone a dejar su trono de la ermita para pasar, como quien dice, un día o un novenario en la iglesia, en su propia casa, porque la iglesia es de ellos, no es del Cristo, del Cristo es la ermita; por eso todos agradecen en el alma este favor; y hasta los hombres, que en profundo silencio están mirando cómo sale la imagen movida por cuatro afortunados, en un sólo sentir dicen henchidos de júbilo: «¡Señor! Parece mentira que el Cristo deje su casa y vaya a visitarnos.»

¡Bendita fe! que en su mudo lenguaje tan altamente habló; benditas campanas y esquiloncito, que todos los años dicen las mismas cosas y las entienden de la misma manera mis inolvidables paisanos.

Quien no nació en pueblo, ni le cupo una madre creyente, ni fué a esperar al Cristo, no sabe lo que dicen las campanas, ni lo que contestan el esquiloncillo, ni lo que sienten aquellos benditos corazones.

Sin embargo, era yo bien joven, lo recuerdo como si fuese hoy.

Erase un profesor de la Universidad Central de Madrid, y se hallaba en la ermita junto a nosotros, y al ver mover la imagen, en aquel profundo silencio, aquel expresivo mirar, aquel sublime sentir, no pudo contenerse y nos dijo: «¡Caracoles! ¡Aquí se cree!» Pues porque se cree, se obra, y se hace obrar a Dios por el Santo Cristo mil y mil hechos prodigiosos en el sentir de aquellos creyentes.

III

Serían las tres de la tarde del 2 de mayo del año dicho: cerrábanse todas las puertas con precipita-

ción. y con la misma acudía la gente a la iglesia y otros a la ermita para rendir tributo a su protector y gozar de aquella dulcísima escena. *Ver salir al Santísimo Cristo*. Los sonidos del tambor y la catterva de chiquillos que le acompañan se acercaban a la puerta de la iglesia, y en sus interrumpidos redobles parecía decir el pastoril instrumento:— ¡Ojo! Descubríos, que sale la procesión.

Una casita blanca como una paloma, la más cercana a la iglesia, no se había cerrado, ¿Cómo? ¿No tendrían fe? ¿Sería una burla? De ninguna manera. Se la hubiera anatematizado por todos; y al contrario, de ella salían muchas personas con dirección a la iglesia; allí vivía una madre que supo, por preciadísima herencia, dejar a sus hijos una fe vivísima, poco menos que la que poseía ella; muchos de los que salían eran parientes y amigos que salían de visitar a un enfermo que allí había.

¡Un enfermo! Sí, un joven, que en lo más florido de su edad, y con bien robusta naturaleza, se hallaba inmóvil de las piernas, como paralítico, con una erupción penosísima y ya de tal modo demacrado, que en el gesto que ponían los parientes y vecinos que le preguntaban, bien claro se leía esta palabra.

— No verás tú otra fiesta, ni vuelves a visitar al Santísimo Cristo.

Y lo peor y lo más triste era que procediendo la enfermedad de una inoculación al afeitarse y de un equívoco de un farmacéutico, después la historia, la acre y sañuda crítica, que no tiene caridad, ni piensa, ni reflexiona, había de decir: «Murió en lo mejor de su vida de enfermedad vergonzosa». Y esto le trituraba el alma al enfermo, porque de oído a oído, y de lengua en lengua, llegaría hasta los castos

oídos de su virtuosa madre, de aquella santa aldeana, que sabía bien claro que el hijo de su corazón no tenía nada de que arrepentirse, y, sin embargo, había de recibir el cieno en su cara.

Por madre e hijo debía haber pasado ésto, y por santo respeto se lo callaban, y los dos debían de sentirlo con gran viveza cuando le dice:

—¿Quieres, hijo, que vaya a la procesión o me quedo contigo?

—Vaya usted y pida mucho al Santísimo Cristo por mí.

Salió la madre sin decir una sola palabra; ella se enjugó los ojos al volver la cabeza, y el hijo al quedarse solo.

¡Qué momentos tan delicados hay en la vida!

—Acércame más a la mesa, que me canso de estar así—dijo el enfermo a una hermana suya que entró a decirle adiós y a preguntarle si cerraba la puerta,—Sí, cierra, pues ya sabes que no me puedo mover,—pues ni agarrado a las paredes podía andar no siendo sostenido por ella.

Salió en silencio la procesión como de costumbre; dirigiánse a la ermita, y sólo algún redoble del tambor, decía a los rezagados vecinos, que ya marchaban por la imagen, que allí les esperaban. Momentos después estaba desierta la calle y la iglesia; todo en profundo silencio; hasta dejaron de tocar las campanas. Rompió a llorar la madre, cubriéndose, para no ser tan notada, con su mantilla; apenas se movió la santa imagen, cuando en su amantísimo corazón se levantó esta plegaria: «¡Señor, tened misericordia de mí! ¡Mi hijo, Señor, mi hijo, que tanto os ama está enfermo!» Y de emoción apenas podía balbucir las palabras. «¡Vais a pasar tan

cerca... por mi misma casa! ¡Pobrecito! Ni siquiera se puede mover para salir a veros. ¡Señor, Señor! ¡Tened de él y de mí misericordia!» Salió la imagen y ya la madre lloraba y oraba en silencio.

Mientras tanto, el enfermo, solo, fijó la mirada en un libro que tenía delante, sin que nada viese; se levantaba en su corazón una tremenda lucha, una tempestad como no la había sentido en todo el tiempo que llevaba enfermo ¡Enfermo! Y quizá grave, podía morir ¡morir! ¿Qué le importaba, si desprendido de las cosas del mundo no tenía más que a su santa madre? Pero morir de aquella enfermedad, qué tristeza y qué vergüenza le daba. El, que por la misericordia de Dios había probado que era hijo de aquella virtuosa madre y del no menos católico padre, que de jovencito había perdido, de tan honrada familia, y él tan bueno, pues por tal se le tenía, y si moría de aquello resultaría para todos un hipócrita y un perdido.

— ¡Señor, qué horrible situación! ¡Qué pena, Dios mío! ¡Hágase tu voluntad!—balbució el enfermo— porque perder la vida, y siendo inocente, perder con ella la honra... sin esperanza de que se deshaga el prejuicio hasta el juicio final, ¡Señor, es muy triste! Habrá, de seguro, quien a esa pobre mujer, a esa santa madre, la lacere el corazón diciéndola:—Tu hijo murió de... ¡Dios mío! Lo acepto si queréis, pero es muy duro... ¡Madre! pobre madre—se decía— cuando después que tu hijo muera, te arrojen en tu inmaculado rostro un puñado de cieno, ¿qué sentirás?» Un torrente de lágrimas se desbordó por aquellos mustios ojos, y entre la resignación de la más triste muerte, por amor de Dios aceptada en silencio se ponía delante majestuoso, sublime, tierno y santo

el amor de aquella desgraciada mujer, que, dado el querer que se tenían, quizá en aquellos mismos momentos de seguro tendría el alma traspasada de la mayor amargura.

Entonces medía el enfermo lo incomprendible del amor de una madre y el heroísmo que aquel supone para sufrir y callar.

Así estaba el joven como petrificado con aquellos dos pensamientos, fijos y tenaces, que no podía vencer, para morir alegre en la flor de su edad. ¡Ver-güenza de morir de aquel modo! ¡La pena del sufrimiento de su santa madre!

Cuando al revolver de una esquina, oyó claro, sonoro, suave como el beso de una madre, alegre como el color de la esperanza dulce y agradable en medio de su aspereza, el redoble del tambor con su marcha de triunfo...— ¡La procesión! ¡ya llega!— se dijo el enfermo, y se sintió completamente mudado; vibran en su corazón las fibras todas de la fe de sus progenitores y cobró, sin saber como, la esperanza más grande y sincera.

Las esquillillas por los acólitos y chiquillos agitadas. los ecos cercanos del *Dixit Dominus Domino meo...* le hicieron decir.—El Cristo... el Santísimo Cristo—y una ráfaga de fuego salió por sus ojos.— ¡Pero si no puedo salir a verle!—y nuevas lágrimas inundaron sus mejillas, pero tranquilas y serenas como son las de la viva fe de un creyente; puestas las manos sobre su cara, para sostener los sollozos, exclamó lleno de ánimo:— ¡Cristo bendito, si queréis podéis curarme!

Sentíase de lleno acercarse y pasar por la misma puerta la procesión y llenábase por momentos de fe y confianza el alma del enfermo. «Sí, sí, voy a ver-

te», le pareció le decía el Santísimo Cristo dentro de su alma, y luego que le repetía: «Ven, ven a verme tú. *Levantaté y anda*», y el paralítico creyó y no se hizo rogar; se levantó y anduvo.

Llegóse a la puerta, y como estaba cerrada, por las rendijas vió en medio de dos largas filas de fervorosos creyentes, levantado en sus andas sobre los hombros de los afortunados, el Santísimo Cristo de su ermita, con todas sus galas, con todos sus encantos, como le contempló cien veces de niño, con la corona de flores, la banda encarnada, que flotando por los aires daba nueva hermosura al cárdeno cuerpo de la hermosa efigie; vió aquella cara que en medio de la agonía parecía sonreírle, y que lleno de amor le decía:—*Tú crees en el que te ha curado.*— Y cuando el corazón le rebosaba de placer y se enchía de dicha porque enfrentaba a su casa la sagrada imagen, vió a su santa madre que, agarrada a las andas, caída la mantilla para disimular su emoción, como María al pie de la Cruz, parecía decirle: «Señor, acuerdate de mi hijo y de su afligida madre». No vió más el afortunado joven: el pensamiento de su madre le inundó de tal modo de dicha, que cayó al suelo repitiendo: *Domine non sum dignus.*

IV

Los redobles del tambor, la gritería de los muchachos y la algazara de los mismos, que como manada de corderillos que salen del aprisco donde estuvieran encerrados se lanzan en tumultuosos remolinos, haciendo piruetas, después de haber mareado a sus madres, con sus mil chillidos mostraron bien claro que se habían terminado las Vísperas y que salía la gente.

Contra costumbre, quizá por muda inspiración, quizá por acompañar mas pronto al enfermo, a los pocos grupos de hombres salieron la madre y la hija de la iglesia; al abrir ésta la puerta, un grito de agradable sorpresa la hizo dar un paso atrás y llorando decir a su madre: «¡Fulano!», al ver a su hermano pasearse tranquilo y sereno como la cosa más natural del mundo.—¡Es un milagro!—gritan las dos, y arrojándose la madre para abrazarle le dice:—¿Pero, qué es ésto, hijo? ¿Qué es ésto?—Nada madre, el Santísimo Cristo la ha oído a usted.

Abrazados hijo y madre permanecían en profundo silencio, mientras la multitud de parientes y amigos que entraban admirados se decían:—¿Pero qué es ésto? ¿Qué ha sucedido? La hermana, sin dejar de llorar de alegría, les contestaba:—El Santísimo Cristo le ha puesto bueno.—Hijo y madre se decían mutuamente;—Por usted, madre, me ha curado el Santísimo Cristo.—Por tí, hijo, me ha trocado el Señor en alegría la amargura.

Momentos después, y en medio de esta escena, entraba el médico, visita de casa y pariente:

—Fulano ya anda—dijo la hermana al momento que le vió entrar.

Y el médico, echando un ¡canastos!, dice sin poder ni siquiera pensarlo:—Tonterías de fulano.

El enfermo, el tullido, salió paseándose con mucha parsimonia para que le viese el médico; al verle se quedó pálido y no pudo ni supo hablar una palabra.

Pasados los primeros momentos de plácemes. el que hacía bastantes días que no andaba por su propio pie, y como quien nada ha pasado, se fué a la iglesia, donde permaneció de rodillas bajo la mi-

rada del médico y de muchos que con él habían ido, quizá más por curiosidad que por nada; daba gracias a su bienhechor el joven, recordando aquellas encantadoras veladas de otros tiempos, escuchando aquellos sencillos cantares, en los que se desborda la fe de sus paisanos, allí repetía, lleno de entusiasmo, por lo bajo, pero muy recio dentro de su corazón, con la sencilla y purísima fe que había mamado:

Santo Cristo de la Luz,
Te venimos a pedir
El agua para los campos,
La salvación al morir.

Este es el Cristo de mi pueblo; esta es la preciosa ermita de mi lugar, y esta es, sobre todo, la fe de mis queridos paisanos.

¡Cristo Bendito! que no se la arrebaten las desdichas corrientes modernas.

☛NOTA.—Fué tan completa y radical la curación, que desapareció instantáneamente toda la erupción; examinó el médico al paciente y estupefacto y convencido, le dió permiso para que al día siguiente, partiese a la ciudad donde había de recibir las sagradas órdenes del Diaconado, viajando en un carro de mulas cinco horas sin que ni el triquítraque del carro, ni la debilidad anterior, le causasen el menor daño y en toda su vida volvió a resentirse de semejantes humores...

La milagrosa Imagen es la que lleva de portada este librito.



JOAQUINITO

La gratitud de un buen hijo

El que teme al señor honra a los padres y servirá, como a señores, a aquellos que le engendraron. (Eccles., c. 4, v. 8).

¿Queréis saber quién era Joaquinito? Pues era el cuarto hijo de once que tenían sus padres; alto, moreno, de mirada viva y apasionada, muy cariñoso, pero poco expansivo, condición que ocultaba casi por completo las bellísimas condiciones de su alma.

Como Joaquín hablaba poco y a nadie manifestaba el fuego que ardía en su pecho, más de una vez hizo pensar a sus buenos padres que Joaquín no debía hallarse muy bien con aquel burdel de tan numerosa familia, y hasta sospechaban, y entre sí se lo decían, que el claro ingenio de Joaquín deseaba concluir la carrera para lucir sus conocimientos sólo, separado de aquella *liorna*, en un buen partido pues dada su brillante carrera, bien podía esperarlo.

Así se juzgó por propios y extraños cuando, al

doctorarse con gran lucimiento, marchó a un hermoso pueblo de Extremadura, donde con gran éxito y no pocas utilidades, empezó a ejercer su ministerio.

Como eran continuos y asombrosos sus triunfos no tardó en enamorarse del joven Galeno una elegante joven huérfana de padre, cuyas bellísimas condiciones y gran fortuna no dejaron de hacer profunda y amorosa impresión en el joven *mediquín*, que por fin, y a pesar de su gravedad y gran prudencia en sus pocos años, se obcecó y cayó como todos en las redes del dios *Cupido*. Rosita, que era la joven, y su prudente madre, cantaron victoria, porque un chico tan grave y pundonoroso como Joaquín, declararse era sinónimo de llevar a cabo el enlace que ellas veían, por las excelentes prendas del joven a pesar de su pobreza, como llovido del cielo.

No habían pasado muchos días, y una carta de su padre le recordó a Joaquín lo que él se sabía de memoria, pero que, sin saber porqué, parecía no le impresionaba, como al leer «Querido hijo: Nuestra situación es tan triste que hasta algún día para pan nos falta. En cuanto cobres, manda el dinero del trimestre, como la vez pasada, pues no sabes el consuelo que con ello das a tus apenados padres.» La bien templada alma de Joaquín sufrió un terrible golpe, y deteniendo dos lágrimas que asomaban a sus ojos, se decía con toda la franqueza que le daba su amor filial: Si pudiera mandarles mi propia sangre, se la mandaría... Mandó con la misma prontitud el segundo y el tercer trimestre, pero caía en un profundísimo vacío, no servía de nada: era como una gotita de agua arrojada en una cisterna; de día en día se le agravaba más y le preocupaba en absoluto

la triste situación de sus padres y hermanos... ¡Pobre Joaquín!

Un día, con esa agudeza que suele tener la vista de los enamorados, descubrió Rosita allá, muy dentro del corazón de Joaquín, un profundísimo abismo de preocupación y de tristeza; dudó la joven si sería falta de cariño; lo comunicó, como buena hija, y las dos de común acuerdo, resolvieron preguntar al joven.

--¿Qué le pasa a usted, Joaquín?—Le preocupa a usted algún asunto de la vida o está usted enfermo? ¡Si hasta parece que ha perdido usted el color!... Sa-be usted cuanto se le aprecia y creo que, aún más que más que mi hija, yo tengo derecho de saber, para remediarlo, si es posible, lo que a usted le sucede, lo que a usted le pasa.

Joaquín miró a Rosita, que estaba como una amapola, como si la pidiese permiso para hablar, al propio tiempo que temía de veras por lo que había de hacerla sufrir su declaración; pero obligado por las prudentes razones de la madre, habló con toda la claridad y franqueza que le caracterizaban. Quedaron madre e hija tan llenas de admiración como de respeto profundo, cuando Joaquín las dijo:

—Sé de veras cuánto ustedes me quieren, sin que me pueda figurar títulos para merecer su grandísimo aprecio, que yo agradezco con toda mi alma y que me juzgo incapaz de poder llegar a apreciar en lo que valen su gratitud hacia mí y su generoso desprendimiento. Yo quisiera que viesen mi corazón y reparasen la llaga de gratitud que en él acaba de hacer su grandísimo interés para conmigo, pero en lo más profundo de mi alma siento una lucha que no me deja sosegar un momento, un deber de justicia

que me arrastra y que ninguna cosa me tranquiliza, mas que un solo pensamiento. Ustedes saben de sobra que soy pobre no tengo mas que mi carrera; quiero que sepan por mí mismo que tengo en apuradísimas circunstancias a mis padres, a quienes amo como a mi propia vida. Yo sé que les causaré una muerte horrible de angustias si no los ayudo a sacar adelante a mis pequeños hermanos. El casado no es libre: se debe a su mujer y a sus hijos; yo no puedo dudar de la bondad de Rosa, de la prudencia y virtudes de usted, señora; pero yo necesito probar a mis padres que la sangre que tengo es suya, y que renuncio a cuanto un brillante porvenir me ofrece, para exponer la vida y la carrera que me han dado a servicio suyo; es un deber de filial justicia. Lo he pensado mil veces; de otro modo me argüiría mi conciencia, mi vida sería corta e intranquila. *El que honra a sus padres tendrá larga y tranquila vida*, creo que dice la Escritura; por todo esto he resuelto marchar a Méjico.

Rosita mudó de color y la prudente madre se hizo grandísima violencia para callar.

— En pocos años, si Dios me ayuda, como con seguridad lo espero (una nobilísima causa Dios siempre la protege) en pocos años haré una fortuna que pondré en manos de mis padres, con ella los daré la paz y la vida y podrán ver colocados a mis hermanitos. Luego...—mirando a Rosita que estaba hecha un mar de lágrimas sin que detenerlas pudiera, y fijándose en la madre, que también lloraba, Joaquín, enternecido, pero sin ceder en nada, seguía —Luego volveré, y si Rosita no ha encontrado otro que la quiera más que yo, de mi parte, seré fiel a mi palabra, y veremos—decía sonriendo como sonríe el



clavel azotado por el viento y levantándose ufano sobre su tallo:—Sí, Rosita, veremos...

Hubo un momento de suprema angustia, de sepulcral silencio, hubiérase dicho que las tres almas se habían partido, y que ninguno podía darse cuenta de cuanto allí pasaba.

Pasado un rato en esta terrible situación, levantóse la madre y como quien ha encontrado solución favorable a tan penoso asunto, con gran majestad le dice:

—Joaquín, ni mi hija ni yo le queremos a usted más que por su buen corazón, por sus nobilísimos sentimientos; ya le conocíamos, ahora le admiramos; así deben obrar siempre los buenos hijos; pero créame usted, Joaquín, Dios se da por satisfecho con sus hermosísimos deseos y le dará la más loable solución, sin que usted exponga su vida. Usted no necesita ir a Méjico para hacer cuanto dice y desea por sus buenos padres; mi hija tiene tres mil duros sólo para sus bagatelas, que cederá con la mayor satisfacción; lo demás que usted necesite lo tiene a la disposición de usted su madre. Hija y madre nos creemos muy felices y satisfechas con el uso que usted haga de cuanto tenemos para tan nobles fines.

Y como viese conmovido, pero en profundo silencio, a Joaquín, añade:—¿Quiere usted de veras a mi hija? Labre usted su felicidad y la de esta pobre madre con su presencia, y la de sus padres con nuestra fortuna.

Joaquín lloraba como un niño; sufría horriblemente en medio del inmenso gozo que sentía; habían chocado dos corazones idénticos; se habían conocido; pero era preciso, por entonces, resolverse



al suave y amoroso pero durísimo golpe. Creyó primero que le hablaba su propia madre, y sintió latir los filiales afectos como nunca, pero aquel gran corazón se sobrepuso a todo. Vió la distinción que había de caso a caso, de modo a modo, de remediar a sus padres, y las almas grandes no se conforman sino con el sacrificio; pero eso, serenándose y recordando todas sus energías, la dice:

— ¡Madre!, y permítame usted la llame con ese dulce nombre, porque más que madre es usted para mí. Es imposible que yo olvide este generoso ofrecimiento; más imposible el que sepa agradecer en lo que se merece, pero aún es más imposible el que hoy por hoy pueda aceptarle. Si usted me tiene por buen hijo, debe conocer que ni para Dios ni para el mundo es noble solución esa; debe usted dejarme que con el sudor de mi rostro, con mis propios esfuerzos y trabajos, gane lo que ha de dar la vida y la felicidad a mis padres. La fortuna de usted los quitaría la miseria, pero no los haría felices; por eso creo que debo marchar, y marchar a Méjico; si en el noble corazón de una madre como usted valen algo mis razones, no podrá usted menos de disculparme y de aprobar mi proyecto.

Volvió a reinar el más profundo silencio; volvió a llorar la hija; volvió la admiración en la madre, y en los tres luchaban los más nobles y encontrados afectos.

De pronto vuélvese a levantar la madre, y tan resuelta como serena, le dice:

— ¡Joaquín, vete!... Muestra que eres un hijo excepcional.

Y alargándolo la mano, añade:

— Te juro, en nombre de mi hija, que esperaremos

tu vuelta; sobre los compromisos que puedan acosarla, no temas, nadie se ha de presentar con un corazón semejante al tuyo... Si algo necesitas para el viaje, dispón de cuanto gustes.

Joaquín temblaba, enternecido, como no había temblado hasta entonces; el choque de aquella alma, tan semejante a la suya, le había entendido, pero se le hacía pedazos el corazón, y con los ojos llenos de lágrimas la dice:

—Acepto... este será un doble motivo que me anime, y si Dios quiere, como espero, que me llegue allá a *sonreír la fortuna*, tendré lugar de probar a ustedes el sacrificio que hacen, la generosidad inmerecida que conmigo tienen.

Y con un cariñoso *hasta luego*, salióse el médico a hacer la cotidiana visita, dejando a madre e hija confundidas y admiradas.

—¡Qué heroísmo!—dijo la madre.

—¡Qué sacrificio!—dijo llorando la joven.

Joaquín en la visita recobró toda su serenidad y todas sus fuerzas; ya no pensó más que en acabar de ahogar aquel hormiguillo que le causaba el recuerdo de las lágrimas de Rosita y preparar lo necesario para el viaje, todo sin que su pobre madre lo supiese para que nada sufriera, sufriendolo él solo en silencio, pues ni a casa de la joven quería ir ya por lo mismo.

¡Vivan los corazones generosos, restos sublimes de degenerada y decrepita raza de héroes, y póngase de vez en cuando a la vista de esta desdichada sociedad grosera y positivista como preciados modelos!

EL VIAJE

—Pero ¿Joaquín, hijo, cómo traes el baúl si sólo has de estar tres días con nosotros?

Así hablaba y esto preguntaba el padre de Joaquín al verle llegar a pasar con ellos la fiesta, sin que le chocara la gravedad del hijo, porque siempre era grave.

—Porque he de mudarme de casa—dijo Joaquín—, no estoy a gusto con la patrona.

Y con este pretexto, sin mentir, disimuló perfectamente por entonces lo que sus padres de ninguna manera podían sospechar.

Al día siguiente, 22 de julio, Joaquín invitó a un tío suyo a salir de paseo, y con poderosas razones le manifestó su determinación, rogándole que se encargara de comunicárselo a su padre; su tío le instó, rogó que por Dios no lo hiciese, que Dios abriría camino, y el joven le dijo:

—El camino que Dios nos ha abierto es ese, y yo debo de seguirle...

El día 24, al despedir D. Jacinto a su hermano, éste le comunicó la fatal noticia, que causó una sensación dolorosísima en el oprimido padre. Cuando se volvía a casa, con los ojos hinchados de llorar, ve a su hijo, que estudiosamente le salió al encuentro, porque no había tiempo que perder, y al ver el absoluto silencio que guardaba su padre, le dijo:

—¿Supongo que ya le habrá dicho tío lo que pienso?...

Y bastante conmovido no pudo decir más.

—¡Sí, hijo, ya lo sé; esa puñalada faltaba a tu padre para morir de angustia!... ¿Acaso ignoras la

tristísima situación en que nos hallamos? ¡Si te cansarás de darnos la mano y querrás alejarte donde no veas nuestras miserias, ni las lágrimas de tu pobre madre, ni la muerte del que te dió el sér!...

— ¡Padre, por Dios, no hable usted así! Sólo el amor que los tengo me obliga a hacer lo que hago; con cuanto yo pudiese ganar en mi vida sin salir de aquí, nada podría hacer por ustedes y por mis hermanitos. ¿Con qué vamos a pagar las inmensas deudas que pesan sobre nosotros? ¿Cómo se colocarán mis hermanas y qué modo de vivir van a tener mis hermanitos? Soy joven; gracias a Dios he terminado mi carrera con lucidez; aquí sería uno de tantos, allá es muy distinto. ¿Quién me quita que yo en algunos años gane lo que ustedes necesitan para pagar y para educar a mis hermanitos y aun algo para que tengan ustedes una buena vejez y puedan vivir tranquilos? ¡Por Dios, padre, déjeme usted; no estorbe usted cosa que a todas luces es necesaria! Lo sé todo, lo conozco todo; pero creo que es el único medio; piénselo usted bien y no diga nada a mi madre para que no sufra y me haga sufrir aún más que lo que sufro. El sacrificio se impone, padre, y hay que arrostrar por todo, después que escriba a mi llegada ya se la podrá decir de mejor modo...

El padre, que arrojado sobre los hombros de su hijo lloraba con la mayor amargura, se fué sosegando al calor de aquel corazón amantísimo, de las poderosas razones de aquella inocente alma que parecía comunicar a la suya el valor que la faltaba, y besando sin cesar a su Joaquinito en la frente, por toda respuesta le dice:

— ¡Hijo, hijo mío! Haz lo que quieras... ¿Y si te mueres?

—No tenga usted cuidado, padre; ya sabe usted que Dios promete larga y feliz vida a los hijos que honran a sus padres...

Ocho días después, sin que lo supiese su pobre madre, se embarcaba Joaquinito lleno de entusiasmo, porque era más grande que los mares que había de cruzar la esperanza que abrasaba su amante corazón de poder hacer feliz a su querida familia.

Al perder de vista la última cresta de las españolas costas y verter una lágrima como el último adiós a sus padres y a su Rosita, besó Joaquín el santo escapulario, que jamás dejaba, y puesta de lleno toda su esperanza en Dios, que tan repetidas veces encargaba a los hijos que miren por sus padres, y favorecido por un tiempo delicioso, desembarcó en Vera Cruz, después del feliz viaje, como si bajara del tren en Cáceres para volver de nuevo a visitar en su partido. Examinó las cartas de recomendación al propio tiempo que el dinero de su bolsillo; de los trescientos reales que sacó de casa, cierto, le quedaba poco; pero la dignidad con que no había querido aceptar nada de la madre de Rosita, le daba fuerzas para esperar, y las ilusiones de su juventud le prometían pronto dinero en abundancia.

Llegóse en casa de algunos ricos señores, a quienes iba recomendado, y todos convinieron, después de oírle, que allí no podía hacer negocio, que precisaba ir a San Juan, ciudad muy rica, y hallaría lo que deseaba; pero a ninguno de éstos se le ocurrió preguntar a Joaquinito con qué recursos contaba; y él, a pesar de conocer los apuros que habían de sobrevenirle, al hablarle del viaje no se atrevió a decir que todo lo que tenía de honrado tenía de pobre y que más que nada necesitaba dinero.

Al día siguiente, un señor que parecía más interesado que ninguno, le dice:

—De ninguna manera piense usted en salir ahora en una temporada; las continuas lluvias ha desbordado de tal manera al río Mijalba que forzosamente ha de pasar usted, que sería casi segura su perdición, pues las barquillas con que atraviesan el río en tales circunstancias no sirven, y son mil veces llevadas por la corriente o sumergidas en el fondo por los tropiezos.

¡Pobre Joaquinito! ¡Qué noche pasó tan tremenda! Sin casi recursos, sin poder allí abrir consulta, pagar dos caballerías, con un jinete que le condujera a las orillas de aquel inmenso lago, ponerse allí en manos de algún negrito. Diestro sí, en manejar su barquichuela, pero luchando con casi invencibles obstáculos: y claro es, de no resolverse, había de pasar allí dos o tres meses, porque al bajar algo las aguas, era, si cabe, más peligroso, hasta que quedasen en su estado normal; ¿y con qué recursos contaba para después?... ¡Pobre Joaquinito! Sólo la confianza en Dios, el pensamiento de sus padres pudo darle valor, y después de una noche de insomnios penosísimos decidióse a marchar, sucediese lo que sucediese.

Llegó, por fin, a las orillas de aquel mar improvisado, y sin que le detuviese ya el peligro que le amenazaba, subióse en la primera embarcación que halló a mano, dando orden a los remeros de que partieran cuanto antes. Cerró un momento los ojos como para no ver el peligro, hizo la señal de la Cruz, y dando un profundo suspiro, que debió de hacer vibrar los corazones de sus queridos padres, empezaron a atravesar, con todo el peligro que esto ofre-

ce, aquellos inmensos bosques con sus gigantescos árboles, inundados hasta su mitad muchos de ellos.

Era tan terrible y al propio tiempo tan curioso el panorama, que Joaquín tenía momentos de juzgarse perdido, momentos de grandiosa admiración. Miraba a las copas de aquellos gigantescos árboles y las veía llenas de fieras y de las más raras serpientes y alimañas, que, por temor de ahogarse, permanecían muchas veces amontonadas sin hacerse daño unas a otras, a pesar de sus muy diversos instintos. Culebras, buitres, leopardos, tigres, leones, osos, serpientes horribles, que al pobre Joaquín, sin querer, le recordaba aquel especial y terrible conjunto las mansiones del infierno: y cuando bajaba como admirado y asustado la vista, notaba aquellos diestros remeros, tan avezados a los peligros y tan despreocupados de la suerte que pudiese caberlos, hacer gigantescos esfuerzos para separar su barca de los ocultos troncos donde con tanta facilidad podía estrellarse.

NOTA.— Leída esta verídica historia por el interesado, me dijo, conmovidísimo: cinco años después al venir para casarse, «El mayor y más espantoso peligro le pasamos en el Golfo del Mijalba, donde, el que hacía de jefe o capitán revolver en mano, con un grito más que de hombre de bestia feroz, nos dijo empujándonos brutalmente, ¡A los camarotes! y todos voca abajo, así no veréis cómo nos traga el agua y cómo nos devoran los peces. Arrojadlos unos encima de los otros, donde medio tontos o medio adormecidos por los violentos golpazos de troncos y de olas, yendo el desvencijado Falucho, como bajo un tunel de espumosas aguas, no sabía uno si soñaba despierto o si moría uno soñando... Las lágrimas

mas no le dejaron continuar su espantoso relato, porque, también los corazones más valientes y mejor templados, tienen momentos en que tiemblan como débiles cañas ante el peligro que quizás por su temeridad corrieron...»

Allí conoció Joaquín toda su temeridad y allí lloró su corazón lágrimas de sangre, porque no quería que sus ojos las vertieran de agua. ¡Qué recuerdos! ¡Que pensamientos! Allí vió como si le diese la mano su Rosita que le decía: «Toma mi dinero: dalo a tus padres»... Y a doña Magdalena, que al lado de su hija, le tendía la mano para decirle: «Basta; eres un hijo excepcional: no necesitas salir de aquí; toma las llaves, coge cuanto necesites para hacer felices a tus queridos padres»... Pero cuanto más trituraba el demonio su acongojado corazón con estos pensamientos, el angel bueno le ponía otros bien distintos; el deber sagradísimo de un hijo es no sólo dar pan a sus padres: necesita algo más: hacerlos felices, devolverles la sangre que ellos le dieron, si es preciso, y esto animaba sobremanera al pobre Joaquín. «Sí, es cierto; yo los podía haber dado el dinero de Rosita, pero mis padres me dirían: ¿Y qué te ha costado adquirir eso? Nada; bah... eso es poco menos que robado; no, hijo no: queremos tus sudores, tus trabajos, tu sangre derramada por un corazón generoso»... Y cuando esto pensaba Joaquín, sin darse cuenta se ponía en pie, y lleno de resolución decía: «Sí, es cierto; eso es lo que merecen unos padres como los míos; si muero, ¿qué importa?... Ellos me recordarán con santo entusiasmo; si salgo y puedo ganar lo que deseo, ¡qué dicha cuando les diga lo que me ha costado!»... Y así, luchando y luchando sin perder la esperanza y sin poder desechar del to-

do el miedo por el grandísimo peligro, pasó Joaquín las diez y ocho horas de embarque recordando sin cesar las palabras que sabía de la Escritura, donde intima Dios la obligación estrechísima de unirse por los padres y a la que promete las mayores dichas, aun en este mundo; y con esto y con rezar en silencio, logró arribar a la orilla, donde besó la tierra, y de placer rodaron por sus ojos dos lágrimas que el ángel de su guarda cogió, las llevó a sus padres, y después de besarlas, y juntas con las que ellos vertían pidiendo a Dios por su querido hijo, las subió al cielo y presentó delante del trono del Señor.

IRISADA AURORA

Llegó por fin nuestro héroe a San Juan Bautista de Tabasco, rica y famosísima ciudad de aquella República; sus pajes, dos negritos que le habían acompañado, se llevaron las últimas monedas de plata que le quedaran de la navegación, y entró en la ciudad sin más que la carta de recomendación que en Vera Cruz le había dado un señor para un muy amigo suyo de aquélla.

Presentóse a dicho señor y le entregó su recomendación y sus títulos de doctor en Medicina y Cirugía, y en su afable acogida le dijo: «Deseo presentar en seguida mi credencial, es decir, anunciarme, pues claro es que necesito en seguida recursos», sin atreverse a decir que en la fonda en que se hospedaba no se atrevió a pedir de cenar aquella noche, porque como fuese costumbre allí pagar al día, él no tenía con qué.

Sin un cuarto, es cierto, pero con no poca satisfacción, se disponía a irse a descansar, pues bien lo

necesitaba, cuando llegó el señor a buscarle para que le acompañase al Casino y presentarle a sus amigos, que no eran pocos, y la mayor parte españoles o que hablaban el español.

—Tengo el gusto de presentar a ustedes este jovencito, doctor en Medicina por una de la Universidades más famosas de España.

—Muy señor mío...—contestaron todos apretándole la mano y hasta añadiendo con una sonrisa afectuosa: No será usted *rana* cuando se atreve a venir a una capital donde no faltan notabilidades...

Un señor gordinflón que, con una pierna sobre otra, hojeando una revista y saboreando un habano, parecía no importarle mucho la cosa ni entusiasmarse con la llegada del joven doctor, como si algo le hubiese picado o como si hubiese tenido alguna inspiración interna que acaso él conociese y la conociera perfectamente el ángel de la guarda de Joaquín, que no podía menos de estar confuso y acobardado, por aquello de que no hay cosa que más acobarde en país extraño que la ausencia de la familia y la falta de dinero, y claro es, Joaquín sentía el abrumador peso de ambas cosas, el gordinflón se levanta, y dirigiéndose al joven doctor le dice:

—A propósito, señor doctor; mañana tempranito han acordado tres de los mejores médicos de la ciudad amputar una pierna a don Patricio, el comerciante más rico de la comarca y español por cierto. Ya gozaría el buen señor ver a usted por allí, pues no le hace maldita la gracia la receta de esta tarde...

Joaquín se puso encarnado como la grana, y no se atrevió a contestar; pero uno de los señores, entusiasmado, le dice:

—Efectivamente; nada, nada, esta misma noche

vamos; es persona de toda mi confianza, y como allí no se duerme, al salir de aquí tendré el gusto de presentarle a usted, asegurándole que don Patricio se alegrará sobremanera.

Joaquín aceptó con firmeza el ofrecimiento, se acordó de sus padres, se enterneció no poco, e interiormente se acordó de Dios y se encomendó a la Santísima Virgen para que le iluminara en aquella su primera *prueba*, que sería sin duda la puerta de su felicidad o de su desgracia.

Era la una de la mañana; las bronceadas puertas de D. Patricio se abrían para dar paso al doctor español, que con mil amores le mandaba pasar el rico comerciante. Algo acobardaba a Joaquín tanto lujo, tantos criados y tantas atenciones; pero cuando frente a frente vió al enfermo y sintió allá en su corazón algo extraño, como una voz que le decía: «No temas...» con la delicadeza que supo preguntó y se enteró de todo, y después de ver y examinar con bastante cuidado la pierna, miró a D. Patricio, que estaba preocupadísimo por la gravísima amputación que le esperaba, y el joven galeno no se atrevió a hablar.

—¿Qué le parece a usted, señor doctor? No se detenga en decir su parecer, sé que mañana correrá peligro mi vida, porque a mi edad cortarle a uno la pierna.

Joaquín, respiró, y como pudo le dijo:

—Yo, señor, acabo de llegar del extranjero; nada me recomienda mi poca edad y mi repentina presencia delante de usted, a quien ya han visto tantos y tan notables médicos; pero si usted quiere, yo desearía tener una entrevista con ellos, y lo que voy a decir a usted ahora, decirlo después en su presencia.

Sé que urge el tiempo, y creo que no debemos perder ni una hora.

—Hable usted—contestó bastante animado don Patricio ; hable usted, y cuanto hay en mi casa está a sus órdenes...

—Pues creo sencillamente, que no están acertados en el diagnóstico, y por lo tanto que, según mi humilde parecer, es un disparate el hacer aquí la amputación.

D. Patricio se incorporó en el lecho, como si no creyera lo que con tanto gusto oía:

—Nada, nada; si usted quiere, con permiso de los señores médicos que le han visto, yo me encargo de la cura, asegurándole que a los ocho días andará usted por su propio pie. Sé que tomarán esto por una temeridad, por eso deseo ver a los médicos y probárselo científicamente, y que me den ese corto plazo para hacer mis pruebas.

Algunos de los que acompañaban al enfermo tuvieron más por loco que por temerario a aquel mediquín que acababa de llegar de España, y que se atrevía a desafiar a las notabilidades que allí eran más celebradas.

Entretanto el enfermo, muy halagado por la promesa del imberbe doctor, siquiera por lo agradable que es para el paciente le eviten sufrimientos, determinó que aquella misma noche se tuviese la consulta, y como lo que sobraban allí eran lujosos carruajes, a las tres horas el joven castellano, con su gravedad característica y su mucha ciencia, aún poco demostrada, se encontraba en medio de los doctores y no pocos oyentes, que quedaron, como los primeros, sorprendidos y admirados, como aquellos que antes, y en otro terreno, confundió Jesús siendo

niño. Triunfó Joaquinito, y con aplauso de todos quedóse encargado, desde aquel momento, de la célebre y difícil cura.

MOMENTOS SUPREMOS

Mientras Joaquinito, lleno de satisfacción, preparaba su cura y ponía cuatro letras a sus queridísimos padres y a su idolatrada novia, contándoles la feliz llegada y los buenos augurios que se iban presentando, aquella nacarada e irisada aurora que empezaba a alborear, callándose, por supuesto,—pues patrimonio es de los corazones generosos sufrir ellos solos lo amargo y hacer participar a los que aman de sólo sus alegrías.—las horas amarguísimas de su embarcación por el Golfo de *Mijalba*, las tristísimas peripecias, la escasez de fondos, tragando él sólo la hiel del sufrimiento y regalando a los suyos con las mieles de las más halagüeñas esperanzas, una dolorosísima escena tenía lugar en el hogar de sus mayores.

Habíanse sucedido los fracasos e infortunios en la casa solariega con mayor abundancia y precipitación desde la salida de aquel hijo, que constituía como un dique, un sostén para que no se precipitase en terribles ruinas aquel desvencijado hogar; la ida de Joaquín lo había dejado sin amparo y al aire libre.

Acababa de hacer su ordinaria visita el señor médico, padre de Joaquín, y cuando se dirigía a su casa, agobiado por los mil tristes recuerdos, poniéndosele delante de su sofocada imaginación la multitud de acreedores que le amenazaban con sus apremios, y cuando quería huir de este negro fantasma

por no verle, se le echaba encima el aún más doloroso cuadro de sus nueve hijos, sin carrera, sin medios y hasta casi casi sin pan; hacía el buen señor supremos esfuerzos para distraerse, recordando los enfermos que tenía y las recetas que había hecho, cuando acercándosele un arriero le dice:

—Don Jacinto, acabo de llegar del Guijuelo, y su amigo Abdón me dijo, que sin falta vaya usted a retirar un vagón de carbón que hace tres días llegó, y le supone a usted tres duros diarios de gastos, pues viene facturado a reembolso; que lleve usted el dinero...

Si un cruel homicida de esos que parecen cebarse en las agonías de la víctima y meten y sacan el puñal con infernal calma para saciar más y más su rabiosa sed sobre la inocente víctima, hubiese ejecutado esa diabólica maniobra sobre el corazón del infeliz padre, no le hubiese causado tan atroz herida como la incomprensible impresión que le iban haciendo las palabras del arriero. Sus acreedores, como devorándole con garras de hambrientos buitres que se disputan la presa por temor a que se les escape, parecían echarse encima de él como montaña de plomo. Sus desgraciados hijos, su infeliz esposa desgarrándose a llorar, se ponían delante pidiéndole pan y misericordia, y el mundo entero escupiéndole en la cara y con fatídica voz chillando a sus oídos:

— ¡Tramposo!... ¡Mal pagador!... ¡Abandonado!... ¡Mal padre, que por tu desidia tienes la culpa de todo!...

Y todo ello tomaba en su imaginación tan terribles proporciones, que, revolviéndosele toda la sangre, se le inyectaron de tal manera los ojos, se le pa-

ralizaba de tal modo el pulso, que sin poder decir palabra se dirigió a su casa; sin una sola puerta donde poder llamar para pedir lo que necesitaba para retirar el carbón: la fábrica sin poder moler por falta de ello; ¡ni una sola puerta se abría, ni un sólo camino encontraba! Suprema angustia era lo que el infeliz sentía...

Al llegar a casa, como fuera de sí y creyendo ver la curia con la ejecución y buscarle a él para arrojarle en la carcel, sin poder decir palabra, se metió en la cama, y su pensamiento se lanzó a Yucatán de un golpe; y como si Joaquinito fuese su tabla de salvación, rompiendo a llorar, exclama:

—Peró ¡Joaquín, hijo! ¡Hijo mío! Pero ¿no ves que llevan a tu padre a la carcel? Pero ¿no me remedias? ¿También tú me abandonas?...

Y como era imposible que le oyese ni le respondiera, la loca y congestionada imaginación seguía poniéndole más y más fantasmas. Le pareció ver a su hijo en lujoso carruaje, pasar delante de él a galope, y cuando iba a lanzar contra el hijo querido una maldición, le detuvo, sin duda, el ángel bueno, poniéndole delante: *es inocente... no le maldigas*. Y el bueno de don Jacinto, cubriéndose de vergüenza con el embozo de la sábana, rugía y lloraba, y pedía a Dios le diese la muerte antes que pasar por tanta deshonra.

Entraron su esposa y dos de las hijas mayores que ya se habían enterado, y al preguntarle qué era aquello y por qué lloraba así, sólo supo contestar:

—Dejadme en paz, que me quiero morir de vergüenza.

Tranquilízate, hombre—dijo la experimentada

esposa—; sosiégate, que de nuestra cuenta corre el arreglarlo...

Esta suave y consoladora salida de aquella mujer fuerte y un beso de sus hijas, diciéndole:—Sosiéguese usted, que nosotras iremos; lo haremos todo... —, hizo que se sosegase algo, y con la ayuda del copioso llanto pudo evitarse la temida congestión.

Enjugadas del llanto que tan precaria situación había arrancado, madre e hijas acordaron salir casa por casa (histórico) del pequeño pueblo, contar la situación y esperar en Dios, que no abandona a los que en El confían.

A las dos horas regresaban las jóvenes con lo suficiente y algo más para salir del fatal compromiso. Fueron inmediatamente ellas mismas de noche a retirar el vagón, y ocho días después recibieron una carta de Joaquín que sostuvo en algo la situación con sus consoladoras esperanzas.

CASI UN MILAGRO

Así se pudo llamar la asombrosa cura de Joaquinito, llevada a cabo en el riquísimo comerciante, desahuciado de todos y puesto en manos de aquel novel.

—¡Si parece un milagro!...—repetían todos al ver a los ocho días justos pasear a D. Patricio completamente bien.

El feliz suceso le dió tanto nombre que llovían sobre él consultas y honores, como en el Mijalba habían llovido los peligros y tristezas...

Tres días después se despedía Joaquinito de los agradecidos señores, diciéndoles:

—Gracias a Dios que no necesita usted, D. Patri-

cio, mi visita, y por lo tanto, por ahora no volveré.

El agradecidísimo señor, abrazándole, le dijo:

—Usted es de quien Dios se ha valido para ponerme bueno; y yo, agradecido, deseo verle por aquí todos los días. Bien conozco que ha de andar usted muy ocupado, pero espero no le faltará tiempo para venir a ver a este infeliz, que no sabe con qué pagar a usted el beneficio que me ha hecho; y como conoce que usted no andará muy sobrado de dinero, espero que, sin ambages, me diga cuánto son sus honorarios, pues la mitad de lo que tengo no creo fuese gran cosa para pagarle lo que le debo; pida usted cuanto necesite...

Joaquinito se puso coloradísimo, hasta el extremo de tener que sacar el pañuelo y disimular lo posible; al oír las palabras de aquel millonario se pusieron delante en su tierno corazón todas las deudas, apuros y vicisitudes de sus queridos padres y hermanos. Una sola palabra y tendría cuanto para todo necesitaba; pero por segunda vez ahogó los gritos de su corazón amante con las justas reflexiones del deber, del pundonor y las de justicia. Para obrar así se hubiese casado con Rosita; por eso sobreponiéndose a todo, habló con toda la nobleza de su alma, con todo el desinterés de su generoso corazón, lo que exigían las circunstancias:

—Nada me debe usted, D. Patricio: quedo sobradamente pagado con la satisfacción de haber salido airoso en mi primer compromiso. Yo si que no se como pagar a usted la benévola acogida y la confianza depositada en mí sin conocerme; de hoy más me presentaré como el que ha curado a D. Patricio, pero cuando vine, ¿qué méritos tenía para que ustedes fiasen en mí y pusiesen a merced mía tan deli-

cada cura? Por todo les doy mil gracias, y quedo incondicionalmente a sus órdenes y servicios.

Lo mismo D. Patricio que su esposa y familia estaban completamente admirados: no concebían que un joven extranjero que, como todos, iba a buscar fortuna, entrándosele tan por la puerta la rechazara con tan finos modales y palabras, y razones tan poderosas y delicadas. No sabían qué hacer, y como Joaquín se determinara a salir, D. Patricio le tomó de la mano y dijo, abriendo un cajoncito y cogiendo quinientos doblones en oro,

—Señor doctor, coja usted eso, pues necesariamente usted necesita hacer sus gastos; no se ofenda, ni haga caso de lo que ello es. Tiene usted a su disposición un coche y un cochero para que pueda usted hacer las visitas, que creo le han de sobrar, y espero que cuantos días usted pueda se venga a comer con nosotros, y que haga usted por poder muchos...

Y abrazándole cariñosamente se despidieron aquellos dos corazones que muy de veras se habían conocido.

TARDE FELIZ

Dos meses llevaba Joaquinito que le parecieron un soplo, pues de tal manera se multiplicaban las visitas y las atenciones, que el coche puesto a su disposición por D. Patricio, y que antes de levantarse le esperaba a la puerta del hotel, era poco para las distancias que algunos días había que recorrer; soplábale de tal modo la fortuna que pasaba felizmente los días esperando realizar muy en breve sus dorados pensamientos.

Aquel día estaba Joaquinito convidado a comer en casa de D. Patricio, que le había dicho que de ninguna manera faltase; en la mesa había seis señores de toda la confianza de la casa, y amigos ya de Joaquín. Cuando concluyeron de comer, salieron a dar un paseo en dos *berlinas* que a la puerta les esperaban: D. Patricio rogó que le dispensasen, pues no podía salir.

Después de haberse alargado hasta dominar la costa, volvieron al caer de la tarde con el fin de tomar café en el gran Boulevard, como determinó el que parecía persona de más respeto.

No tardaron en llegar; y parándose los carruajes frente a un bonito y muy moderno hotel, subió primero el señor, y no con poca algazara, le siguieron los otros. La servidumbre parecía conocerles bien y obedecer a cuanto se mandaba; recorrieron una por una todas las habitaciones, que cada cual para su destino estaban adornadas con gusto y elegancia, vistas preciosas, jardines, en una palabra, sin faltar nada a las exigencias modernas.

Siguióse el café, puesto con elegantísimo servicio en el espléndido comedor; y cuando todos se deshacían en elogios del magnífico hotelito, pasando a fumar a un precioso *reservado*, un señor, quizá el más desconocido de Joaquín, le presenta unos papeles y le dice:

—Esta es la escritura y los demás documentos; usted es el dueño de esta joya de arte...

¡Pobre Joaquinito! ¿Cómo hubiese el podido adivinar semejante sorpresa? Todo aturdido pregunta al donante:

—Pero ¿y qué es esto? ¿A qué mano generosa

debo yo agradecer tan inmerecido y costosísimo obsequio?

—Esto se lo debe usted únicamente a su ciencia, que es la que le ha puesto en condiciones de ser obsequiado tan espléndidamente—le contestó el interpelado.

Joaquín volvió a mudar el color de nuevo, y su pensamiento, como aturdido, corrió a ponerse delante de su Rosita; a la que con vida y alma llamaría él señora de todo aquello. Como estaba de confuso y aturdido, dió las más expresivas gracias, y despidiéndose, los señores le obligaron a quedarse ordenando y conociendo todo aquello.

TRISTÍSIMO CONTRASTE

Mientras a Joaquinito le agobiaban las atenciones y le sonreía la fortuna de una manera que jamás se hubiese él figurado, en el poquísimo tiempo que llevaba allí, a su pobre padre le seguían agobiando los amarguísimos recuerdos y la terrible estocada que sufrió con la ida de su hijo, al que hubiese deseado tener presente, siquiera para ser testigo, y acaso víctima con él, de tan adversa y desastrosa suerte.

Corrían los primeros días del año de 1907; don Jacinto continuaba demasiado malucho, y apesar de recibir buenas noticias de su hijo, como ésto no mejoraba su situación, el penosísimo recuerdo le hacía producir continúa y empachosa fiebre.

Y ¿cómo no, si todos los acreedores le asediaban y señalaban bien cercano plazo para echarse sin miramiento sobre la presa, pues el que más y el que menos, daseaba ser el primero, por ver si con los hu-

meantes restos de la hijuela de la esposa podían cobrar? Además; los crecidos réditos se multiplicaban de tal manera, y le comprometían los gastos de tal modo, que el pobre desgraciado, de vergüenza no se atrevía ni a salir de casa, porque raro era el día, o mejor dicho la hora, que no tropezaba con algún infeliz que por caridad le había prestado algo y que se lo pedía por hacerle también suma falta: para evitar estos tristísimos y frecuentes encuentros, había encargado la visita a los compañeros, y él, por eso y por la continua fiebre, permanecía en la cama.

Pero ¡allí! parecía acudir otra clase de acreedores; los recuerdos, que cuanto más débil la naturaleza se hacían ellos más fuertes, como si desearan acabar de una vez con la carcomida vida de aquel infeliz.

¡Cuántos apuros diarios! ¡Qué situaciones tan críticas! Cada vez que se abría la puerta de su aposento, un agudo pinchazo parecía decirle: «Los acreedores!... ¡La cárcel, la deshonra!...» y como si todo esto fuese poco, enseguida una banda de ansiosos buitres de la hambrienta curia se arrojaban sobre la casita solariega, sobre las pocas fincas de su esposa y sobre la inmaculada honra de su mujer y sus hijos. ¡Qué horrible cuadro, y qué cercano el día en que había de realizarse!

El día de Reyes recibía la visita de dos compañeros que sabían que el día señalado por algunos de los acreedores era el primero de febrero, cosa que sólo el interesado ignoraba. De común acuerdo con la familia convinieron en ocultarle la terrible noticia, pues según ellos, era casi seguro, continuando así, que no llegase a ver la fatal fecha, y si se lo decían, que le produjese la muerte instantáneamente, pues el

corazón se conoce que estaba tan acribillado por los continuos pinchazos, que aquel sólo hacía falta para dejar de latir, y acordóse que lo único que podría aliviarle eran consoladoras esperanzas, distraerle con alegres y plácidos recuerdos.

¡Pobre familia! ¡Y de qué modo, si tenían que aislarle por temor de que hasta los átomos de la habitación le comunicaran la fatal noticia! ¡Si nada era capaz de separarle de los penosísimos recuerdos!

¡Qué tristísima situación! Parece que Dios se complace en apretar hasta el último extremo el puñal de la herida para que mejor estime el hombre después el sanar de ella.

¡Qué amarguras para la familia y para cuantos conocían bien la historia de la casa! ¡Ver morir aquel padre tan laborioso, tan bueno, tan amante de sus hijos, que sólo por prepararlos un porvenir se había él cavado la sepultura y labrado a ellos la más vergonzosa ruina, según el mundo; ser tan necesario y verle morir de pena, de angustia, por no haber medios en lo posible de legalizar aquella penosísima situación!...

Todas las miradas se dirigían a Joaquinito; pero estaba demasiado lejos, y aunque se le avisase, con todo llegaría demasiado tarde el aviso. La resignación cristiana, que no deja apagar la última chispita de esperanza sostenida por la fe, era lo único que quedaba en aquella cristiana familia.

RAYO DE LUZ

Hinchados tenían los ojos de llorar madre e hijas, contando y recontando los pocos días que faltaban para la terrible fecha y quizá los menos que

de vida le quedaban al oprimido padre; nadie más que ellas entraban en su habitación y siempre ocultando el dolor y las lágrimas para de este modo no dar, aunque inconscientes, el último golpe a la carcomida columna y viniese al suelo.

Pero si los corazones generosos saben ocultar con grande empeño lo que puede hacer sufrir a las personas que aman, son demasiado débiles para ocultar, aunque corra peligro, por aquello de que lo mismo mata una alegría que un dolor, lo que saben que ha de dar placer a las personas queridas, y más cuando se hallan en tan apurado trance.

Por eso madre e hijas entraron, llenas de alegría y con grande apresuramiento donde estaba su padre; abren las ventanas, y llenas de gozo le dicen:

—Joaquín, Joaquín escribe y manda una letra de cinco mil pesetas... (Histórico.)

El pobre enfermo, como si sacase fuerzas de flaqueza y como si dudase de lo que se le decía, se incorpora en el lecho, y con un ansia que ni él entendía, dice:—Trae, trae, la carta.

La coge, y con marcadísima viveza lee:

«Queridísimos padres: Gracias a Dios ahí les mando ese cheque de cinco mil pesetas, y mande usted la lista de todo lo que deba para mandar cuanto sea en otro correo.»

No pudo don Jacinto leer más; dejó caer la carta después de llenarla de besos y lágrimas. Un copioso llanto se desató de su pecho, en tales términos que se llegó a temer por su vida, y sin embargo, aquel dulce, natural y consolador desahogo fué lo que le dió la salud, el único remedio para aquella enfermedad, de otro modo incurable; las lesiones del corazón causadas por amargas penas sólo las curan sua-

ves y dulcísimos consuelos, si llegan a tiempo.

Dos horas largas llevaba llorando, como puede llorar un niño inocente, cuando llegaron los dos compañeros de la consulta; al verlos entrar, como si nada tuviese, se incorpora, los abraza y dice:

—*Se ha legalizado mi situación; Joaquinito manda cinco mil pesetas y promete lo demás. ¡Hijo mío! ¡Tú has dado la vida a tu padre! ¡Dios te bendiga!...*

Pocos meses después escribía Joaquín a sus padres haciéndoles concebir la esperanza de que muy en breve tendría la dicha de abrazarles.



NARRACIÓN HISTORICA

**de las mil y una cosas admirables que suceden
y pasan inadvertidas**

I. — LA PILARICA

Acababa de hacer vibrar el jefe de la estación de X su metálico blanco pitó, y aquel silbido no fué esa nota alegre, sonora, que vibra como un beso cariñoso en el alma del que regresa después de larga ausencia a su amada Patria, ni el sonido de la cascada alegre y bulliciosa que se quiebra sonora sobre la roca de granito, desparramándose en mil cristalinhas perlas, que a la plácida luz del sol forma preciosísimos y variados cambiantes, como le parece a la joven que marcha a las frescas playas en busca de pintadas ilusiones, o del que deja por algún tiempo cargos y obligaciones pesadísimas para descansar, tomando las suaves brisas en las plácidas costas del Mediterráneo, sintiendo romperse las olas a sus pies, como se rompen las ilusiones de la vida.

No; aquel sonido no era nada de eso, no tenía nada de agradable; era triste y profundo, como suspiro de ultratumba; era áspero y duro, así como un martillazo en el alma, que hacía en ella el efecto terrible del apretarla con una tenaza de hierro... Era

el forzado abrazo de despedida de seres, que cuanto más se quieren y se aman, tanto más se siente la triste separación, que viene a ser angustiosa en extremo cuando se duda mucho y se teme al buscar el éxito del negocio, o el no hallarle y el temor casi seguro de no encontrar la salud que va a buscarse. Contestó al silbido el mónstruo de hierro con otro más duro, más ronco, más prolongado, como si fuese un quejido de un alma en pena, y con un espantoso resoplido como quien teme reventar con la pesada carga, haciendo supremos esfuerzos, que desaparecieron al tocar la *manecilla* el hábil conductor, deslizóse sumamente ligera la pesada mole, como se desliza el sedoso reptil entre la suave hierba de un prado.

Padre e hijo se miraron; dieron el último adiós a los que los acompañaban, hicieron la señal de la Cruz y ahogaron un profundo suspiro; el padre por su falta de fuerzas morales, unidas a la grandísima incertidumbre de no hallar lo que necesitaba; el hijo por la amargura que vislumbraba con gran claridad en el corazón de su padre. Una oportunísima salida del hijo hizo que fulgurase una plácida luz sobre aquella amarga y en extremo comprimida escena. Mirando el reloj, por mirar algo:—¿Las doce y media?, dijo; a las cuatro y media de la tarde en Zaragoza, a ver a la Pilarica.—El padre sonrió con algo de consuelo; el hijo, sin darse cuenta, cubriéronse de carmín sus mejillas, sintiendo un poderoso empuje dentro de su alma. ¡A las cuatro y media! Visitar por primera vez el sacrosanto Pilar, ansiado por toda su vida; ponerse de rodillas delante de la apostólica y milagrosa imagen... El hijo, con un ¿quién sabe?, se llenaba de tranquilidad y de esperan-

za.—¿Quién sabe si un milagro le hace recobrar la salud, o quizá mejor y de más valía (otro milagro), que si de menos ruido exterior, más difícil y más útil siempre, y en especial en las circunstancias de ciertos enfermos; pues la más enferma en su voluntad, por falta de ánimo. ¡Virgen Santísima! Quién sabe si pondréis una gota de fortaleza en su alma, que transforme al hombre interior y sepa dominar y vencer su enferma y en extremo pusilánime voluntad.

—¡Quién sabe!—continuaba pensando el hijo, mientras como podía distraía y animaba al padre:— ¡Si yo pudiese comulgar en aquel santo relicario! Si después de recibir en mi pecho al Hijo, puedo mirar a la bendita Madre, no hay duda, lo consigo todo.

II

Habíase hecho regularmente el viaje; no había ocurrido ninguna de esas peripecias y sinsabores que si entretienen y distraen a los aficionados al *sport*, desconciertan a los débiles, más del alma que del cuerpo; habíase robustecido mucho la confianza del hijo con la oración. ¡Orar! Qué cosa tan hermosa...; cómo se goza en la experiencia de la verdad de Nuestro Señor: *pedir y recibiréis, llamad y se os abrirá...*; ¡y que desgraciados son los que no oran! No sé—dice la mística Doctora—no sé qué hacen ni cómo viven los que, llenos de trabajos y miserias en esta vida, no levantan el corazón al Señor que todo lo puede—¡no orar!—¡qué pena!... ¡Qué hermoso y consolador es orar, y cuando nuestras oraciones van mandadas al cielo por el conducto de Nuestro Señor Jesucristo o su Santísima Madre, bien podemos estar seguros de que Dios no mirará nuestras miserias e imperfecciones para de-

secharnos, sino los méritos de su Hijo o los amores de su tierna Madre, para escucharnos y ceder a nuestros ruegos.

Cuánto saben y cuánto ven de esto los que tienen viva fe, y con ella saben juntar para pedir la protección de los santos, y más aún, si a esto se añade el pedir en aquellos santos lugares, en los que plugo a Dios escoger para mejor atender a los suyos, como los que fueron regados con la preciosa sangre del Hijo o santificados por la huella de su Santísima Madre. No; no habrá quien a ellos acuda a pedir que pueda quedar desconsolado, y si no que hagan la prueba.

*
* *

Eran las cinco de la mañana, los bronceados barrotes que rodean el *Santa Sanctorum*, el relicario precioso donde se venera la apostólica celestial imagen, estaban llenos de devotos, que como si temiesen los faltaran las fuerzas para pedir, o el necesario agradecimiento para dar gracias, aprietan sus toscas manos a las doradas barras, porque así se ven o más seguros o más devotos, fijos sus ojos humedecidos en la santa imagen, o clavada su mirada humildemente en el suelo, como quien no se tiene por merecedor de que en aquel santo lugar estar se le permita.

Sonó tercera vez la campanilla, que hizo conmover al propio tiempo a los Angeles que, siempre con nueva admiración, se asombran de los extremos del amor de Dios; a los hombres, y los fervorosos fieles que como la cosa más natural del mundo, esperaban con la Comunión del Hijo conseguir el especial favor que demandaban de la Madre.

¡No hay que dudar!; a todos cuantos allí hayan comulgado o visto comulgar les sucederá lo mismo a cada cual parece, que al recibir en su pecho la sagrada Comuni6n, la santa imagen se desprende del angélico Pilar para poner sus divinas plantas con las de su Santísimo Hijo en un pilar de carne humana..., en tantos corazones como devotos comulgan, abrasándoles con amor de Madre a aquéllos que siquiera en tan sublimes momentos saben amarla con amor de hijos. Nunca es la devoci6n tan dulce, la fe tan viva y la confianza tan sobrenatural e ilimitada como en aquellos dichosísimos instantes.

Cesan los sollozos, se enjugan las lágrimas; se mitigan las más hondas amarguras, se abrasan en puro amor los más tibios corazones, se descorre el velo de lo sobrenatural a los mayores impíos porque lo celestial y divino cubre y transforma lo material y lo humano; es el cielo trasladado con todos sus encantos a la tierra, donde el Supremo Señor y su Santísima Madre, rodeados de los ejércitos numerosos de los ángeles, abrazan a la vez a los míseros mortales, que en el extremo júbilo que en tales momentos sienten, no duda ninguno haber conseguido sus anhelantes peticiones.

Así debió suceder y creerlo nuestro héroe, pues tranquilo y sereno salió del sagrado recinto, después de cubrir de besos el sacrosanto pilar, lleno de esperanza, henchido de satisfacción. No le cabía duda había hecho el más soberano obsequio a la Madre, a la Reina del soberano Poder; no había que abrigar la más ligera sombra; hasta la voluntad humana se transforma, se mueve, *suaviter el fortiter*, con el sople soberano.

III.—Milagros que no se ven, pero alegran a los ángeles.

Era el momento supremo: dejábase el tren para coger el auto y subir como por ascensor los mil y pico de metros que en una serie indefinida de ángulos ó en un bonito laberinto de *zig-zag*, precioso panorama para visto desde las primeras estribaciones de los Pirineos, pero comprometidísimo para subir a las altas cumbres buscando esa límpida y sutilísima atmósfera, esas incomparables aguas que, según frase de un favorecido, *resucitan los muertos, si los muertos son tuberculosos*, y amedrantan los vivos y trituran imaginaciones, por lo cual cien y cien suben con los ojos cerrados y oprimiéndose el corazón porque necesariamente hay que escalar las montañas siempre al borde de espantosos precipicios, siempre atraídos con poderosa violencia por aquellos abismos inconmensurables, que si al herir por primera vez nuestra imaginación, nos transmiten necesariamente la idea del supremo poder de Dios, rasgando rocas, dividiendo peñascos, dando agudos tajos y partiendo peñascales, como parten piñones los niños, pronto se transforma y nos presenta al Ser Supremo con toda su tremenda justicia, señalando con el índice a las cumbres de las montañas donde parece tocarse el cielo, y con la sinistra apuntando la inmensidad de aquellos tremendos abismos, donde nos hará polvo su eterna justicia si un punto nos torcemos en el intrincado laberinto, en el real camino de su santa ley, como allí se haría polvo hasta el acero del *auto*, si tuerce algunos milímetros el volante de dirección sobre la línea señalada.

No hay duda; allí se agolpan las más hermosas y las más tremendas y terribles ideas: ¡el cielo! ¡el paraíso! ¡el abismo!, con todas sus espantosas escenas, y vamos bordeando éste para subir aquél, y hasta cruzarle en el célebre puente del peñasco, donde se salvan las inmensas profundidades en el puente de hierro colgado de dos picachos de piedra, y todo en la vertiginosa carrera del *auto*, que semeja exactísimamente el veloz correr de nuestra vida, puesta entonces a mano de una ligerísima maniobra, quizá de un impío *chauffeur*...

Por eso no un enfermo, los sanos, y hasta el más atrevido alpinista, tiene que luchar contra la propia naturaleza, que amenaza seriamente la vida, y que la ve cien y más veces expuesta o pendiente de la rotura de un *piñón* del engranaje, o el entorpecimiento de una palanca, o el desliz del soporte de una cadena.

Por eso no se ve apenas una joven que, al descolgarse o colgarse en aquellos picachos, no apriete entre sus blancas manos la medalla de la Pilarica, como diciéndola: ¡Virgen Santísima, si tú no nos amparas, perdidas estamos!

Atravesó en vertiginosa carrera los quince kilómetros que hay de camino llano el hermoso *landolet*, y al suave deslizar del ligero vehículo, en vez del decaimiento de fuerzas, natural en el enfermo, que hacía tres años sentía, en vez de la débil voluntad, juguete hacía mucho tiempo de sus reales o aparentes y siempre exageradas aprensiones, el enfermo empezó a sentirse mucho más animado, de tal manera, que cuanto más se acercaba al peligro y más había de sentirse la falta de ánimo, se notaba una reacción en él jamás esperada; hablaba con grande

entusiasmo, contaba historietas, hacía agudas frases y animaba de tal manera a los compañeros, que ni uno sólo pensaba en el espantoso abismo, en el peligro inminente que necesariamente en todo él se corre.

IV.—Inconcebible contraste

Mientras el padre, enfermo, se sentía tan fuerte y animado, el hijo, sano y de su natural esforzado y atrevido y muy inclinado siempre al gusto de contemplar inaccesibles asperezas, sin saber cómo ni porqué, se hallaba con el corazón duramente oprimido, sin fuerzas y sin valor para hablar ni para mirar siquiera la terrible e imponente hermosura de aquellas inmensas moles^a de intensísimas montañas; hacía esfuerzos supremos para sobrellevar carga que jamás en su vida la tuvo más pesada, y sólo le ayudaban dos cosas; la inconcebible animación del enfermo y la satisfacción de obedecer.

Nadie lo nota y nadie veía aquella titánica lucha, pero lo notaban y veían los ángeles del cielo, lo notaba Dios y los aprobaba y quería sin duda la Santísima Virgen, por lo que, en medio de aquella amarguísima amargura, repetía interiormente muchas veces; «¡Bendita seáis, Virgen Santísima del Pilar, que así lo queréis! ¡Bendita seáis y bendita la hora en que para nuestro amparo y consuelo visitasteis en carne mortal a nuestra querida España! ¡Bendita seáis mil y mil veces! Esto, esto es lo que confiaba obtener cuando al recibir esta mañana la Sagrada Comunión os miraba y os decía, sin duda ninguna de que era escuchado: ¡Todo, todo lo amargo para mí, toda la debilidad y decaimiento para es-


te vuestro esclavo; toda la fuerza, todos los ánimos para mi amado y pusilánime padre enfermo!»

El milagro se había rea'izado; el enfermo el tímido, el apocado sobremanera, tenía la fuerza y la valentía del joven; el joven, el sano, todas las timideces y cobardías del viejo enfermo.

— FIN —

El que entienda en cosas del alma, el que sepa el modo de obrar mil y mil veces de la divina Providencia de Dios, el que haya de una u otra manera experimentado lo que trituran y debilitan las aprensiones y ciertas enfermedades la voluntad humana, y sepa que no hay médicos ni medicinas que las curen o la fortalezcan, comprenderá perfectamente que transformar de manera tan radical la voluntad de un hombre hasta sobreponerse a todo lo que le agobiaba de manera tan absoluta y en momentos tan opuestos, es en extremo admirable, es, si queréis, mayor milagro que resucitar un muerto, dar vista a un ciego, oído a un sordo, que sabemos no pueden oponer resistencia física, como aquí pueden perfectamente decir con su voluntad, no quiero, y se precisa la infinita sabiduría de Dios para que, sin violentar lo único que tiene el hombre suyo, *su querer suaviter et fortiter*, se mude por la divina gracia.

¡Bendita Pilarica! ¡Patrona de mi Patria! Tú hicistes el milagro; hazlo creer a tanto tibio e indiferente que no te conocen ni te aman; aumenta más y más en mi corazón tu fe para que, como ahora, cumpla siempre mi promesa con mi torpe pluma narrando tus favores.



Curruca, o al cielo por un amigo

**Un triunfo más de la Inmaculada. Historia
pura**

INTRODUCCION

Para que mis amados lectores entiendan bien lo que voy a narrar, les ruego encarecidamente que, antes de leer esto, hagan el favor de leer minuciosamente el capítulo VII del *Camino de perfección*, de la mística Doctora Santa Teresa de Jesús, y si alguno no lo tuviese a mano, piense este parrafito entresacado de él:

Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos; siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia, y que después del Señor, si no estoy en el infierno es por personas semejantes, que siempre fui muy aficionada me encomendasen a Dios, y así lo procuraba. ¡Oh dichosas almas que son amadas de los tales! ¡Dichoso el día que las conocieron! ¡Oh Señor mío! ¿No me haríais la merced de que hubiese muchos que así me amasen?

Después de esto leed una pura historia.

NACIMIENTO DE CURRUCA

Mecióse Curruca en la más pobre cuna que Naturaleza tiene reservada para seres desgraciados, y apenas tuvo pies que le llevaran, fué preciso que comiese el pan besando el mendrugo que se le daba de limosna. Lleno de jirones y de frío, acurrucábase en una andrajosa mantucha, como el avecilla, extenuada por el largo invierno, acurruca su cabecilla entre las espeluznadas plumas de su pecho.

De su raquítica figura dejábase ver sólo la mitad de su cara, y en ella unos ojillos verdosos con unos muy encarnados ribetes, como si hasta los ojos se quejasen de ocupar un puesto en aquella desdichada criatura, sin más dotes naturales que un corazón bondadoso cerrado en un pequeño y basto estuche, pues era por demás pequeña y desgraciada su figura.

Sin duda al modo de envolverse entre los pobres andrajos de su manta, debió el nombre *Curruca*, al que atendió perfectamente (sin incomodarse) dos terceras partes de su vida.

Cuando se llegó a dar cuenta de su existencia en el mundo, Curruca quedó convencido de que era uno de esos seres de los cuales sólo el Criador lleva cuenta de ellos, porque no pierde la memoria de nada, y que en el mundo sabía que había un grani-
to más de arena que se movía en las inmensas playas de la vida, pero sin nombre. Porque ¿quién sabía el nombre del pobre Curruca? Nadie. ¿Quién se ocupaba de él Ninguno. Por eso el instinto de conservación le hizo pedir limosna para conservar su vida.



EL ZAGALIN

Contaba sólo diez años Curruca cuando fué puesto de zagalín con su padre, porque se le notó naturalmente aficionado al ganado, y al ver la buena maña que se daba para cuidar y conocer las cabras que guardaba, se le asignó por todo salario una chiva de *excusa*.

Curruquilla logró, a fuerza de cuidados, dándola a comer ramaje, que rasgaba de las encinas, y mendrugillos de pan, que robaba a su hambre, que la chivita pariese al año, que madre e hija y la nueva chiva del salario juntó tres, que al año se multiplicaron en seis, y la de *excusa*; al otro en doce, y así sucesivamente.

Como Curruca se daba tan buena maña y su comportamiento era inmejorable, se le consentían con las del amo, sus cabras, abonando con la leche y los cabritos el gasto de más de setenta cabras que llegó a reunir a los veintidós años.

Poco después se casó Curruca, sin pretensiones, con una zagala de su igual, pero muy buena moza y de su casa; a los cuatro años de casado vivía por su propia cuenta, con más de trescientas cabras, y un bienestar con el cual Curruca jamás hubiera soñado.

Miróse Curruquilla al espejo, no al material, pues no hay duda que lo hubiera roto, porque su figura en nada había mejorado, a pesar de la gran limpieza que, gracias a su mujer, desde que se casó, tenía. Miróse al espejo de su *posición social*, es decir, reflexionó un poquito, y contando sus ahorros y la multiplicación asombrosa de sus cabras, determinó dejar *su casa y parientes*, no por amor de

Dños, sino por su vanidad, que iba aumentando en igual proporción que sus cabras.

Salió Curruca con cierto disimulo de su pueblo natal, so pretexto de buscar mejores pastos para su ganado, y fué a sentar sus reales en la villa de Rogimina, célebre en lo antiguo por su industria y en lo moderno por un cacique de gran preponderancia en los fastos del *sufragio universal*, por su especialidad en hacer chanchullos; célebre también, por la misericordia de Dios, sobre algunas personas del pueblo.

El bello corazón de Curruca le llevó felizmente, antes de conocer al cacique, a entablar estrechísimas relaciones de la más sana amistad con un acomodado labrador de sanísimas costumbres, de más que regular inteligencia, de fe arraigadísima y muy querido del Señor y de su inmaculada madre.

Como los dos tenían corazón bondadoso, aunque sin labrar el de Curruca, y muy pulido el del labrador, pronto se entendieron, y éste conoció enseguida lo que valdría aquel tosco tronco si llegaba a labrarle; por eso le quiso con amor ardentísimo, desinteresado, con una verdadera amistad cristiana en que se quiere al amigo, más que para sí, para Dios, y que, como dice admirablemente Santa Teresa en el capítulo citado, *se sufre, se hace y se piensa lo increíble* para salvar el alma, y que no sea la amistad efímera y pasajera, como cosa del mundo, sino santa y eterna, poniendo el amigo al amigo en camino de salvación.

Así pasaron algunos años, en que las pruebas recíprocas de la buena amistad fueron muchas y muchos los esfuerzos de Renta Buena, apodo del labrador, para desarraigar de Curruca aquellos chis-

pazos de vanidad que le ponían en gravísimo peligro, tanto más, cuanto sus pocas luces y su escasa educación, en posición tan desahogada, eran terreno abonado para que algún pillo quisiese explotarlo, pues con lisonja y alabanza, Curruca era hombre perdido.

EL CACIQUE

No faltó al pobre Curruca el pillo arrojado por el demonio para labrar su completa ruina moral, como arrojó la serpiente a nuestros primeros padres. Este no podía ser otro que el gran cacique, falto de dinero y entonces con grandes compromisos políticos, tenía sobrada malicia y medios para explotar incautos y arrastrar al cieno del vicio, por donde él andaba como en propio elemento, sin reparar jamás en los medios, usando a veces los indiferentes y hasta los lícitos, cuando los perversos no dan resultado, como su padre el demonio; meterse es ello, que después ya dejará ver la oreja y hasta el rabo infernal cuando cuenta con la víctima.

El primer medio de que se valió el pillastre del cacique fué el parentesco que con Renta Buena le unía; por él se fué introduciendo en el pacífico hogar de Curruca, con desconfianza del amigo, que conocía perfectamente el flaco del uno y la infernal malicia del otro.

Dos reñidas elecciones, en que los cuartos de Curruca, puestos en las manos del cacique, le valieron la preponderancia sobre los vecinos de la villa; las visitas de los señores diputados y el trato continuo con el cacique, que multiplicaba las lisonjas y adulaciones, al paso que Curruca abría espléndida-

mente su bolsa con espléndidos agasajos y regalos, bastaron para hacer de aquel infeliz, mecido en la más pobre cuna, sostenido con el pan besado en sus primeros años, el que por sus ojillos verdosos, con ribetes encarnados, era como despreciado de todos menos de su bueno y desinteresado amigo que jamás reparó en lo exterior, sino en lo que podía ser aquel corazón naturalmente bondadoso, bien dirigido, llevado al bien, y lo que sería llevado al mal, se convirtió, repito, merced a la infernal astucia del cacique en un vanidoso, un descreído, un impío, necio y cobarde, que son los más funestos, porque mirando para ellos las grandes figuras de los malvados que los explotan, se ponen en sus manos, siendo materia inconsciente para cuanto aquellos miserables quieren, y poniéndolos de pantalla para que reciban los golpes, si los hay, explotan ellos las bolsas, escalan los puestos y pierden las almas de media humanidad. Raza maldita, fruto necesario del liberalismo tan bien expuestos sus errores como justamente condenados por Pío IX y León XIII en sus Encíclicas *Cuanta cura, Immortale Dei, Libertas* y en otras, donde se condenan todos aquellos que a toda costa quieren substituir el gobierno de Dios por el suyo, y en parte lo consiguen, como por desgracia se ve en este mundo; y es tal su soberbia, que pretenden, como Luzbel su maestro, dominar también en el cielo. ¡Canallas, infames, que enseñando el mendrugo de pan a unos o la honra a otros, arrastran mil y mil inocentes víctimas, y con su refinada malicia e incomprensible egoísmo engañan a todos los cobardes y vanidosos! Así se engañó al infeliz Curruca.

SIN MISA Y SIN RELIGION

—¿De dónde vienes, amigo Renta Buena?—dijo Curruca con más refinada malicia que cabía en su cabeza; sin duda bien instruído por el cacique que le acompañaba a jugar unas partidas de tute mientras la Misa.

—De Misa—contestó tranquilo y sereno Renta Buena con una profunda y amarga sonrisa que demostraba bien a las claras la lástima que tenía de aquellos dos desgraciados.—Vengo de Misa, de donde debíais venir vosotros y no darías el mal ejemplo que dais a vuestros hijos y a todo el pueblo, pues en un día como éste sólo vosotros os quedáis sin oírla...

Era el día de la Purísima Concepción del año 1893. Quemado el cacique en lo más vivo de su infernal orgullo, empezó a desatarse en improperios contra todo lo más santo, parte porque era uno de esos infames frenéticos que difícilmente encuentran quien los escuche con calma y logran que los buenos, escandalizados, se retiren, celebrando ellos el triunfo entre los necios, y eso era lo que buscaba, hacer incomodar a Renta Buena y que les dejase libre el campo, porque los argumentos y la calma con que sabía decirlos demostraban al infame cacique que no sabía más que barbarizar.

No son para escritos los disparates e improperios del cacique; y el necio de Curruca, atizado por él, vertió en su chabacano lenguaje las barbaridades que tiene acumuladas el infierno contra aquella purísima Criatura que le aplastó la cabeza. Curruca, tal como mil veces se lo había oído al cacique, semi-dios para él, negó la pureza de la Virgen en tan gro-



seras frases, que hacían estremecer, sin que lograsen alterar al fervoroso labrador que, como los dominaba en ciencia y le acompañaba la virtud, cosa que ellos no ignoraban, no necesitaba nada ni nada temía, y después de hartarles de necios, de cobardes y de infames, defendió con sólidos argumentos el dogma para que le entendiese el cacique, y dicho en tales formas y modales que no podían ofenderse, pues veían que le sobraba razón.

Después de hacerlos callar despidióse Renta Buena, y entonces el cacique recobró el terreno perdido, barbarizando a sus anchas y llenando la cabeza de Curruca de mayores dudas con las horrendas barbaridades.

LA CARIDAD NO SE CANSA

— Buenas tardes, señor cura—decía aún algo impresionado Renta Buena al sacerdote, confidente de todos sus secretos y amigo muy del alma, pues el Señor para sus altos fines los unió con lazo muy estrecho.

— Dios se las dé muy buenas—contestó el ministro del Señor; y como notase algo en el semblante del amigo, añade:—¿Parece que trae usted algo guardado en el pecho?

— Sí, señor—contestó éste hablando más con los ojos y con la actitud que con la boca.—¡Con qué ganas me quedé esta mañana, señor cura (y la Virgen me perdone si pequé de cobarde), con qué ganas me quedé de dar un par de bofetones por amor suyo!...

— Pero hombre, ¿qué fué ello? Mire usted, Renta Buena, que pocas veces Dios justifica esos arranques

vivos de celo, a lo Fines, cuando atravesó con su espada a Zambri y Corbi, que estaban pecando, y Dios premió su acto haciendo que en el momento cesase la terrible plaga y Dios le eligiese para el sacerdocio por aquel acto hermosísimo de celo por su gloria.

—Crea usted, señor cura, que si sé ese pasaje creo que lo hago, porque no sería mayor el pecado de aquéllos que el que cometían un soberbio endemoniado y un cobarde imbécil. En mi vida, señor cura, he oído mayores disparates ni más asquerosas blasfemias.

—Hombre, hombre, pues sí que merecía la pena de haber demostrado la verdad de aquel refrán: *El loco, por la pena es cuerdo.*

—Créame usted, señor cura, que aún me avergüenzo de no haber hecho más de lo que hice, y cierto que de palabra no les dejé hueso sano, a uno por necio y a otro por infame; gracias a Dios no me callé, y creo que lo que los dije y en la forma que se lo dije no se les olvidará jamás; parecía que la Virgen me inspiraba.

Contó en pocas palabras Renta Buena cuanto había pasado por la mañana al salir de Misa, y cómo se le partía el corazón al ver a su amigo perdiendo cuanto tenía de cristiano por la amistad funestísima con el infame y astuto cacique.

El señor cura avivó su fe y le animó a que no abandonara a aquel infeliz, que por otro lado tenía rasgos bellísimos, sobre todo de caridad, y que al propio tiempo lo encomendarían a Dios muy de veras, que es el que sabe, puede y cuando menos se piensa trueca los corazones.

—Pues ahora mismo—dijo Renta Buena, sose-

gado, tranquilo y lleno de bellisimos deseos—, ahora mismo, al ir a casa, vuelvo a entrar de nuevo, y si está sólo Curruca, de seguro que le hago mío.

—Por poco tiempo—dijo el sacerdote—, porque en cuanto venga el cacique le caza de nuevo; pero no hay remedio, no se puede dejar, quién sabe...

—Si yo no sé qué siento por él, señor cura; si cuando hago la oración le tengo siempre delante como un pobre que sin cesar me pide para no morir, una limosna, y yo sé que él me quiere muy de veras y que, si no fuese por ese malvado, se haría de él cuanto se quisiese. Y lo que más enfado me da es ver el pisto que el señor cacique se da a su costa, llevándole allá cuantos señores a su casa vienen, y el necio los agasaja, los atiende, y todo para que el otro truhán se ría; en fin, señor cura, pida usted porque Dios me oiga y encomiéndelo mucho a la Santísima Virgen.

NUEVA VISITA

—Buenas tardes, Paquín—dijo riendo Buena Renta a su amigo Curruca, que al verle entrar tan alegre se levantó y le tendió cariñosamente los brazos, diciéndole:

—Hombre, cuánto me alegro de verte por aquí. ¡Ya creía que no volvías a entrar en mi casa, porque como pasó lo que pasó esta mañana...!, siéntate.

—Porque te quiero de veras y deseo salvar tu alma, me da mucha pena verte así y no puedo abandonarte.

—Pero, tonto, ¿tú crees que no creo en Dios y sigo rezando cuando estoy sólo? Y ya ves cómo me

gusta que mi familia vaya a Misa y cómo mando-los niños al señor cura para que los enseñe. Pero, ya ves, ahora si se quiere figurar en el mundo y quiere uno tener amigos que le presten servicios y le vengán a honrar a su casa hay que hecer lo que ellos hacen; yo por ellos no voy a Misa, porque se vienen aquí y no he de echarlos; y no me confieso porque ninguno de esos señores se confiesa, y qué quieres, hombre, hay que alternar con ellos, son los que lo dominan todo...

— Date pisto, vanidosillo — dijo con sobrada sorna y no poca malicia Renta Buena, que veía de lleno el flaco de su pobre amigo —; sí, sí, date pisto, pero dime ¿te traen algo esos señores que vienen a visitarte? ¿Te han hecho algún favor o, por el contrario, vienen a fumarte las buenas cajas de puros y a comer a tu costa? Necio, si no dieras como das verías qué poco se acordaban de tí y qué pocas visitas te hacían.

— Sí, es cierto; pero ya sabes tú quién soy yo, y al fin me gusta y me doy por satisfecho que personas decentes vengán a mi casa.

— ¿Decentes? ¡Como no sea en el traje! Las personas decentes, Curruca, no se pegan a la miel como las moscas; la verdadera decencia en la misma amistad no se prueba en la mesa, se prueba en el dolor; y dime: ¿cuando estuviste enfermo, qué visitas te hicieron esos señores?

Curruca sufrió un agudo alfilerazo; aquellos señores sólo porque dijeron si serían viruelas y temían contagiarse, no le había visitado ni uno sólo, y su buen amigo no se había quitado de la cabecera de la cama, y por decir algo dijo entre cortadas frases:

— Sí, pero... ya ves.

—No hay pero que valga; las cosas se deben de llamar por su nombre, y ese salvaje vestido de señorito está echándote a perder, sacándote el dinero y burlándose de tí.

—Cuidado con eso —dijo muy serio Curruca, picadillo no poco en su vanidad—; bien sabes tú que Siliceo es muy listo.

—¿Listo? Contigo que te dejas engañar como un niño; ¿qué razones daba esta mañana para probar sus barbaridades?

—Sí le hubieses oído luego que te marchaste...

—¡Hombre, bien, cuando no tenía quien le contestara! ¡Majadero!

Picadillo Curruca de ver que se le tenía porque sabía poco, dijo con ciertos deseos de enterarse y con necios ribetes de sabio.

—Te digo Renta Buena que yo en Dios sí que creo, en un ser supremo, pero en eso de la pureza de la Virgen y en la virginidad yo no creo y no creo... (*Historia pura*).

—¿Quién te dijo eso, infeliz? ¿Acaso el borrego de esta mañana? Dime, hombre, dime; ¿no dices que crees en un Ser supremo que todo lo puede?

—Sí,

—De modo que Dios lo puede hacer todo menos eso, ¿eh? Pero, hombre, ¿no ves tú mismo cómo te contradices? Dices que lo puede todo y luego dices que no lo puede; ¿en qué quedamos? Si Dios hizo el sol y le dió su hermosura e incomprensible luz; si colgó, como perdidas, las estrellas en el firmamento; si al mar le aprisionó con montecitos de arena; si midió sus profundos senos y contó las gotas de agua que había de llenarlo; si deja oír su voz en el trueno, su mirar en el relámpago y su poder

en los temblores de tierra; si a su voluntad obedece todo, y corta la vida de unos y la alarga al que quiere; si de nada necesita y a todos atiende; si su belleza es igual a su poder, y esencialmente le repugna la más ligera mancha, dime, ¿al hacerse Hombre por amor del hombre, por amor tuyo... y por amor del miserable de esta mañana, pudiendo, como podía, te parece que iba a escoger una Madre cualquiera, por ejemplo, como la que parió al lobezno de tu desdichado amigo, o por el contrario, pondría en su Madre toda la hermosura que a manos llenas derramó por todas partes? Dime, infeliz; ¿dónde mejor pudo mostrar Dios lo que es y lo que puede, que reuniendo todas las hermosuras, todas las bellezas, todas las gracias en la que ha de ser su Madre?

Curruca había bajado la cabeza y escuchaba sin decir una sola palabra, y el buen amigo, como si quisiera darle el último toque, le dice:

— ¡Pobre Paquín! ¿A la hora de la muerte te atreverías a decir esas barbaridades?

Curruca, despreciando los toques de la divina gracia, que si habían logrado entrar en la razón por las palabras de su amigo, no lograron entrar en el corazón, porque estaba cerrado a cal y canto, contesta:

— Pues mira, yo he oído a Siliceo que eso no puede ser, y Siliceo es bien listo, ha estudiado más que tú.

— Sí que ha estudiado, pero poco le aprovecha; digo, sí, para sacarte a tí los cuartos a cambio de barbaridades que ni él mismo cree, porque es cierto que no es tonto, pero es un infame; ha perdido la fe, y quiera Dios que no te la haga perder a tí por

necio. Adiós, Paco; veo que hoy no consigo nada; la Inmaculada, cuya fiesta es hoy, te perdone y te ilumine para que te retires de ese desdichado; ¡a la hora de la muerte os quisiera yo ver!

— *Pues procuraré no morirme en este día, por si acaso* — dijo Curruca, algo animado, porque vió le dejaba en paz su amigo.

— ¿Qué dices, bárbaro? dijo Renta Buena con gravedad — ¿Cuando viniste a este mundo te pidió Dios permiso para traerte? Pues lo mismo cuando te llame; abre, abre los ojos y empieza por pedir perdón a nuestra amantísima Madre la Inmaculada, y Ella rogará a Dios que te perdone, y lo que no te concedería a tí por miserable, no se lo negará a Ella.

Curruca volvió a callar y a bajar la vista; pero el demonio debía de andar muy avisado, pues al mismo tiempo hizo entrar de nuevo al cacique con otros cuatro para jugar al tute, y con esto tuvo por fin que retirarse Renta Buena, rezando y pidiendo con más fervor por su amigo, que tan en inminente peligro se veía.

Riendo y charlando entraron los camaradas, halagando el cacique con frases escogidas al pobre Curruca, que en seguida se hinchó como un pavo, haciéndole olvidar la vanidad todo cuanto le había dicho su buen amigo. Este, que oyó las necedades que el cacique le decía, se retiró triste, cabizbajo y pensativo, como debió retirarse el ángel de Pilatos, cuando vió cerraba los oídos a la verdad y que condenaba a Cristo por no perder las amistades del César; su amigo Curruca lo despreciaba todo y ofendía a la Santísima Virgen por no perder las amistades con aquel miserable reptil, que tan a mansalva sabía inocularle el veneno.

LA ORACION

«Cuando se ve en camino de perdición el alma de las personas que amamos, dice Santa Teresa, es tal el dolor que se siente al considerar que, si sigue así, nos hemos de separar para siempre, que no lo puede el corazón sufrir». Así sucedió a Renta Buena: lleno de aquellas dolorosas impresiones se fué a la iglesia a derramar su espíritu en la más fervorosa oración delante de Dios y de su Inmaculada Madre, pidiendo por aquel desdichado a quien tanto quería y al que veía marchar por tan pésimo camino. Oraba con lágrimas en los ojos y con fervor extraordinario aquel buen amigo, y Dios Nuestro Señor se dignó escucharle, como él decía: Yo no sé cómo fué, pero yo lo veía mejor que si lo viese con los ojos materiales. Cuando yo pedía con tanto fervor por la conversión del pobre Curruca, mi inolvidable amigo, se me puso de repente, a cierta distancia, un dragón infernal, horriblemente feo, le asía con las garras de tal manera, que teniéndole como abrazado y clavadas aquellas al pecho, parecía imposible le había de soltar. Tenía el dragón cubierta su fealdad con un ropaje muy bonito al exterior y como de fuego por dentro; yo conocía que simbolizaba la vanidad; por la que mi amigo se perdía. Lloraba yo y pedía mucho más al verle en tan terrible estado, y conocía que al orar y pedir el dragón temblaba, pero no quería soltarle; yo acudí con muchísima confianza a mi Inmaculada Madre, y la dije que por mí le perdonara y castigase en mí sus pecados. La Virgen parecía no atenderme, pero yo cada vez lo pedía con más confianza, y lleno de lágrimas, la dije:

—Pero, Madre mía amantísima ¿no te agrada que yo pida la conversión de un alma, redimida con la sangre de tu hijo.

En seguida se llenó de resplandor muy hermoso la Virgen, y me dice:

—Sí, hijo.

Yo me llené de una alegría como jamás la he sentido en toda mi vida, y en seguida la Virgen miró al dragón, y éste inmediatamente soltó la presa y huía, dando horribles alaridos; entonces conocí que si seguía pidiendo a la Virgen no se perdería aquel desgraciado; por eso estoy muy contento y he jurado a la Inmaculada no olvidarme de ese desgraciado». (De los apuntes hallados a la muerte de Buena Renta).

A DIOS NO SE LE SEÑALA PLAZO

Habían pasado trece años desde aquella oración fervorosa, sin que Buena Renta dejase un sólo día de recordar a la Santísima Virgen su promesa y de pedir por aquel miserable que al lado del cacique de día en día parecía sumirse más en la incredulidad y hacer más alarde porque se le tuviese por algo y no se conociese su cortísimo talento y su bajísimo origen, sólo conservaba aquello a lo que naturalmente era inclinado, hacer favores y limosnas, y en el seno de la confianza, sobre todo a Buena Renta, solía decir:

—Yo sé bien lo que es pedir; y eso es lo que le gusta al Señor, que demos limosna aunque no se vaya a la iglesa.

—Calla, desgraciado —le decía su amigo—; si todo lo que te ha comido y bebido ese infame cacique

se lo hubieses dado a los pobres, a estas horas no pensarías como piensas, pero en fin, yo te quiero mucho y confío en que la Santísima Virgen ha de hacer contigo un milagro...

—¡Ja... ja... ja...! Cuando me muera, que lo que es ahora...

Y entre socarrón y confiado, pues él mismo conocía que si no fuese por las garras del cacique, como ya iba a viejo y no le halagaba tanto la vanidad, no hubiera sido difícil a su amigo llevarle a donde hubiese querido.

—Sí, sí; cuando me muera ya verás cómo me confieso; pero tienes que estar tú a mi lado, porque si no...

—Sí; ya lo sé que si estuviese ese miserable te dejaría morir como un perro.

Entonces, como si se viniese a buenas, se descubre el pecho, y le dice:

—Mira, hombre; ves, aquí llevo el escapulario de la Virgen; este escapulario me le regaló el señor cura. Es un buen amigo; ¡si todos los curas fuesen así!...

—Bien sé que ese demonio de cacique te cuenta mil historias, obscenas y horribles, de los curas; porque quiere que, así como él, los aborrezcas. ¿Por qué no las cuenta delante de mí?

—Porque te teme.

—¡Que me teme! Ya lo creo, porque todas son calumnias e invenciones tuyas; no tienes más que ver el odio que tiene a ese señor, y me parece que nada tiene que decir de él.

—Todavía, todavía dice la mar de cosas, pero yo no las creo, porque es un buen señor.

—Mejor parado saldrías tú si las amistades que tienes con el cacique las tuvieses con él.

—Yo lo creo; pero no, ahora no, cuando sea viejo, ahora todavía me gusta divertirme y gozar.

—No juegues con Dios, Curruca; mira que con Dios no se juega, que esas barbaridades se pagan muy caras; adiós.

—Adiós, hombre — dijo Curruca riendo —, si Dios me echa al infierno tú me quieres mucho y ya procurarás sacarme,...

LA ULTIMA ENFERMEDAD

Que la misericordia de Dios es infinita, nos lo enseña la fe, pero infinitos son todos sus atributos y, sin embargo, cuando Dios espera y espera al pecador, y después de ser muchas veces rechazado, aún le llama, y le abraza y perdona, siquiera a la hora de la muerte se vuelva a El, nos parece mayor su misericordia que ninguno de sus atributos.

Más de un mes llevaba Curruca en cama, con unas calenturas empachosas y malignas, que le habían demacrado de tal manera, que parecía no distar dos pasos de la muerte. Así lo debió de conocer su buen amigo, que no se separaba de él más que el tiempo preciso para comer y descansar; en cambio, también lo debió conocer el cacique, el cual poco a poco se fué retirando, viendo que se le secaba aquella parra que durante tanto tiempo había tan infamemente vendimiado. Y como no dejaba sucesor a propósito, y la enfermedad había puesto más verdosos sus ojillos, más encarnados sus ribetes y la destilación era más continua, el cacique tenía asco; por eso apenas iba por allí y muy a la ligera, «por...

que eran muchísimas sus ocupaciones», decía: y eso que no había elecciones entonces. Bien lo notó la familia; también lo notó Curruca, y más que nadie, y sin tirárselo a él en cara, lo repetía Buena Renta.

—Ahí tienes — le decía—; ¿por qué se retira ahora? Aquí es donde se prueban los amigos.

—Tienes razón, pero...

—Claro es, a nadie nos gusta que nos digan que nos hemos engañado; por eso el pobre Curruca trataba de disimular y excusarle.

Llegó un día en que, reuniéndose varios médicos, se dijo a la familia:

—No hay remedio, pueden ustedes mandarle preparar.

En medio del llanto y del dolor, la familia, que sabía bien lo que se querían aquellos dos amigos, dijeron a Buena Renta.

—Usted sólo es el que puede hablarle de esto; hágalo usted por Dios, pues será la mejor prueba de su amistad.

Sin ninguna resistencia aceptó el buen amigo la delicadísima misión, y después de prepararse con un rato de oración en la iglesia, risueño y alegre, entra aquel prudente cristiano, y acercándose al lecho de su pobre amigo, le abraza con todo el amor de su bella alma, y entre caricias, palabras de consuelo, afectos tiernísimos de dos almas que de veras se quieren y temen algo que las robe el tiempo para desahogarse, y como es tan natural al que sufre darse todo al que ve le acompaña y consuela en sus penas, Curruca extremaba más si se quiere las tiernas demostraciones a su buen amigo, diciendo de lleno en el fondo de su alma:

—Para que veas que sí te quiero y te amo más de lo que tú pensabas.

Aprovechando Buena Renta la mejor ocasión, luego que vió encendido el fuego de puro amor en su pobre amigo, le dice:

—Francisco, una cosa, un favor te voy a pedir; sé lo que me quieres, y espero que de ninguna manera me lo has de negar. No te aflijas ni temas por lo que hoy hace trece años pasó; es la fiesta de nuestra Inmaculada Madre, y mejor hoy que nunca.

Volvió a abrazar a su buen amigo; llenándole de caricias y esperando la respuesta. Curruca por toda contestación se echó a llorar como un niño, sin que en un buen rato pudiera pronunciar palabra. Buena Renta le enjugaba las lágrimas y acariciaba de nuevo.

No tardó mucho en romper el silencio el infeliz Curruca, diciendo entre sollozos.

Lo sé todo, lo conozco todo: voy a morirme, no lo siento; lo que siento es lo mucho que te he hecho sufrir, tanto como siempre me has querido. ¿Me perdonas? —concluyó en tono suplicante.

—Con toda mi alma; no te acuerdes de eso, acuérdate de que hace diez y seis años que no te confiesas.

—Ya lo sé, pero hace mucho tiempo que vengo pensando en ello, y por esta pícara vergüenza, porque no dijeran, no lo he hecho.

—Pues ahora hay que hacerlo, y hacerlo bien.

—Si, hombre, si sabes que yo siempre he tenido buen corazón; no eran más que esas tonterías que tú sabes, y todo por encima, porque en el fondo de mi alma yo estaba conforme, y creía todo lo que a tí te había oído tantas veces. Ciertoz que ahora me dan

mucha pena las barbaridades que dije de la Santísima Virgen, pero me decía Siliceo que te lo dijera aunque yo no debí hacerlo. —Y volviendo a llorar, dice con mayor lástima: —¿Me perdonará la Santísima Virgen?

—Si, hombre, no temas; mejor que tú sabía Ella que no tenías tú la culpa, y para mayor tranquilidad voy a decirte una cosa.

Curruca se puso en actitud humildísima a escuchar a su amigo:

—Mira: hoy hace trece años, después que te oí aquellos disparates, me fui a la iglesia a pedir a la Inmaculada que no te castigase por ellos, que yo sufriría el castigo que tú, por hablar así, habías merecido.

—Y que te dijo la Virgen —interrumpió Curruca, que no dudaba que la Virgen hablase con su buen amigo, pues demasiado sabía que su amigo hablaba formalmente con los santos.

—Me dijo que lo aceptaba y que no habías de perderte.

¿De veras?

—De veras; por eso jamás podía abandonarte. Con que el tiempo corre; a prepararte para la confesión.

Más de una hora pasaron en silencio, orando el buen amigo y dando gracias porque aquel infeliz empezaba a ver claro, y examinándose Curruca de todos aquellos años de su vida enmarañada, preguntando después con toda sencillez a su buen amigo de muchas cosas que él no sabía si eran pecado, confesándole otras muchas que quizá el amigo ignoraba, después de lo cual exclama:

—¡Qué malo he sido, Buena Rental! ¡Si me da

miedo pensar cuántos favores y beneficiós me ha hecho Dios y qué ingrato he sido para con él! Cuando yo era pobre era mejor; si estuviese aquí aquel señor Cura tan amigo nuestro; con qué gusto me confesaría con él... porque nos quería mucho.

—Si, pero no hay tiempo de avisarle; estando bien dispuesto, con cualquiera.

—Me tengo que confesar esta tarde, sí, y tengo que comulgar. ¡Qué contentas se van a poner mi mujer y mis hijas! ¡Cuánto las he hecho sufrir, pobrecillas! ¿Qué dirá Siliceo cuando lo sepa?

—Pues rabiarse un poco; pediremos para que él haga otro tanto.

Dos horas después la campana de la parroquia anunciaba, con su grave y sentimental sonido, a los vecinos de la villa, que a uno de ellos se le iba a administrar el Santo Viático.

Estaba llena de expectación la plaza contigua a la iglesia, y todos a una voz preguntaban:

—¿A quién van a dar el Santísimo?

—¡A Curruca!

—¡Virgen Santísima, qué milagro! ¿Y lo hará de veras?

—Dicen que llora como un niño; que da gusto verle; que ha prohibido dejen entrar al cacique, y que no deja salir de la alcoba a Buena Renta.

—¡Pobrecillo! —se oía en un corro de viejas algo murmuradoras.—¡Pobrecillo, qué purgatorio va a tener, tantas Misas como ha perdido y tantas barbaridades como decía!

—Pero no, tonta, si era el cacique el que se las hacía decir, que es más malo que un *condenao*; si Curruca era muy limosnero.

No quedó más que un solo vecino de Rogimina

que no acudiese al Viático; muchos quizá irían por pura curiosidad: el cacique permaneció en su casa, bramando de furor, cuando se enteró de lo que sucedía.

Apiñada la muchedumbre en el portal y en la sala donde estaba el enfermo, todos vieron con asombro que respondía al sacerdote con voz clara y fervorosa, y comulgaba con fervor bien edificante aquel a quien todos habían visto burlarse de las cosas más santas y sumido en los más feos vicios.

Algunas horas después él mismo pedía la Santa Unción, porque se sentía muy malo, y próximo al anochecer, precisamente a la misma hora que, después de haber ofendido tanto a la Virgen, ésta prometía al amigo que no se perdería aquel alma, la entregaba al Señor el que por cobarde, vanidoso y necio corrió tanto peligro de perderse, después de pedir perdón a Dios públicamente repetidas veces, y a todos los que entraban por el escándalo que había dado, y diciendo sin cesar aquellas palabras de Santa Teresa, que él jamás había oído: «Sí, sí; si voy al cielo, todo se lo debo a este buen amigo, porque nadie sabe lo que un buen amigo vale».

CONCLUSIÓN

Era el obscurecer del 8 de diciembre de 1907. San Pedro se había descuidado en cerrar las puertas de la gloria, por no perder un solo acto de la solemnísimas fiesta que se celebraba en el cielo en obsequio de la Inmaculada Reina. Como Vicario de Cristo le tocaba presidir en compañía de Jesús y del gloriosísimo Patriarca; pidió permiso para ir por un momento a cerrar las puertas, a cumplir con su obligación.

Cuando mandó a dos ángeles que hiciesen girar sobre sus brillantes goznes las doradas puertas, observó que alguien esperaba el permiso para entrar, y a poco que se fijó le llamó poderosamente la atención una figurilla, como de un hombre, que, embozado hasta las cejas en una capa andrajosa, dejaba ver una cabecita con los pelos de punta, como quien está lleno de asombro o de miedo; por entre la andrajosa manta se notaban unos ojillos verdosos y con unos ribetes encarnados muy marcadísimos, como quien ha llorado mucho, y en los lagrimales se veía bien claro, no forraje, como de costumbre, sino lágrimas de pura contrición.

Acercóse San Pedro, y como no cayera en la cuenta, ni bien ni mal, de quien podía ser aquella figura, mandó a uno de los ángeles que le quitara el embozo, y entonces apareció de cuerpo entero toda la personalidad del pobre Curruca.

—¡Curruca!, hombre, ¿tú por aquí?— dijo San Pedro entre guasón y extrañado.

Curruca por toda respuesta se arrojó a sus pies y se los quiso besar; el santo, comó retirándose, le dice:

—Quita, hombre, que con ese traje y esos ojillos me manchas. ¿Cómo no te has puesto aquel elegante traje con que acompañabas a los diputados y hacías el cumplido al infame cacique de tu pueblo?

—¡Señor San Pedro!—dijo Curruca todo temblando, creyendo que la cosa se le ponía mal—; me dijo mi amigo Buena Renta, a quien vuestra merced bien conoce, que aquí de nada servía el lujo ni la vanidad, ni el alarde de las riquezas; que aquí a los que se miraba mejor era a los pobres, y que, si que-



ría acertarlo, me pusiese para venir el traje con que de pequeño pedía limosna.

¡Canastos! - dijo muy admirado San Pedro—. ¿Cómo sabe eso Buena Renta? ¿Ha venido alguna vez? Y además, ¿pero tú, Curruca, has pedido limosna?

— Sí, señor, y trabajé mucho en mis mocedades, y entonces era muy bueno; después me hice rico, y no quiero acordarme de lo que entonces fui. Malo, muy malo, señor; y gracias que a última hora hice caso de mi amigo, que me decía: «Mira, Curruca, no seas necio; ya ves que para nada valen las riquezas; desprécialas, hazte pobre de espíritu y vuelve a tu primer estado, porque de los pobres es el reino de los cielos.

Como con este palique San Pedro se entretuviese demasiado tiempo, la Santísima Virgen, conociendo que algo pasaba, por ser su fiesta, quiso ella misma ir en persona a enterarse. Cuando vió a Curruca en aquel traje de pordiosero se sonrió, y al momento le cubrió con su manto azul tachonado de estrellas de plata, diciéndole:

Entra, hijo mío, entra cubierto con mis adornos, que así se lo prometí un día a mi siervo Buena Renta, cuando con tanto fervor por tí me pedía; entra en el gozo de Nuestro Señor.

Cuando Curruca pasaba llevado de la mano de la Santísima Virgen por delante de los coros de los ángeles y de los santos, como todos le conocían y sabían lo que había sido, llenos de entusiasmo cantaban con voces divinas en notas celestiales: *Un triunfo mas de la Inmaculada.*



Nanita o la "Visita domiciliaria,"

A guisa de prólogo

Provocado por los liberales de entonces, que como los de ahora, eran también amigos de mezcolanzas, tuvo en cierta ocasión nuestro Quevedo una salida ingeniosa. Adviértase que todos los liberales son unos; aunque parezcan buenos, todos tienen una idea falsísima de Dios! por divertirse y pasar el rato, no titubean en hacer chacota y burlarse de lo más santo, y miden con el mismo rasero al Omnipotente Dios y la más vil e ingrata de sus criaturas, a Luzbel, padre de ellos, y no pocas veces por el *modus vivendi* dejan a Dios con sus leyes, para coger al diablo con sus concesiones. Pues aquellos liberales, como mil veces lo hacen éstos, dijeron a Quevedo, que en medio de sus desvergüenzas tenía todavía la fe de los cristianos de entonces: «¿A qué no eres capaz de poner en un verso a Dios y al diablo, juntos en un costal?..» No se inmutó el agudo ingenio del poeta por la blasfemia que acababa de oír, pero contestó oportunísimamente, tapando la boca del blasfemo, con la siguiente redondilla:

«Ven acá, gran animal,
definido en pocos puntos:
¿Cómo quieres que estén juntos
Dios y el diablo en un costal?»

Quevedo dijo entonces una verdad, que con palabras más finas y adecuadas nos repite cien veces la Sagrada Escritura, contra todos los liberales habidos y por haber. «No puede servirse a dos señores a la vez; si se agrada al uno, se disgusta al otro: no se puede servir a Dios y al diablo. El que no está conmigo está contra mí. No se puede decir: yo ni con uno ni con otro. El que no siembra destruye. Lo que prueba que los durmientes que creen sirven a Dios, se engañan; al que sirven es al demonio.

Todo esto nos lo ha recordado el siguiente episodio, precisamente hoy que parece que Dios Nuestro Señor ha suscitado un medio tan tierno y poderoso, como es la piadosa costumbre de la *Visita domiciliaria*, que es como quien dice poner en nuestras manos, delante de nuestros ojos, en nuestras mismas casas el divino Modelo, que debemos imitar. Con lo cual, y esto sí que es infalible, no habría más problema social, ni malos Gobiernos, ni súbditos díscolos, ni padres abandonados, ni hijos desobedientes.

Vamos, pues, a imitarle; y para ello escribir en nuestros corazones el siguiente episodio, para que no se nos olvide.

Nanita o la «Visita domiciliaria»

Sinite parvulos venire ad Me.
Dejad que los párvulos se
acerquen a Mí.

¡Y que no estaba contento y juguetón el Niño Jesús!... ¿Y cómo no, si había logrado lo que tanto deseaba y difícil era, entrar a hospedarse en el magnífico palacio de los señores Marqueses de la Hiedra, que, como lo significa el nombre, se habían adherido de tal manera al partido turnante, que eran casi los de más viso en una y en otra situación? Y precisamente había entrado a hospedarse allí la Sagrada Familia, por el divino Niño, porque la Nanita, niña preciosa, de sólo cinco años de edad, hija de los señores Marqueses, de ello se había encargado.

Al venir Nanita de paseo con la Miss, vió la artística urna que cobijaba los augustos Huéspedes sobre la mesa de la portera, con dos velitas encendidas delante, y a la humilde portera llena de gozo, porque aquel día la había tocado el turno de hospedar a los Reyes del cielo.

Nanita, curiosilla, como todas las de su edad, corrió a la mesa, y apartando los dorados bucles que cubrían sus negros y hermosos ojos, miraba y remiraba con sencillísimo encanto el Grupo celestial de la artística urna, que la llenaba de dicha sin que ella supiese explicar el por qué.

—¿Qué es esto, Totita? preguntaba con insistencia a la portera, mujer virtuosa y prudente, que se llenaba de gozo viendo a la hija de sus señores queriendo hacer amistades con ella.

—La Sagrada Familia, contestaba con gran dulzura, Nanita; Jesús, María y José, que vienen del cielo a pasar conmigo esta noche.

—¿Y hablan, Totita? dijo con toda ingenuidad la niña.

—Hablan al corazón, Nanita, y quieren mucho a las niñas buenas. Mira, este es el Niño Jesús, tu hermanito.

—No... contestó en seguida la niña, yo no tengo hermanitos: si fuese mi hermanito, tendría abrigo de pieles, como yo, y no estaría medio desnudito. ¿Tiene frío, Totita?...

—No, querida; el Niño Jesús no se enfría, porque es Dios.

—Pues ¿por qué está casi desnudito?

—Porque viene de Egipto, donde estuvieron siete años, porque los malos no los querían; y aquélla es una palmera, donde se sentaron a descansar.

—Totita; ¿por qué no los querían los malos, tan lindísimo como es el Niño? Yo sí que le quiero. Totita; dámele y le subo a mi gabinete, y le hago un vestidito de pieles para que no se enfríe... Y la niña quería sacar al Niño para subirle con ella.

—No, Nanita, no se puede sacar; mira, si le quieres, dices a tus papás que te asienten, como yo, y el día que te toque los subiremos a tu cuartito y los pones sobre tu tocador, y estarán contigo toda la noche.

—Sí, Totita, sí; pues ahora mismo le digo a mamá que si no me asienta a eso que tu dices, que no como, y lloro, y no como, no; que yo quiero que venga conmigo ese Niño tan pobre y tan lindo, que dices que es Dios y que es mi hermanito y que me quiere mucho. Sí, Totita, sí; ya lo verás... Y después

de haber besado y rebesado el cristal que cubría el artístico Grupo, subía Nanita brincando los pasos de la famosa escalera de mármol, que daba entrada a un salón regio, llamada por la Miss, que no le gustaba mucho que digamos la charla con la portera, que traía la niña:

Apenas Nanita pisó las alfombras del lujoso salón, corrió como desalada donde estaba su madre, y abrazándola, y llenándola de caricias, le dijo:

— Mamaita, he visto en casa de la Totita un Niño monísimo, y un Padre muy hermoso, y una madre que da gloria mirarla: mira, mamaíta, si no los traes a nuestra casa y no los pones en mi gabinete, para que estén conmigo un día entero y una noche, como con la Totita están, no vuelvo a comer... ¿lo oyes, mamaíta? lloro y no vuelvo a comer, aunque te enfades y digas a la Miss que me encierre...

— Pero ¿qué dices, loquilla, que no te entiendo ni sé lo que dices? dijo la señora Marquesa llenándola de besos.

— Que sí, y que sí; si no me los traes, lloro, lloro mucho y no como... Y Nanita se puso muy grave y empezó a hacer pucheritos y monadas, para que viese su madre que la cosa iba de veras. La señora Marquesa, sin entender aún lo que le decía su hija, y saber lo que prometía, le dijo: «Bueno, Nanita, bueno; no llores, los traeremos.»

Nanita abrazó a su mamá llenándola de besos; más alegre que nunca se preparó a estudiar la lección, para que no se enfadase la Miss y lo echara a perder todo.

Enterados los señores Marqueses por la Miss de cuanto en la portería había sucedido, y considerando la actitud y deseos de la niña, hija única y encan-

to de todos, no hubo más remedio, se llamó a la portera y ésta se encargó de dar el recado a la celadora del Coro, para que los inscribiese, y que procurase les tocara pronto el turno, no sea que enfermase la niña. El señor Marqués no dejó de poner bastantes reparos: ¡qué dirían los senadores! ¡qué la gente de su partido! ¡y hasta qué diría la prensa rotativa, que de seguro se había de ocupar y no sería difícil que salieran con la suya! Que iban a hacer el ridículo, que al señor Marqués le habían engañado los jesuitas, y quizá hasta llegarían a decir que el prohombre que figuraba siempre en primera línea cuando los conservadores liberales tenían que oponerse a lo que pedía el Vaticano, o era de los más avanzados cuando le tocaba jugar con los radicales, ahora le llamarían retrógrado, sacristán y sabe Dios qué más cosas, y mira, Elvira, eso va a ser tremendo.

Todas las objeciones y reparos los deshizo la señora Marquesa, que, con cierto mimo y no poca malicia, dijo:

Mira, hombre, todo eso no es nada; no temas que por eso has de perder el puesto, ni el acta de diputado. Se manda un suelto al *Liberal*, diciendo que son cosas de la niña, y hasta se dice que el señor Marqués no estaba aquel día en casa. ¡Bah!... parece mentira que no sepas cumplir con Dios y con los hombres de tu partido; déjalo de mi cuenta, y todo estará arreglado.

La visita

Llegó por fin el día tan deseado para la inocente niña, que desde que vió aquel lindo Niñito en casa

de la portera no sabía hablar de otra cosa que de mostrar sus deseos y repetir en su inocente corazón: «Y aquel Niño tan mono es mi hermanito y nunca me lo han dicho mis papás; y está casi desnudito, y dice la Totita que es hijo de Dios y que todo lo puede, y que lleva con él a la gloria a los niños buenos. . pues yo he de ser buena, buena, para ir con él, porque es más *reguapo* que todos los niños que yo he visto.» Por eso la alegría de Nanita no conoció límites, al ver en su poder la preciosa urna con el sagrado depósito; hizo que se colocara en su lindo gabinete, encendió muchas lamparillas y velas de color, puso muchos ramos de flores, todo le parecía poco. Y como los sagrados Huéspedes llegaron al anochecer, cenó Nanita cuanto quiso la Miss; y después de estar un buen rato mirando al encantador Niño, a la Madre, que daba gloria, y al Padre tan hermoso, se acostó tempranito, para que viese el divino Niño que era obediente, y con la promesa de que todo el día siguiente había de estar con los augustos Huéspedes cerrada en su gabinetito: era tal el gozo y encanto que sentía al mirarlos, que la niña, sin saber por qué, se creía dichosa.

La noche

¡Cuánto gozaba el divino Niño, y qué contento estaba de su obra! ¡Qué satisfacción tenía de ver tan obsequiados a sus amadísimos Padres, y alojados en suntuoso palacio, y dueños de tan lujosa estancia! Loco de contento el divino Niño saltaba de gozo; por eso en cuanto se apagaron las luces, y todos los de la casa se entregaron al sueño, el divino Niño dió un brinquito, y sin romper el cristal,

salió fuera de la urna, y más que con la débil luz de dos lamparillas que se habían dejado ardiendo, con el suave fulgor de sus divinos resplandores, empezó a corretear por el lindo gabinete, examinando todo cuanto allí la más exquisita y elegante moda había colocado. Con todo jugaba, todo le entretenía y todo parecía llamarle agradablemente la atención.

Complacidísimos miraban al divino Niño San José y la Virgen, cerrados ellos en el artístico marco de la urna, sin atreverse a llamarle, gozando al ver lo que con tantos y tan lujosos cachivaches el Niño Jesús jugaba.

«¡Pobrecito: enseñado a la pobreza de la mayor parte donde nos hospedan, no es extraño que este lujo le llame la atención! Claro es, que todo puesto al servicio de Nanita, inocente criatura, le es bien indiferente; y todo puesto por ella al servicio de Dios, señor y criador de todo, bien merece que siquiera por una vez las riquezas se bendigan por su buen uso...» Así hablaban San José y la Virgen, cuando de repente se para el divino Niño, todo asustado, mudando súbitamente el color, al abrir el cajón de una preciosa cómoda, llena de incrustaciones de conchas y nácar.

Ante esta actitud del Niño, y viendo que no se atrevía a poner la mano en el lindo cajoncito, creyeron los Padres que alguna salamandra o víbora se había apoderado, para descansar, de aquel estuche; pero creció más la sorpresa, cuando el divino Niño, como haciendo un esfuerzo supremo, fué sacando el cajón y tirando con desprecio sobre la rica alfombra una porción de periódicos, que el secretario particular del señor Marqués cerraba allí después de anotados, y sin duda lo primero que vió el divi-

no Niño fué el sueltcito venenoso y excéptico que se había mandado al rotativo, para deshacer el provecho que podían traer los augustos Huéspedes.

Al caer sobre el suelo los famosos rotativos, pudieron leer los Padres de Jesús: *El Liberal, El Imparcial, El Herald, España Nueva, La Epoca*, etc., etc. Los Padres de Jesús se estremecieron y no pudieron articular una sola palabra: el divino Niño se quedó parado, mirándolos, lleno su divino rostro de profundísima amargura, y dos lágrimas rodaron por sus benditas mejillas. «¿Qué pasa, Hijo mío? dijo entonces la Santísima Virgen, como si no quisiese dar crédito a lo que veían sus ojos, al propio tiempo que sentía vivísimos deseos de ir a enjuagar las lágrimas de su Hijo. ¿Por qué lloras tú, encanto de los cielos? ¿Es que te desagrada tanta riqueza y elegancia?

—No, Madre mía, no es nada de eso; que bien sabéis que las riquezas, bien empleadas y puestas al servicio de Dios, le agradan y las bendice. Lloro y me lleno de amargura, porque nos hemos equivocado, Madre mía; yo creía que esta casa era cristiana de veras... que creían en Dios y en sus divinos atributos, que se observaban sus leyes y respetaban sus derechos, y que te amaba a tí de veras y a mi adorado Padre, y no es así. Mira estos papeluchos; unos se ríen de mi divinidad, otros de tu inmaculada pureza, y todos ellos solapada o descaradamente niegan el orden sobrenatural o lo desfiguran de tal modo, que sólo para engañar a necios sirven. Han arrebatado a Dios el orden de su divina Providencia y ellos se creen capaces de regir el mundo con la multitud de sus chabacanas leyes. Niegan la soberanía de mi Vicario en la tierra, y de él y de Dios echan

mano cuando lo precisa su refinado positivismo; y hasta los que parecen buenos persiguen a mis verdaderos hijos, a los que con exactitud creen y procuran observar todos mis preceptos, y como si esto no bastase, aplauden a los que niegan y persiguen, y hacen paces con ellos, y se empeñan en el mayor de los abusos, *en ponerme junto con el príncipe de las tinieblas*, como si Yo pudiera dejar de dar divina luz; con el padre de la mentira, como si Yo pudiera dejar de ser la *verdad*; y lo más horrible, Madre mía, es que quieren que Yo aplauda el pecado, la maldad, o por lo menos que calle; esto es increíble, Madre amantísima...

Y el rostro del divino Niño se cubrió de tan inmensa amargura y sus divinos ojos vertían de tal manera abundante llanto, que la Virgen no lo podía sufrir, y deseaba a toda costa salir a consolarle.

Observaba todo esto el Angel de Nanita que velaba el sueño de la niña al pie de la cama, y no pudiendo sufrir todo esto en su Dios y Señor, tocó suavemente a su encomendada, y ésta despertó al primer golpecito. Como se había acostado tan agradablemente impresionada y pensando en la dicha de tener allí los augustos Huéspedes, se incorporó en la cama, y cuál no sería la sorpresa de la inocente niña, cuando, mirando a la urna, nota que faltaba el encantador Niño; repara un poco, y crece más su sorpresa, cuando le nota rodeado de un resplandor suavísimo, muy cerquita de su cama; pero cuál no sería el dolor de aquel angelito, que, más que por la luz de las lamparillas, por la que rodeaba al celestial Niño, le nota que está triste, lleno de amargura y vertiendo llanto por sus encantadores ojos; y como si sólo aquello tuviese la culpa, seña-

lando con el índice de la mano derecha el montón de rotativos que tenía delante, mientras con la izquierda sostenía un corazoncito que parecía rompersele de pena. Nanita no puede resistirlo; salta de la cama, y cubriéndose con su capa de pieles, se acerca al divino Niño y le dice: «Jesús, hermanito mío, ¿por qué lloras? ¿cómo estás tan triste? ¿no quieres estar conmigo?— Sí, Nanita, hermana mia; yo te quiero mucho y estaba muy contento contigo; pero, hermanita querida, yo no puedo estar donde están y se leen estos papeles, porque en ellos va vuelta de mil modos la negación absoluta de lo que Yo soy. Mira, Nanita; los que escriben y leen eso, dicen que Yo no soy el divino niño, y me arrojan y me buscan para matarme. No, no puedo estar donde están ellos...» Y el divino Niño hizo un ademán, como para marcharse, y Nanita le coge de la celeste túnica y le dice. «No, hermanito, no te marches, que si te vas, yo me muero...» Y con un arranque tan propio de los niños de esa edad, coge, sin soltar al divino Niño, uno de los periódicos, y acercándose a las lamparillas que lucían junto a la urna, lo enciende, y poniéndolo ardiendo cerca de los otros, dice de nuevo: «Verás, verás, hermanito, como no te vas, porque yo los quemo todos...» Los dos niños contemplaban llenos de júbilo, cómo las llamas consumían aquel montón de veneno.

Cuando se hubieron quemado todos, Jesús, sonriendo, dió un beso divino a Nanita, y al propio tiempo la comunicó dulzuras celestiales: la niña conoce que aquel Niño verdaderamente era Dios, y se postra en el suelo y le adora. El niño Jesús la levanta y le dice: «Ahora, hermanita, vete a la cama y procura dormirte pronto.» Obedeció Nanita, y llena

del gozo que jamás había sentido en su vida, se fué a su cama, y el divino Niño se metió en su urna.

CONCLUSION

Momentos después los criados alborotaban todo el palacio, y los señores Marqueses corrían desalados al grito de «¡¡¡fuego!!!» en el gabinete de la niña, que todos vieron lleno de humo. Cuando los señores Marqueses creyeron morir de pena, viendo abrasada a su amada hija, al dar las llaves de la Eléctrica, se quedaron estupefactos, llenos de asombro. La niña dormía tranquilamente en su lujoso lecho de plumas, y un montón de cenizas que aún humeaban, estaba pegado a las ricas colgaduras de seda con que se cubría el dorado lecho, y los rótulos de los rotativos se leían perfectamente en aquellas cenizas. «¿Qué es esto? se preguntaban, llenos de espanto y sin poder darse de nada cuenta. ¿Qué es esto?...» A los gritos despierta la niña, y viendo y oyendo a sus padres, riendo les dice: «No es nada, papá... no te asustes, mamáita... Los he quemado yo, porque el Niño lindísima de la urna estaba llorando junto a ellos y me dijo, estando hermosísimo como no os podéis figurar: «Mira, Nanita, hermana mía; Yo no puedo estar donde están estos papeles y se leen, porque son muy malos. Dicen que yo no soy el Niño Jesús, y que mi madre no es mi Madre e Inmaculada; si no se van ellos, me voy Yo...» Y se iba a marchar, y mira, fuí yo y le dije: «No, hermanito, tú no te vas:» y fuí, los quemé, y luego me besó y me llenó de alegrías y me dijo: «Vete a la cama y duérmete;» y El se fué a la urna. Mira, ¿le ves allí? Allí está monísimo...»

Los señores marqueses estaban confusos y confundidísimos: lo que la niña decía debía de ser cierto, pues ni una sola chispa se conocía en las cortinas ni en la alfombra. «¡Milagro! dijo la Marquesa, ¡milagro! si, no hay duda, repitió el Marqués.» Desde aquel día se convirtió el elegante gabinetito de Nanita en precioso oratorio, donde en un altar de rico mármol se colocó la urna milagrosa, y otra en todo igual fué regalada por los señores Marqueses para la *Visita domiciliaria*.

Jamás se volvió a ver en el palacio de los señores de la Hiedra un solo rotativo, porque con letras de oro se leía a los pies del divino Niño:

SI ENTRAN ELLOS ME SALGO YO: NO
PODEMOS ESTAR JUNTOS

Ya lo sabéis, liberales,
no juntéis tiniebla y luz:
Si leéis los rotativos
os quedaréis sin Jesús.



ESCENAS AL NATURAL

CARIDAD E INGRATITUD

Histórico

Toda malicia es muy pequeña
en comparación de la de la mujer.
(Ecco. c. 25, v. 26.)

I

Imposible, de todo punto imposible era para el bueno de don Paco penetrar aquel misterio, descifrar aquel enigma. Triste, pensativo, con la mano a la cabeza, devanábase los sesos, pero no podía caer en la cuenta. ¿Cómo su esposa, tan lince en conocer las personas que eran útiles y necesarias a la casa, tan dulce para agradecer favores y prepararse otros nuevos, no sólo no se había alegrado con la visita de la señora Marquesa, pero lo más raro y doloroso era que daba muestras de gran disgusto, siempre que esta se acercaba a servirla con incomprendible abnegación y cariño ya los alimentos, ya las medicinas.

No había duda: Trini había perdido la cabeza. Pero lo raro era que, cuando él entraba o alguna de sus amigas, conocía, hablaba, preguntaba por todo;



y era melosa, poco menos que de ordinario, con ellos, y solo con la marquesa, con aquella generosa y caritativa dama, de la que siempre había su esposo dicho maravillas, ahora precisamente era con la única que se ponía áspera, desaborida y con un disgusto atroz! Imposible; allí debía ocultarse algún misterio.

Y era cierto: allí se ocultaba un misterio, incomprendible no solo al pobre marido, sino aun a la misma marquesa, que en la bondad de su alma no podía explicarse cómo aquella su favorecida amiga, tan agradecida siempre, ahora mostrase aquel disgusto, que por cierto la hacía sufrir, tanto más cuanto solo notaba ser con ella. Ella que lo había dejado todo para correr a ponerse a la cabecera de la enferma y con todos sus cuidados poderla probar que así aman y corresponden las almas generosas y que todo lo hacía para probarla que no se la olvidaba lo que había Trini sufrido en la muerte de su inolvidable Gloria. Misterios incomprensibles al entendimiento humano, pero que Dios se cuida de manifestar alguna vez para sublime enseñanza de los que buscan a Dios en todo, para sublime baldón de corazones mezquinos, que ocultan con traje más o menos elegante, con formas extremadamente dulces y finas, que allá dentro de su alma hay un mar de cieno, cuya hediondez no puede ocultarse al Señor que todo lo escucha y penetra.

II

Corría el año de 190... cuando, sin ningún otro aviso, al anochecer una tarde, la marquesa de Verde recibió la fatal noticia de que su hija Gloria

estaba espirando en el pensionado, si es que ya no había muerto. El dolor de la madre no hallaba límites, y un horizonte negro más que la noche cubrió por completo su alma y en su loca imaginación empezaron a pasar figuras a cual más tristes. Las tocas de las religiosas, los tránsitos del convento, la pobreza de las celdas parecían fantasmas que harían más y más horribles y largas las horas de agonía a su queridísima hija.

La cristiana marquesa parecía haber dejado de ser cristiana, para ser solo inconsolable madre y no poder pensar más que en qué personas cariñosas la rodearían, ya que no estaba ella, que pudiera dar algo de consuelo a su querida Gloria: todo, todo pasaba por su herida imaginación, y nada la parecía capaz de consolar a su moribunda hija. Pero de repente se acordó de algo que aplacó un poco su amargo dolor: Trini, la esposa de su apoderado, a quien tantos favores hacía como dinero daba, habría corrido al convento y se habría colocado al lado de su moribunda hija y casi mejor que ella misma haría por ella las veces de madre. Seguramente Trini estaría allá, porque los amaba con delirio; y serviría de consuelo a su querida Gloria, de lenitivo aunque pequeño a la afligida madre.

Corrió en brevísimo tiempo el coche de la marquesa el largo camino que del pensionado la separaba, y lanzándose del carruaje, corrió desolada a la puerta de la clausura, pidiendo a gritos la lleven donde está su hija. Las religiosas llorando por dentro; algunos eclesiásticos y seglares deteniendo a la afligidísima dama, la dicen:

—¡Imposible! señora, ni el señor Obispo puede concederla la entrada en la clausura.

— ¡Mentira! — rugió la altivez de la mujer, — con mi hija! déjenme ir con mi hija! ¡o viva o muerta que la saquen!...

Como la puerta no se abría, la madre creyó morir de ansiedad y de angustia. Parecía no entender las razones de las personas cuerdas, y en un acceso de angustia exclamaba:

— Trini estará con mi hija, no hay duda.

— Estas palabras salieron inpetuosamente de sus labios al ver que Trini no estaba a su lado.

Las pobres religiosas guardaro silencio, pero se vieron forzadas a contestar negativamente a las reiteradas preguntas de la marquesa de que Trini se hallaría al lado de su hija.

— No, contestaron las religiosas, pero su hija de usted es un ángel, y está rodeada de las demás niñas y de las religiosas que son necesarias. Tranquílcese usted señora, amamos con delirio a su hija y se la cuida con todo esmero...

Las religiosas no se atrevieron a decir que ya no necesitaba de ningún servicio; había muerto, aunque no se lo dijeron más que indirectamente a la marquesa.

Mientras tanto preparábase Trini vestidos negros, por lo que dos horas después llegaba al Pensionado. Cierta que había sabido a tiempo la gravedad de la hija y la llegada de la madre, a quien debía todo cuanto era; por eso jamás se había hallado en sus largos años de vida mundana en situación tan complicada y difícil. De mil modos lo había dado vueltas; y la sagaz y liviana mujer no podía hallar modo oportuno, ni feliz frase para deslumbrar a la marquesa y quedar en buen lugar. Miedo la daba pensar que podía perder todo cuanto era, si no hallaba

modo fino de salir del paso. Por un momento excitáronse los nervios; veía por un lado un asunto tan lúgubre, donde no debía faltar su presencia, y por otro su vida liviana y su criminal proceder. Fué preciso un esfuerzo del demonio, que no se avenía a perder la presa, y quien despertó en la mujer, al propio tiempo que sus agudezas, el ansia de satisfacer sus vicios.

Púsola delante el baile de la tarde, al que no pudo faltar por una cita de compromiso, bien contra el decoro de la mujer y contra el honor de su marido, única causa por la que no había ido al lado de la hija de su protectora. «No temas», parece que la dijo el demonio que a toda costa quería que la mujer liviana cumpliera el compromiso adquirido por la tarde, «de ninguna manera debes faltar a la cita para esta noche.» Aguzó su malicia la mujer perversa y escuchó el silbido de la infernal serpiente: «Entras, te pones mala; la marquesa creerá que es de pena, después repites, como tu sabes; ¡Nada! nada sabía! Al segundo síncope la compasiva marquesa te mandará retirar; y está todo hecho; dejás allí a Paco y con tu amiga sales; puedes quedar bien y sin riesgo.» Satanás hizo una mueca de aprobación, el ángel santo quiso retirarse del lado de aquella infame, al verla celebrar con una carcajada espantosa la infernal ocurrencia. Comunicósele a su amiga y ésta la dijo: «¡Trini! eres el mismo demonio! (y creo no se equivocaba) al diablo no se le ocurriría otra cosa.» La dió Trini suavemente con el manguito en el hombro y la impuso silencio: «Calla, Paca, que van a oírnos:» Llegaban al Pensionado.

La marquesa semejaba la estatua del dolor, porque la habían dicho que su hija era muerta y había

qu
se
dí
en
qu
ra
es
at
ur
de
bu
la
vi
sá
ha
no
es
co
lág
los
ch
señ
lla
lig
fra
dic
gu
pre
tra
acu
bri
tor

quedado como petrificada. Antes que a la marquesa se la anunciase la visita oyó gritos, sollozos, sentidísimos lamentos; y a pesar de estar ensimismada en su pena, fué tal la confusión y alboroto de los que la acompañaban que la marquesa, dando ligeras señales de vida, hubo de preguntar: «¿Qué es eso? ¿qué pasa?—Doña Trini, que la ha dado un ataque y está como muerta.» La madre ocultó por un momento el amargo dolor de su hija, y corrió despertando en ella los sentimientos de amiga y buena cristiana, a socorrer al necesitado, a consolar y aliviar a la que ella juzgaba su mejor y fiel servidora: «¡¡¡Trini, Trini!!!, la decía la marquesa besándola en la frente, ¡Trini! ¡por Dios! ¡no seas así! hay que saber cómo se sufre: hija lo de mi Gloria no tiene remedio!, no quieras tu agravar el dolor de esta desgraciada madre..» Y lloraba sin consuelo la compasiva señora, mezclándose en sus mejillas las lágrimas de madre con las lágrimas de fiel amiga.

Mientras tanto Trini seguía sin sentido, rígidos los miembros, y vueltos los ojos, levantado el pecho, entrecortada la respiración y dando bien pocas señales de vida. «¡El médico! ¡por Dios! ¡corran a llamar al médico!» Entre tanto ya tenían allí las religiosas el éter, cloroformo y tila. Los olores de los frasquitos, y quizá más la voz de «que llamen al médico» hicieron que Trini diese fuertes sacudidas, algunos resoplidos y agudos gritos que hicieron comprender que iba pasándose el síncope, pero mientras tanto todos se olvidaron del ángel muerto, para acudir a favorecer al *duende* vivo.

El éter hizo un maravilloso efecto: Trini entreabrió los ojos habló algunas entrecortadas palabras, tomó una taza de tila y al grito de «¡Gloria! ¡Glo-

rial.» volvió ligeramente a perder el sentido; cobróle por fin, quedando en extremo descolorida y cansada. Hablóse de todo por temor a nuevos ataques a Trini, y la prudente Marquesa sofocaba su dolor y angustia por no ser causa de nuevos trastornos. En tanto Paca seguía diciendo: «si esta Trini es todo corazón! si yo lo tengo dicho a Paco, «el día menos pensado te quedas sin esposa, porque es imposible que pueda resistir esos golpes.»

Poco después, por desahogarse la madre, que bien lo necesitaba y porque su bondadoso corazón la exigía aquello, con la dulzura y prudencia que sólo la caridad cristiana sabe y mucho más tomando por compañera la delicada educación, la Marquesa se levanta, besa con grandísimo cariño a su favorecida y abrazándola, la dice: «Querida Trini! te voy a pedir un favor, que creo no has de negarme.» Ruborizóse un poco la mujer mundana, pero pronto tomó un aire lastimero y meloso, porque supuso el golpe de la Marquesa, «Todo, Señora, todo menos una cosa, ya sabe la señora Marquesa que en mi casa no hay más voluntad que la suya —Gracias, querida, la dijo ésta besándola de nuevo, y por que lo sé, es preciso que lo pruebes.—Mande, mande cuanto quiera, menos el retirarme de su lado en estas angustiosas horas.» Lloró y sintió de nuevo ciertos síntomas de síncope: la Marquesa se impuso y la dijo: «precisamente eso es lo que quiero y sin pretexto ninguno lo mando. Preciso es de todo punto que te retires a descansar, a la mañana puedes volver, si me das palabra de ser más *formal* Trini»; y dejando entrever una ligera sonrisa, como el tímido rayo del sol entre un montón de nubes, la Marquesa tomó de la mano a la angustiada Trini, que, al

propio tiempo que se dejaba levantar, dice: «No puedo, señora, no puedo.—Lo mando, Trini, lo mando y se acabó — Sólo por eso, señora, sólo por obedecéros, sólo por daros gusto; pero bien sabéis que el corazón queda con mi queridísima Gloria.» La Marquesa, que no oyó más que el nombre de su amadísima hija, volvió a llorar copiosamente.

En tanto Trini del brazo de su amiga, dejando allí a Paco acompañando a la señora con muy mohino rostro, haciendo nuevos pucheritos; desaparecieron la enferma y la enfermera cuyo hospital había de ser un salón de teatro, en el que dos horas después penetraban perfectamente enjugadas sus lágrimas, sin más que un pequeño descuido de Trini que se llevó al concierto el pañuelo de batista negro, que la sirvió para recoger las lágrimas, vertidas por su *queridísima Gloria*, la hija de sus señores, de aquella generosa dama a quien había engañado tan a maravillas.

Una pareja de cierta clase de la sociedad, que mejor fuera no perteneciesen a ella, esperaban impacientes a las maduras *jamonas* que no hicieron poco humo sus no del todo desagradables rostros; por el salón. Había que consumir la última parte de la inspiración del diablo y mientras la afligidísima madre lloraba sin consuelo la pérdida de su hija, su administradora, su protegida cenaba opíparamente en el restaurant, rodeada de siete jóvenes entecos, gomosos, pero atrevidos y audaces. *Los siete pecados capitales.*

III

Habían pasado algunos años: Doña Trini había

concluído su desdichada carrera. Los pecados capitales habían minado de tal manera su naturaleza que, sacando cada uno la consecuencia de sus vicios, estaba hecha una lacra, llena de dolores y podrido todo su organismo, porque al fin cierto ha de ser el dicho del sabio, *en el pecado va la penitencia*.

Después de largos sufrimientos se presentó, como consecuencia natural, una enfermedad aguda, cuyo pronóstico fué terrible, irremediable: la muerte en breves días, según el Doctor. Don Paco se apresuró a comunicar la tremenda noticia a la señora Marquesa que, si siempre fué generosa para con ellos, había sido casi extremada desde la muerte de su hija. Recibir la triste nueva y salir de su palacio para ir a la casa de su administradora, la de Va'verde, fué cosa de momentos, y se vió hasta gozar aquel alma generosa, netamente cristiana, por tener una ocasión de probar a su amiga que no se había olvidado de la parte de dolor que ella tomó en la muerte de su hija, del peligro que había corrido la vida de Trini con aquellos terribles ataques.

Luego que llegó, inmediatamente fué a instalarse a la cabecera de la enferma con el firmísimo propósito de no separarse ni un momento y dar alientos y medicinas por su propia mano a aquella amante amiga que, si no lo hizo con su hija Gloria, fué porque las religiosas no la avisaron, que bien claro se había visto, según la buena de la marquesa, en aquel peligro de la vida que le causó la pena. Pero ¡aquí estaba el misterio que ni la buena de la marquesa, ni el infeliz del marido pudieron comprender! Trini no podía sufrir la presencia de la caritativa dama y mostrábalo en todos los tonos, hasta

decir a su marido «dila que se retire». Desde el momento que entró la marquesa fué a besar a su amiga y ésta sufriendo no sé qué tortura inexplicable, sin duda la del remordimiento, ni la saludó. Ni quiso mirarla. No hay duda, el inexorable juez de su conciencia la testificó y dijo: «Ahí la tienes; esa es a la que después de Dios más debes en el mundo y a la que después de Dios más seguramente has ofendido».

Así debió de ser, pues en el mismo estado de repulsión a la noble dama permaneció Trini hablando en cabal juicio con su amiga Paca y hasta con su esposo. La tan sábia ciencia de fingir no pudo aprovecharla en la hora de la muerte. Murió por fin la mujer mundana, como había vivido, digo al revés, engañada ella que a tantas personas había engañado; por las que la rodeaban no se confesó, nadie se atrevió a decirle una sola palabra, ni la Marquesa se atrevió por ver el desastroso efecto que cuanto ella hacía producía en la que juzgaba que sin duda había perdido el juicio. ¡Pobre Marquesa! perder el juicio quien nunca le tuvo!

Mandó don Paco, como persona de más confianza, a la Marquesa sacar las ropas y alhajas, para vestir por última vez a la que tantas veces se había vestido para ofender a Dios, y encontróse entre sus ropas un perfumado billetito que sólo leyó la Marquesa; decía así:

«Amiga Trini: no faltes esta noche a la cita; te juro que ya no serás administradora, serás la reina «y señora de mi casa. Te amo mil veces más que el «imbécil de tu marido». (Aquí una firma muy conocida de la Marquesa) y una fecha que la heló la sangre, la fecha del día en que murió su hija, y con le-

trita menuda, escrito por bajo, «no falté, pero ha sido el caso más difícil de mi vida» esto último casi no pudo leerlo la Marquesa; hizo trozos el billete, estaba toda conmovida, alterada, pero no pudo llorar.

Mandó inmediatamente poner un carruaje. Le dijo a su administrador y demás visitas que se sentía muy indispuesta, y todos convinieron que sí, que hacía muy bien en marchar.

Apenas entró en su palacio fuese al oratorio, postróse ante un precioso cuadro de la Sagrada Familia y al momento un copioso llanto desahogaba su más que nunca oprimido corazón.

El mundo vivamente representado en aquella desgraciada que acababa de morir, como había vivido, sin saberlo ella. El cielo en su querida Gloria al que desde el santo lecho del pensionado, sin pisar el mundo, sin manchar su planta; había subido. El cuadro de la Sagrada Familia que parecía la decía «perdona y espera». Ella perdiendo casi el sentido por el llanto, por el dolor y los recuerdos, exclamaba a gritos en sus sollozos. «Perdón, Señor, perdón para aquella desgraciada».





LAZARITO

(HISTORIA PURA)

Domine, jam folet!

Tres horas largas había durado el camino, que al hijo y a la madre parecieron un soplo. ¡Se amaban tanto!... Y ya se sabe con qué placer se deslizan, qué dulces y cortas son las horas en compañía de los seres amados.

Para gozar más de cerca el puro amor de sus benditas almas, la madre mandó preparar muy oportunamente un carro. Un banquito de madera, cubierto con la colchoneta del sofá, de muy mullida lana, puesto a lo largo; tapadas delantera y trasera del carro con tupido fieltro de colores; arriba el encañado toldo, y para los pies el colchón de costumbre. Delante, y cogiendo la cubierta, el baúl atestado de ropa y libros; atrás, del mismo modo, una maleta y un lindo azafate con cubierta, para las cosas de comida. Solos y colocados ya en el mismo asiento, como en una regia cámara, sin más testigos que Dios del cielo y el fiel criado, que se guardaría mucho de mirar, levantando la cubierta, por respeto y temor de sorprender aquellos dos seres queridos en algún desahogo de amor maternal que, siendo tan santo y puro, no gusta de testigos más que al Dios

del cielo, y sentada la primera doña Petronila, colocó a la izquierda a su primogénito Lazarín. Acercósele muy junta a sí la apasionada madre y le miraba con no se qué inmensidad de temor y cariño. ¡Le amaba tanto, y temía tanto que aquel capullito de blanca azucena, que ella había cultivado con tanto esmero y cuidado, no acabase de abrir, por temor de que, sin querer, recibiese algo de polvo enfangado del corrompido mundo!; pero ahora, uera de su lado, no tendría más remedio que abrirse y quizá recibir de lleno la vil mercancía que el mundo ofrece. ¡Pobre madre! ¡Cuántas veces a solas pensaba en su Lazarín, lo puro y sencillo que se había conservado en el Instituto, merced a sus continuas visitas y la vigilancia de su virtuoso hermano, donde estuvo hospedado Lazarito todo el tiempo que permaneció en la ciudad de X. Cuántas veces la amante madre, llorando, se decía: «Quisiera mejor llorarle muerto que verle perdido! ¡Dios mío, entre las dos cosas cien mil veces mejor la primera!»

Cierto que después todo se desvanecía a la vista de su Lazarín: era tan amante, tan cándido y tan dócil, que sólo el temor de ver sufrir a su buena madre le daba fuerza para todo. Bien lo sabía ella por sus cartas; la tenía tan presente en su imaginación, que todo cuanto hacía, lo verificaba en su presencia, aunque los separaban largas distancias.

Cuando estudiaba, figurábase presente a su madre, de tal modo, que no se podía convencer de que no le estaba mirando, y el amante hijo no se atrevía a levantar por respeto la vista del libro hasta haberse aprendido bien las lecciones, diciendo al cerrarle: «¡Madre, ya!...» y estampaba con toda su candidez un ardiente beso en el retrato de ella, que tenía enfren-

te, y sentía inundarse de gozo su corazón filial, como si su misma madre le pagase aquello con un centenar de besos y caricias.

Cogía después la pluma Lazarín y cumplía el encargo de su buena madre; escribirla todos los días, contándola hasta las cosas más mínimas que le habían sucedido. Si le habían preguntado la lección; cómo contestó y qué cara el catedrático le puso; si algún compañero indiscreto había hablado mal y él había sufrido mucho al oírle; qué se había hecho en casa de sus tíos, y hasta lo que había comido sin que jamás se olvidara de decir: «al ir o salir de clase entré en la iglesia de X, recé una Salve por usted, otra por mi padre y otra por mis hermanitos»... ¡Qué bueno era Lazarito, qué amante de su familia y, sobre todo, qué apasionado por su madre!

Momentos antes de subir al carro, doña Petronila había enseñado todas sus cartas a Lazarín, un cofre lleno, y la que más y la que menos llena de besos de sus hermanitos, llenas de dulces lágrimas de su santa madre.

Apenas rompió la marcha el ligero vehículo, la voz del ama dijo al hábil mulero: «No arrees, Francisco, que llevamos mucho tiempo.» Bien conoció el viejo criado lo que esto significaba, y encendiendo un grueso cigarrillo de papel, se colocó diestramente sobre la tiradera para detener las briosas mulas, que más experiencia y maña necesitaba para eso que para dejarlas salir a ligero galope. Abrazando doña Petronila a su hijo, pues no la bastaba el mirarle, colocó la rubia cabellera sobre su maternal pecho, acariciándole con la derecha, al par que le besaba la frente y le decía:

Dime, hijo mío, ¿harás todo lo que te he mandado?

Sintióse herido el adolescente en la más delicada fibra de su amor maternal, y no pudo darla otra respuesta que llenar de besos la mano de su queridísima madre, porque el esfuerzo que hacía para detener las lágrimas no le permitía hablar. ¡Desobedecer Lazarín a su madre!; primero se moriría de vergüenza.

Pero la experimentada madre, como si no entendiése la respuesta que la daban los besos de su hijo, seguía diciendo:

—No dejarás de escribir todos los días; yo pondré aparte tus cartas de Madrid y las guardaré como las de X... Me contarás todo; no me calles nada, hijo, porque si fuera necesario, antes de que tú estés mal y no puedas seguir como hasta ahora, yo sería capaz de dejarlo todo y marchar a tu lado.

—Madre, por Dios, ¿y mis hermanitos?

—Tienes razón, hijo; que tu padre es algo descuidado en su educación, y por eso ellos me necesitan más que tú. Pero, hijo, tu mismo padre dice, que es tan distinta la vida de la Corte a la de una capital de provincia...

Doña Petronila había callado siempre lo que a su esposo en la Corte le había ocurrido, y jamás había dejado contar a éste, por prudentes razones, el cieno que allí se pisa, en medio del esplendor de las luces y joyas, y sobre las ricas alfombras y limpios adoquinados. No; no quería doña Petronila que sus hijos oyesen ciertas historias que chorrean sangre y huelen a hedihondo cieno; pero la infeliz ahora se creía obligada a decir a su hijo: «Lazarín, hijo mío, cuidado... que no es todo oro lo que reluce, ni bue-

no todo lo que la esmerada educación cubre con sus elegantes formas».

En medio de la terrible lucha que sentía en su corazón, con aquella tremenda duda de si hablar claro a su hijo o callar, quizá escuchó mejor la voz de la naturaleza, que la decía: «¿Para qué vas a embargar el ánimo de tu hijo en los cortos momentos que os quedan? ¿Por qué descubrir las miserias de la vida a ese ángel de diez y siete años, que no cree que puede haber otra cosa que amores puros como el de su madre, su familia y sus libros?» Y acaso desoyó la voz de la gracia que la decía: «Más vale prevenir, que tener que remediar; más vale lo que más cuesta; a tí te cuesta más el hablar a tu hijo del inminente peligro que corre, si deja abrir sus pasiones sin conocer el gravísimo daño por su inexperiencia.» Qué cosa más hermosa que la madre o el padre digan a sus hijos, cuando ven que estos van a poner en riesgo su inocencia. «Cuidado, hijo, que no es oro, es estiércol; no confíes en tus fuerzas ni en nadie que te diga: Ven, y no tengas miedo. Cree a tu madre; si voluntariamente te pones en peligro, caes; y si te pones involuntariamente, corres peligro y precisas muy grande ayuda de Dios, que no niega su gracia a quien constantemente se la pide».

¡Cuántas lágrimas se ahorrarian las madres si obrasen así! ¡Cuántas almas librarían del infierno! Porque si no se evitaba la caída del todo, por nuestra vil naturaleza, sería de otro modo, y siempre suspirando por levantarse por medio del arrepentimiento.

Doña Petronila se resolvió a callar para no entristecer ni preocupar a su hijo; era más hermoso

hablarle sólo de cosas buenas aquellos breves momentos.

—Si, hijo; todas las mañanas tienes que pasar por la iglesia de San Luis; de seguro estará abierta, entras y rezas tus Salves de costumbre.

—Sí, madre.

—Mira, hijo - continuó todavía algo recelosa de lo que callaba—en las cartas me dirás el nombre de tus amigos y me contarás cuántas cosas te hablen, cuántas veces te pregunten los profesores y qué notas te van dando, si enseñan mucho y si son buenos. Tú, hijo, procura ser siempre el primero en lo que a la religión y aplicación toca.

Dos cosas se la atragantaron de nuevo a doña Petronila, que no acertó a decir a su hijo: era mujer, al fin, y tenía más corazón que inteligencia, a pesar de ser bastante despejada en su clase, y eran qué conducta debía de observar con los profesores, si hablaban mal de Dios, de curas y frailes, como era tan frecuente; en una palabra, qué hacer si eran ateos. La otra era la conducta que había de seguir cuando los calaveras de sus condiscípulos se empeñasen en no entrar en clase y se viese en la terrible alternativa de faltar a un deber tan sagrado o exponerse a las iras de aquellos indomables tigres. Con estos pensamientos y dudas pasó un buen rato en silencio besando la frente de su hijo, apretándole sobre su corazón y luchando entre volver a casa, donde contaba segura la perseverancia de su hijo, o exponerle en tan ciertos como odiosos peligros.

Por fin, pesando todas las circunstancias, la disposición excelente de su hijo, su estudiosidad, su brillante porvenir, si seguía de aquel modo, las circunstancias de familia y mil otras de más o menos

monta, la decidieron a callar, pasar por todo y sólo continuar con sus dulces advertencias, pero sin poder perder el miedo. Para acallar quizá en parte su conciencia, sacó un escapulario nuevo, y al colgarle del pecho de su hijo y cogerle el viejo para guardarle como reliquia, le dijo.

«Hijo, no te le quites; en él va el corazón de tu madre. ¡Qué sería de esta infeliz si tu te pervirtieses! Porque, dado tu carácter, no sería para poco. ¡Pobre hijo mío!, ¡pobre madre! ¡Temo tanto, hijo, no te pierdas!

Lazarín no entendía este lenguaje; no sentía más que crecer y más crecer el gran amor que tenía a su madre.

Recostada la cabeza sobre la de su hijo llenábase de caricias, y perfectamente fundidos sus corazones en uno solo, gozando y sufriendo lo que solo saben las madres y sienten los inocentes y amantes hijos, llegaron a la estación de partida. Paró el criado las mulas, y como muy extrañada, preguntó doña Petronila:

—¿Llegamos ya?

—Sí, señora—contestó el criado,—y creo llega ya el tren, pues hemos venido muy despacio.

¡Qué cortas son las horas para el purísimo amor materno cuando tiene ocasión de desbordarse.

Efectivamente, el tren llegaba y apenas les dió tiempo para sacar el billete, facturar la ropa, coger la maleta y el pequeño azafate y darse el último abrazo... Allí ya no lloró doña Petronila, era una de esas prudentes madres que todos sus maternales desahogos los dejan para los rincones de sus casas, y delante del mundo y para animar a su hijo era una

verdadera heroína sin nada de gazmoñería ni aspavientos.

Abrazó a su hijo y como si nada le hubiese pasado en el camino, le dice:

— Adiós, hijo; escribe pronto, y hasta dentro de ocho meses. Yo misma vendré por tí; sé bueno y no te olvides de los consejos de tu madre.

El que no pudo contenerse fué Lazarín; rompió a llorar como un niño, y entre sollozos, lágrimas y adioses, sin poder dejar de mirar a su madre, se colocó en un rincón del coche sin que osase rebullirse en ocho bien largas horas.

LA CORTE

Enjugáronse las lágrimas de Lazarito, no con el bullicio de la Corte, no con el deslumbrador brillo de los preciosos escaparates, ni con el lujo de los cortesanos, ni con lo monstruoso de sus edificios, ni con la belleza y hermosura de sus jardines y fuentes, no, con nada de esto, y si Lazarito lo miraba era sólo por tener más cosas que contar a su madre y con qué entretener a sus hermanitos.

Enjugáronse sus lágrimas con el desmedido amor al estudio y con el dulce recuerdo del amor de su santa madre. «¿Ocho meses? ¡Bah..., pronto se pasan!» Sin trabajo alguno impúsose el método de estudio que había usado en el bachillerato, y esto hacía que viese deslizarse las horas con la misma satisfacción que entonces. Sólo los viernes, días fijos en que le visitaba ante su madre con alguno de sus hermanitos, se sentía un poco disgustado, pero una carta, un poco más larga, bastaba para desvanecer todo aquello. En una palabra, Lazarín era tan

feliz y estudioso en la Corte como lo fué en la ciudad de X. El había entrado en la Corte, pero la Corte no podía entrar en él: no tenía puerta abierta: sus libros, la clase, las cartas a su amadísima madre y familia cerraban a cal y canto aquél corazón puro e inocente, para no dejar acabar de abrir la blanca azucena de su pureza y no se pusiese en peligro de ser regada con el agua del corrompido charco.

Brillantísimos triunfos fué adquiriendo en las clases; no había un sólo profesor que no hubiese recibido tarjetas de recomendación para aquel imberbe jovencito, pues eran muchas y muy distinguidas las familias con ellos emparentadas, pero en todas ellas, y por mandato expreso de la madre, no se decía más que ésto: «El joven Lázaro M. de Tejada y de la Mota va a ser discípulo de usted; se le recomiendo eficazmente para que, a ser posible, le pregunte todos los días las lecciones».

Con esto bastó para que en las dos primeras semanas fuese conocido el joven escolar de profesores y alumnos, y Lazarito, en medio de su natural timidez y exquisita prudencia, dejase traslucir sus brillantes aptitudes y su asombrosa aplicación.

De todo esto nacióense muchas amistades, que él rehusaba por no perder el tiempo, y no pocas envidias, que perdonaba generosamente con el candoroso sentir de su noble alma. Disputábanse unos y otros sus apuntes: los aplicados para perfeccionarse; los holgazanes para holgar a costa de otro.

Dos meses habrían pasado. y la pobre madre no podía desechar de su corazón el temor espantoso, semiprofético, acerca del triste porvenir de su hijo.

Era Lazarito de temperamento sanguíneo, noble

y elegante presencia, expresión viva y vivísimas pasiones; de un corazón tan grande que cuanto amaba lo amaba intensísimamente; condición hermosísima si es bien dirigida, terrible si se descuida o tuerce. Era muy agradecido, por educación y por naturaleza, y alguna vez se veía obligado a ceder algo de su puesto por no caer en la nota de ingrato o mal educado.

Todo había marchado bien hasta entonces, y sus pasiones, sujetas con los abrazos de su madre y los pueriles entretenimientos de sus hermanitos, nada le pedían que no fuese bueno, y el dirigirlas al bien cabía la suerte, más que a su confesor, a su santa madre. Por eso la pobre madre temía más y con más fundamento; porque todo esto le faltaba en la Corte, y en cambio eran tan frecuentes los peligrosos compromisos, los malos y perniciosos ejemplos... ¡Pobre madre! Todo lo veía ella mucho más claro ahora con la ausencia de su hijo, y cuando el casi continuo recuerdo de estas cosas, sin que nadie se lo mentase, la trituraba el corazón, se decía: «¡Cierto, Dios mío! El continuo gotear taladra la piedra; el hierro a fuerza de calor se funde; a fuerza de continuas lluvias el río sale de cauce. ¡Ay, Dios mío, no hay duda; la mejor comprensión y la educación más esmerada con el continuo roce de objetos contrarios se tuerce, la más pura atmósfera se corrompe con pútridos miasmas, la más viva fe se entibia, se debilita, y en continuo luchar bambolea, desmaya y cae si una mano poderosa y un hábil maestro no la dan energías y sostienen. ¡Pobre hijo mío!, todo esto te tocará a tí, a pesar de tus buenos deseos, a pesar de los avisos de tu pobre madre! ¡Qué triste es para una madre al tenerse que

pa- separar de sus hijos no tener un centro de estudios
na- donde se los pudiese aislar de esa perniciosa atmós-
osi- fera para que pudiesen estudiar y hacerse hombres
t o sin peligro de perder, como sucede cien veces, la
por salud, la carrera y el alma!»

der Por eso, lo que más regaba con dulces lágrimas
ito y más llenaba de besos en las cartas de su hijo, era
aquello que ponía al final de las escritas en los días
sus de fiesta: «Esta mañana comulgué en la Congrega-
los ción, y esta tarde hemos tenido los ejercicios; lo
da hemos pasado admirablemente». Si, esta era el án-
ten cora de salvación, en el sentir de doña Petronila,
ita para su hijo; por eso en todas las suyas se lo reco-
on mendaba, tanto más cuanto que a su marido el Pa-
la dre Director de la Congregación fué el que acudió
ro a salvarle a tiempo para que no pereciera, pero no
m- tanto que no perdiese la carrera por sus calavera-
ás das. Pero su hijo tenía otro carácter menos ligero,
el aunque mucho más tenaz y constante; por eso tam-
lie poco se la ocultaba que un sólo golpe del mejor na-
ia: vío contra una roca lo abre como una granada, o lo
la inutiliza, y si no va al fondo de un golpe, queda tan
za averiado que, tarde o temprano, es sumergido en
os las aguas. Un imprevisto y mal golpe bastaría para
u- sumergir a su idolatrado hijo.

e- Y no se equivocó, por desgracia; ese fatal golpe
se se lo había de dar su primito Fabían, del que siem-
se pre receló la madre por lo bullanguero, decidor y
o- atrevido y muy falto de educación religiosa, indife-
á- rente y con grandes aficiones a las corrientes mo-
re dernas, a saber de todo, hasta de las porquerías de
is los lupanares y garitos. Bien recomendaba doña
re Petronila a Lazarito que no intimase con él, pero no
ie podía prohibirle su compañía ni hablarle más claro

por los estrechos vínculos de familia, y porque, a pesar de todo, Fabián tenía muy buen talento, y aunque no era gran cosa lo que estudiaba, era muy apreciado de su familia, porque cosa es sabida que a los viciosos, si son listos, no se los aborrece hasta que los vicios salen a la superficie, y ellos solos se denigran. En cambio a Fabián, se le recomendaba de un modo especial la intimidad con su excelente primito Lázaro.

Entre las desdichadas aficiones que más dominaban a Fabián por su alegre carácter y poco sano corazón eran los toros, y sobre todo, los teatros del género infimo o género chico, como vulgarmente se los llama. En ellos pasaba Fabián muchas horas de la noche con esa casta de toreros y chulos ingertos en la nobleza, tipos *híbridos* como los llamó el literato eminente P. Coloma en su novelita *Polvos y lodos*. Toreros ingertos en señoritos, o chulapos en marqueses, cuyo tipo es tan repugnante. A este grado, más o menos avanzado, pero muy en boga entre los jóvenes elegantes de su época, pertenecía Fabián; y como todos, sin excepción, llenito de desvergonzadas licencias, sin rienda ninguna a sus pasiones, que por estar demasiado sueltas, como las fieras del bosque, no rugían más que cuando tenían hambre, pero jamás quedaban sin saciar sus apetitos.

Cien veces había Fabián intentado llevar a su primito a los toros, y éste se excusaba con un *a secas*, no me gustan. Pero cien veces más le hablaba de canto, de los intencionados cafés, de lo alegre y divertido de las piecitas de hora, de lo bien que se pasaba el rato y lo mucho que a vivir como se debe en el mundo se aprendía, tanto que al incauto

jovencito le hacía creer que era una necesidad para conocer las costumbres y saberse acomodar a ellas; y además la gran ventaja de que, si no gustaba la primera, no se esperaba a la segunda, y, sobre todo, no tenían nada de los pesados dramas antiguos, ni siquiera caían en la espeluznante de los modernos; en una palabra, era el mejor medio de pasar divertidos y alegremente un rato, el mejor lenitivo o antídoto contra las indigestiones de estudio, y para despejar la cabeza, pesada por los libros, y desechar el mal humor de alguna preocupación de la vida.

Sutil y especioso era el cebo, que más por sus aficiones y perniciosos hábitos, que por deseos de perder a su primito, a quien de veras amaba y admiraba, ponía Fabián delante de Lazarín, el que siempre contestaba: «No tengo tiempo; ¡si no me molesta ni cansa el estudio!»...

La gota de agua, a fuerza de caer, taladra la piedra; el hierro metido sin cesar en el fuego se funde; el corazón más bondadoso y sano a fuerza de respirar pestilencias, se empobrece y atrofia. ¡Cuántas y cuán terribles caídas vemos todos los días, causadas en los jóvenes, por no hacerlos ver la inexperiencia, el fondo del abismo y lanzarse a los más peligrosos precipicios, fiándose en su buen deseo, ocultando cierta precaución la viveza de la sangre!

II

Tres días llevaban sin clase. Lázaro se vió por primera vez aburrido y sin saber que hacer, porque aquellos malos estudiantes no daban señales de ceder en sus estúpidas manifestaciones motinescas,

sin dejar entrar en clase a ninguno que lo deseara, sopena de exponer hasta la propia vida. Dudábase si las autoridades la ahogarían en sus primeros comienzos, o si, como tantas veces, se encogería de hombros dejando ver en lo que paraba. Como aquel médico que sin ciencia para diagnosticar la enfermedad, pero con el buen deseo de no hacer mal a nadie, decía a todos sus enfermos: «No se debe de hacer nada, hay que dejar a la naturaleza que obre» (histórico). Y el obrar era que el infeliz ni conocía la enfermedad ni adivinaba el remedio.

Lázaro pensó tomar el tren y marcharse a abrazar a su madre, pero la prudencia y su pundonor le aconsejaron que se viese primero con los profesores. A cuantos visitó, halló Lázaro, al parecer, enojadísimos, aunque por ciertos síntomas se dejaba entrever que lo que deseaban era que continuase la huelga estudiantil; pero a Lazarín le dijeron:

—No, no se marche; esto no puede durar así, las autoridades podrán inmediatamente coto.

En su candorosa inocencia Lazarín preguntaba:

—Bueno, ¿y qué estudio?, porque yo me aburro de estar demás y no sé que hacer.

—Puede repasar algo.

Lázaro, con la misma sencillez, le dijo:

—Como llevamos tan poco de curso tengo bien recientes las ideas.

—Entonces no estudie usted nada, porque si esto, por desgracia, se prolonga, tendremos que empezar de nuevo.

Lazarín se desazonó de un modo terrible, porque todos los profesores le contestaron poco más o menos, como si de acuerdo se hubiesen puesto para el caso. Mal humorado salió el estudioso escolarci-

to de los lujosos gabinetes, donde sus profesores con no poca etiqueta, le habían recibido, y entre aburrido y confuso se preguntaba cien veces: ¿Y qué hago? Así estaba dándole vueltas al asunto, cuando, por desgracia, llegó, loco de contento, su primo Fabián, porque sin duda el demonio vió la oportunidad de tender un lazo peligrosísimo a aquel candoroso adolescente, que no dejaba de tenerle de un humor endiablable, viendo que en la edad más crítica conservaba su candorosa inocencia. A carcajada limpia, como quien celebra el mayor de los triunfos, Fabián abrazaba a su primito que, notándole disgustado, le decía:

— ¡Canastos!, ¿estás triste? Tonto, ¿tú crees que por eso vamos a perder curso? Quitá, hombre, cuanto más dure la juerga mejor; a fin de curso todos iguales.

— Sí — dijo Lázaro, — sin saber nada, porque lo poco aprendido se nos olvidará.

— ¡Pero, necio! ¿Tú crees que por esto hemos de perder la nota? Conque... pelitos a la mar, y del agua vertida algo cogida. Vente, hoy comes conmigo, y a la tarde yo te llevaré donde deseches ese humor de perros. Ya verás si pasamos bien el rato.

Oportunísima fué la tentación; decimos en Castilla que todos tenemos una hora tonta en la que, sin saber por qué, se tiene un desliz, o se da un mal paso; y es ciertísimo que, aun los espíritus más fuertes, tienen momentos de mucha debilidad y caen; descifrar estos misterios sólo para Dios se queda.

Después de algunas ligeras excusas cedió Lázaro a ir a comer con su primo, y dado este paso no le costó gran trabajo al truán de Fabiancito hacer ceder a su primito y llevarle a Capellanes, donde se

representaba, no sé que obra, que Lázaro no conocía y que su primo le dijo era divertidísima y nada inmoral. Para él había pocas que lo fueran; metido hasta el cuello en el más repugnante cieno, entraba por todas, como la romana del diablo, y para todo ello le valía mucho lo que cien veces había oído a su liberal padre. «Exigencias de la época; no se puede prescindir de nada, hay que saber de todo»; por eso él tenía carta blanca para todas esas pornografías.

EN EL TEATRO

Comieron de prisa y alegres, y Fabián, decididor como nunca, de tal modo embaucó a su primito que cien veces le oímos decir: *me cegué*. No tanto que le quitase la responsabilidad delante de Dios ni la infamante nota de desleal para con su santa madre. «¡Cuántas veces cruzó la imagen de mi buena madre por mi imaginación, y cómo la procuraba desecharla!» decía Lazarín cuando, llorando; nos contaba su historia.

Alegre fué el largo camino que hubieron de recorrer desde la casa de Fabián al teatro; pero el demonio, experimentadísimo en ciertas lides y receloso de los muchos que por un poco más de tiempo solían entrar en cuenta y escapársele, hacia de su satélite Fabián un muñidor famoso para las urnas del infierno; alababa sin cesar el carácter de su primo, su gran talento y, sobre todo, su extraordinaria aplicación y educación esmerada. Por eso lo que más le repetía Fabián era aquello de ser sociable, saber de todo para no hacer mal papel, y, además, no había que negar a la juventud lo que por

naturaleza le pertenecía. No entendía Lazarín muchas de las cosas, sobre todo, el pésimo sentido que llevaban, y por eso parecía como que asentía con su silencio y no dejaba de irse atrofiando su voluntad. De vez en cuando, por lo que pudiera suceder, Fabián repetía: «No creas que allí hay nada malo, se canta y baila flamenco, couplets, guajiras, tangos, pero todo muy divertido.» Nada contestaba Lázaro, porque nada sabía de lo que era todo aquello.

Tiene el demonio mil caminos y artimañas; sabe tirar redes y poner lazos en todas las encrucijadas del corazón humano, y emplea ladinamente éstos o aquéllos medios, según sospecha el resultado que pueden darle, dado el perfecto conocimiento que Dios le dejó de la frágil naturaleza humana.

Adula y alaba, suplica y ruega, amenaza y asusta, según presiente nuestras inclinaciones; de ordinario dora sus píldoras con las exigencias sociales o el placer sensible, no tan prohibido como suele acusar una recta conciencia.

Todos estos medios empleó Fabián en su primito, porque se temía no acabase de consumir su maldita obra; y cuando juzgó que estaba el tafetán en punto, cerró su pliego, diciendo:

—Mañana escribo a tu madre ¡canastos!, y poco contenta que se pondrá cuando la diga: «Querida tía: ayer me llevé a Lazarín a comer conmigo, porque estaba de un humor pésimo por estas cosas. Después le llevé al teatro, donde lo pasamos admirablemente; pasé el día más feliz al lado de mi querido primo». Abrazó riendo a Lazarín que no dejaba de halagar su vanidad la ocurrencia, y llegaron al teatro.

Apenas Lazarín ocupó un asiento en el palco



que le preparó su primo, quedó, en cierto modo, admirado con aquel lujo, aquel deslumbrador aparato, aquella multitud de luces, aquella preciosa sinfonía que tocaba la orquesta, aquel público al parecer elegante; porque el colegialito no distinguía si aquellas elegantísimas damas que ocupaban butacas y palcos podían ser del mismo modo decentes marquesas que infames rufianas, y que aquellos gómicos y elegantísimos caballeros, vestidos casi de chulos, podían ser duquesitos disfrazados o famosos y viciosísimos toreros. Qué sabía él de todo aquello que el juzgó de personas decentes, y que los que como su primo conocían el percal, sabían que todas aquellas manzanas, al parecer tan lindas, tenían *maca*, y demasiado profundas, pues precisamente por eso acudían a aquellos lugares y presenciaban aquellas cosas.

Terminada la sinfonía levantóse el telón, y tres parejas de *bailadores* como los llamaba Fabián, con trajes muy llamativos, aparecieron con estudiada postura en el escenario. Fueron tantos los aplausos de los de arriba y las aclamaciones de los de abajo, que aunque a Lazarín no le gustaban aquellas posturas y balanceos, se llegó a convencer que debía ser bueno cuando tanto se aplaudía.

Empezóse el canto y con él se acentuaron las posturas y movimientos indecorosos...; cruzó por Lazarín la figura de su buena madre, y el si aquello fuese malo, como al primer golpe le parecía, su madre, que tanto le aconsejaba que fuese bueno, se lo hubiese dicho. Sí; aquí debió de haber algún peca-dillo en doña Petronila que, por exagerada delicadeza, no había advertido a su hijo que había estercoleros cubiertos de blanca nieve que no despedían

olor sí no se los tocaba, pero que aquellos bailarines y cantatrices movían la basura para que arrojase su pestilencia; cierto que la mujer cristiana y honrada en extremo no se puede figurar que haya malvadas que así denigren su clase, monstruos que de tal manera se degraden.

Continuó la fiesta, y tanto más fuertes y continuos eran los aplausos, cuanto más desvergonzadas las canciones y más indecentes los bailables. Lázaro sentía cierta repugnancia a todo aquello, pero el corrido de su primo le detenía con sus agudezas, y le decía:

— ¡Ya verás, ya verás!... ¡Si falta lo mejor!—Y el incauto pajarillo estaba como atontado mirando al gavilán que había de devorarle.

Omitimos más detalles, que avergonzado nos contó Lázaro del final de aquella fiesta infernal y lujuriosa, y sólo diremos que la cobardía de Lázaro ya fué criminal, y en aquel abandono culpable ya pudo su primo conseguir de él todo lo que quiso; copas, visitas a otros palcos, todo, todo lo que el infeliz Lázaro contaba luego lleno de lágrimas, de asco y de vergüenza, con su consabido «*me cegué, me cegué; fué mi hora menguada*», pero cuyas fatales consecuencias habían de durar toda la vida.

Quebrantado el público, y sin que quedase uno sólo que no tuviese en la frente la marca de la infernal bestia, incluso el desdichado Lazarito que, medio beodo por las reiteradas copas que le obligaba a beber su primo, y más beodo por el despertar rápido de sus pasiones; semejava la caricatura de un ángel, a quien el demonio, atado de un hilo, metiera y sacara de una vil cloaca para reirse al verle lleno de fango.

Al terminar la función, Fabián estaba de enhorabuena, pues había logrado más de lo que podía imaginarse de su primo, de un ángel con todas las bellísimas condiciones, en una sola noche de juerga en aquel teatrúcho. Se había transformado en un escéptico, en un vicioso consumado, en un demonio del infierno, castigado por Dios a pasarle no pequeño en este mundo por aquello de: en el pecado va la penitencia. Lázaro no gritó, como Luzbel, *non serviam*, pero le siguió en su espantosa caída; lo repitió cien mil veces con sus obras. ¡Pobre Lazari-to! ¡Pobre madre!, que un agudísimo dolor traspasó su corazón amante, cuando al siguiente día, por primera vez, no recibió carta de su hijo. Y como el tierno corazón de la madre está hecho de modo que penas y alegrías de los hijos hacen vibrar sus fibras como fiel aparato donde repite con exactitud el eco de lo que en el corazón del hijo pasa, sólo esa falta la hizo temblar y en ocho días convertir en amargas hieles todos los instantes de su vida; pudo saber con claridad lo que era de su idolatrado Lázaro, y el no hallar medios posibles para hacerle entrar en cuenta. Reíase de todo, y de todo se burlaba Lázaro, como si toda su vida la hubiese pasado en los burdeles o garitos y la malvada costumbre le hubiese hecho, como a tantos desgraciados, perder la fe y vivir a lo bestia.

No fueron a casa aquella desdichada noche; y cuando al día siguiente Lázaro se acostó, molido por la infernal juerga, no le fué posible conciliar un solo momento el sueño. Dió vueltas y más vueltas, y en su medio alcoholizada imaginación pasaban fantasmas horribles que le brindaban placeres y más placeres: envuelta, como avergonzada, llorosa y

profundamente triste, veía bajar la figura de su madre, pero a Lázaro le parecía que apenas si le era dado conocerla en su acalorada imaginación; la figura y sombra de su madre aparecía lejos, muy lejos; tan lejos como está la inocencia del pecado, por eso ni podía llorar ni le era posible arrepentirse.

Y ¿cómo? ¿Y por qué con sólo una noche de pecados, un joven de talento y prendas tan excepcionales, de tan esmerada educación y firmeza de creencias religiosas... cómo no entró en cuentas y pudo arrepentirse? Quizá por eso mismo; y si no ¿por qué siendo Luzbel el primogénito de los ángeles, príncipe de luz, no se arrepintió al ver lo que se le venía encima? Guárdate de disputar altas cosas y de los secretos juicios de Dios, porque uno es desamparado y otro tiene tantas gracias; esto bastaría a esto otro. No basta razón ni disputa alguna para investigar los juicios de Dios; basta saber aquello del Profeta: *Justo eres, Señor, y rectos son tus juicios.*

Nosotros nos contentamos con narrar la historia de los hechos para que tema el hombre y no presuma y confíe en su virtud y se aparte de todo peligro; para que abran los ojos los necios y desdichados padres que, porque ellos fueron viciosos y llegaron a tiempo de no pudrirse, y ser para siempre unos desdichados, creen que sus hijos, aunque se vicien y gocen, llegarán a tiempo. ¡Insensatos! Que aprendan los maestros y escritores, y los estúpidos propagadores del mal, cualquiera que sea, que suelen decir a los cuatro vientos: «Hay que conocer el bien y el mal, hay que saber de todo». Sí, aunque sea para ir donde fué el desdichado Lázaro, por gustar el mal prácticamente en aquella desventurada noche. Colóquese a los jóvenes en el precipicio,

junto a los mayores incentivos para sus vivas pasiones; enciéndase el fuego y veremos luego quien lo apaga.

Aprended, jóvenes, en el desdichado Lazarín,

III

Debió de ser eterna aquella desdichada noche, porque Lázaro ya no volvió a dar un paso derecho, quizá en toda su vida; no pudo concluir la carrera por más esfuerzos que hicieron cuantos le conocieron; jarrón de flores, abierto de arriba abajo por el golpe de la malhadada noche, filtrábase todo el riego y aparecía la maceta mustia, sin verdor y sin aroma, ¡Qué triste y horrible es un joven macilento y averiado por las huellas del vicio!

Lazarín sentía una angustia terrible, una dejadez mortal, una pena insoportable, cuando por no acabar de dar la muerte a su pobre madre, única fibra que su corazón conservaba sin acabar de romper por completo; tenía que abrir un libro. El supremo fastidio y la confusión, dolor y desvanecimiento de cabeza que sentía al cuarto de hora de ponerse a estudiar, le hacían desesperarse y decir: «¡Qué le voy a hacer!... no puedo; que no sufra, primero soy yo que nadie». Condición esencial en todos los viciosos; un egoísmo desmedido, hasta el punto de sacrificarlo todo y querer que los demás sacrifiquen al ídolo inmundo de sus liviandades; como no viven más que la vida sensual, quédanse ciegos, y creen un deber el que todos han de contribuir a darles placeres adecuados a su estragada naturaleza que con nada puede saciarse. Claro es que el trastorno completo de la naturaleza hace que ellos mis-

mos no se conozcan y se asombren cuando se les recuerdan sus buenos y felices tiempos en el cumplimiento de su deber; por eso nadie podía convencer a Lázaro, ni él mismo se reconocía. Se le antojaba que los libros no eran lo mismo y que sus materias eran enredadísimas; que todo era obscuro, pesado e insoportable; que el hombre no hallaba fácil más que la vida animal, y esa era la que debía a toda costa procurarse: comer, beber, distraerse, buscar en todo algo de placer para no consumirse de tristeza, aunque las distracciones y placeres le costasen el dinero, la salud y el alma, aunque fuesen tan nefandas como la primera; no se podía pasar por otra parte, como no puede pasar por un verde prado la bestia sin que se lance a la hierba, si a su dueño se le olvidó o no quiso ponerla poderoso freno. Sin freno estaba Lazarín, y por eso era arrastrado a todas partes por sus desenfrenados vicios.

No le fué posible a Lázaro volver a pasar ni un solo año, y dejó atrás, muy atrás, a su primo Fabiancito, que por no tener tan vivo el temperamento ni tan exaltadas las pasiones, era de esos que, en medio de estar enfangados en los vicios; meditan y tasan hasta la extensión que han de dar a sus viles deleites, para, sin matar la bestia, poder darla suelta de nuevo. Lazarín no era así; era de los que se lanzan en alma y cuerpo, aunque salga destrozado, como destrozado y deshecho estaba el infeliz Lázaro.

Aburrido, por fin; cansado de la vida, no porque la dejase él, le dejaba ella, pues no tenía ni fuerzas para el vicio; lleno de lacras y de miserias, y sin dinero para sus múltiples necesidades, resolvió mar-

char al pueblo, aun a costa de que su pundonorosa madre se acabase de morir de vergüenza y de asco. No había remedio; ella era buena, y aun a costa de su vida le admitiría en casa; y si se moría, él dispondría por lo menos, como el hijo pródigo, de la parte de la herencia que le cupiese en suerte.

Llegó Lázaro por fin a casa; y su buena madre, al abrazar aquel sucio esqueleto, creyendo que, si quisiera podría conmoverle, le dijo: «Lázaro, hijo mío; hoy hace diez años que saliste para la Corte, yo he tenido la culpa de todo. ¡Qué día tan feliz aquel, hijo mío! ¡Quién te hubiese vuelto con tu infeliz madre desde el camino! ¡Cuántas lágrimas me ahorrará! ¡Cuánto baldón te hubiese excusado!» Lograron las lágrimas y caricias de la pobre madre conmover ligeramente a aquel desdichado, pero no lograron convertirle. Se pegan los intoxicados vicios a la pobre naturaleza, de tal modo, que no hay duda en el dicho de un famoso filósofo: «Los hábitos son una segunda naturaleza, más exigente y más indómita que la primera.»

Pasaron los primeros momentos, y allí se quedó Lazarín con sus lacras, sus miserias, su refinado egoísmo y todos sus vicios y malas costumbres. El padre no se atrevió a mirarle; la madre no logró vencerle; los hermanos le miraban con tal repugnancia que no se pudieron convencer de que aquel era su antiguo y cariñoso hermano, del que tantas cosas buenas los contaban siendo niños.

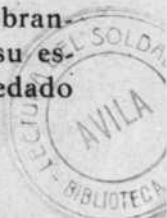
No pudo la infeliz madre sufrir el más duro y tremendo golpe; viendo el triste y repugnante estado de su hijo, y que nada conseguían sus esfuerzos, rompió el cofre de las dulcísimas cartas del Bachillerato, y en pocos días quedó inutilizada para se-

guir asistiendo, o mejor sufriendo, a su desgraciado hijo; no podía sufrir aquel amantísimo corazón tener siempre delante al que le había triturado y amargado, de tal modo, que hasta había llegado a perder lo último que pierde una madre: la esperanza.

Murió la infeliz madre como una santa; y como si no tuviese ni más obligaciones, ni más afecciones que para con aquel miserable, sus últimas palabras fueron decir al sacerdote: «Muerdo gustosa... he ofrecido a Dios la vida por mi deshonorado hijo. ¡Quién sabe si lograré después de muerta lo que no he logrado en vida! Que se convierta, que abra susupidísimos ojos, que recobre la perdida fe y que cuide y aleccione a sus hermanos.» Murió la infeliz madre, víctima de su intenso amor tan ingratamente correspondido; y si Dios la dejara resucitar moriría inmediatamente de vergüenza al ver el porte de aquel desgraciado.

Con los cuidados de su madre había cobrado algunas fuerzas, y con la herencia, que le cupo en suerte, pudo dar nuevas muestras de su vida viciosa. Viniéronsele encima algunas de aquellas viles mujerzuelas, con quienes se había perdido, y queriendo arreglar algo lo echó a perder casándose con una de ellas, descocada y perdida como todas.

Nacióronle dos hijos; engendrados por su corrompida sangre y criados en aquella pútrida atmósfera, no llegaron a hombres, y acaso para ellos y para la sociedad fué buena suerte. Las deudas de antemano contraídas a pagar de la futura herencia, el sostener los restos de los vicios y su quebrantada salud fueron causa de dar pronto fin a su escasa fortuna, al último retazo de púrpura heredado de su padre.



Pero faltaba a este infeliz el último golpe, que matemáticamente prepara el diablo a los que así le sirven; y eso se hizo cuando se vió sumido en la pobreza y tan achacoso. En vejez bien prematura sucedió lo que hemos visto cien veces; aquella trapacera le abandonó con el único de los hijos que aún vivía, tan enclenque y podrido como su padre. La hiena fuese a triturar los huesos de algún otro desgraciado de los que jamás abren los ojos, a pesar de repetirse tantas veces estos desdichados desastres.

Pobre, enfermo, envejecido, vió Lázaro, casi sin pena, morir al segundo de sus hijos y quedarse él muy lejos del arrepentimiento, porque parecían cerradas todas las puertas a la divina gracia, lejos de la desesperación, o por la misericordia de Dios, o por falta de fuerzas. Estaba medio idiota, imbécil, atontado, sin pensar nada formal ni serio, sin ser capaz de nada noble.

¡Cuántas veces le dimos limosna! Abandonó su país, porque al paso que le rodeó la miseria, y comía escasamente lo necesario, arrojado como a un perro por mano extraña, de parte de su familia, que ni mirarle querían, le fueron dejando también los vicios por no encontrar en qué cebarse. Con esto fué recobrando, en parte, algunas de las bellísimas cualidades, y fué quizá el primer paso el tener vergüenza de sí mismo; por eso abandonó su país y la compañía de los suyos. Era tan imposible que ellos le perdonaran como que él pudiese permanecer donde le trituraban tan penosos recuerdos.

Vive aún el desdichado Lazarín, y a sus ruegos escribimos esta historia. Hanse despertado en él muchísimos de los sentimientos religiosos, y se ve que cada día aumenta más y más en la fe y la espe-

ranza. ¡Qué cierto es que suele envejecer el hombre y morir con aquellas inclinaciones de sus primeros años! Lloro sin cesar, y en el continuo martirio de sus penosos recuerdos, se le oye decir muchas veces: «Pidan a Dios que esta triste vida me sirva de expiación de mis pasados crímenes». Y cuando alguna vez hemos logrado tranquilizarle en parte, le hemos oído hablar con una entereza digna de sus primeros pasos. De él es esta preciosa conclusión: «Si esos teatros de ahora, llamados comunmente del género *chico* o *ínfimo*, atestados como yo los he visto mil y mil veces por desgracia, donde se canta todo y todo se pone en escena, hasta lo más infame, lo más atrevido y asqueroso y repugnante, no tuviesen otro pecado, bastara sólo mi historia, que es la historia de muchos, para que por justicia se cerrasen a cal y canto sus puertas, y sobre el frontis se escribiese con sangre de los corazones de mil madres desdichadas este letrero: *Jam fotet!*... No toquéis, que huele a podrido; más, que... huele a infierno.»



Los Toros de Santa Teresa

TRADICION

No creáis, mis queridos avilese, atendido el encabezamiento de estas líneas, que vaya a hablaros de alguna de esas entecas corridas de toros que nuestros paisanos modernistas, más faltos de fe que de ganas de diversión, han puesto varios años en el cartel de festejos; *junta e pegadito* a el orador sagrado con letras gordas; *Una Corrida de Toros*; como si la insigne española hubiese sido aficionada a eso que unos llaman bárbara costumbre, y otros juegos típicos de la sangre española

Pero sea de esto lo que quiera, y sin quitar la razón a nadie, no podemos menos de lamentarlo y protestar contra una cosa; el que esa corrida se dé en la misma tarde del día de la fiesta, porque ¿no parece crimen inculcable dejar la plazuela de la Santa casi desierta para llenar el círculo de la plaza de toros, los buenos avilese?

Eso es lo que sentimos, eso es lo que detestamos.

Organícese *pro bono pacis* la corrida, pero sea para atraer devotos a la Santa; no para robárselos;

precisamente en esa hora hermosísima del acto más tierno y conmovedor, como es la despedida de la Santa de su Maestra en que cien veces hemos visto verter lágrimas de devoción o de arrepentimiento, al solo majestuoso, sencillo y sublime acto de las genuflexiones.

Mas no y mil veces no; no son de esos toros, son otros toros de los que voy a hablar en esta sencilla leyenda...

Ciertamente nos habíamos perdido. Después de atravesar un buen espacio de monte, cuando pensábamos divisar el punto de nuestro viaje, dimos puerto a aquella fertilísima vega sin rival por sus sabrosos y abundantísimos pastos. ¿Qué es esto? exclamamos a una voz gratamente sorprendidos los que íbamos en el carro.

Aquella pérdida no nos causó el enfado y enojoso fastidio que siente el viajero extraviado y obligado a desandar el camino, sino más bien una verdadera alegría, y ¿cómo no? si inmediatamente acudió a nuestra memoria: ¡Esto debe de ser el celeberrimo sitio de Duruelol...

Hasta mi pobre hermano enfermo, a quien acompañaba para tomar las aguas, que de poco habían de servirle, y que cabizbajo y pensativo había permanecido todo el día, parte por su enfermedad, más por los penosos recuerdos que en casa dejaba, pareció alegrarse, recobrar nueva vida, muchísimos ánimos. ¡Cuánto puede la fe religiosa en el alma atribulada!

Aquella dichosa pérdida, aquella preciosa vista,

aquellos santos recuerdos habían causado en nosotros una hermosa transformación. ¿Y cómo no? si a los dulcísimos recuerdos de nuestros cristianos y avileses corazones se unía el más precioso panorama, que a vista de hombre puede brindar naturaleza!

Bullidoras fuentes, que vierten por todas partes cristalinas aguas, que aun en medio del estío conservan en su mayor parte frescas y verdes aquellas extensas praderas.

Dos larguísimas hileras de punzantes espinos, tan profusamente coronados de sus blancas flores, que más parecían dos largas cintas de blanca espuma atravesando aquel precioso mar de verde hierba, o dos preciosos valladares de blanca e inmaculada nieve, cubriendo el cauce del río.

Multitud de ruiseñores que entre las flores lanzan sus melifluas notas en agradable competencia, hacen de aquel sitio uno de los más amenos y propios para elevarse al cielo en místicos coloquios las almas de Dios enamoradas.

Hállase la fertilísima vega (tan desconocida hoy por cierto) rodeada de cerritos cubiertos en su mayor parte de pequeños guijarros, y de trecho en trecho se enlazan encinas.

Su posición topográfica es al Norte de Bercimuelle, al Este de Narros del Castillo, al Sur de Blascomillán y al Oeste de Mancera. Este es el sitio donde pacieron las más bravas ganaderías que se lidiaron en nuestras antiguas plazas, y aún hoy no desmerecen de las antiguas, las tan renombradas del señor Contreras.

Preso el ánimo de aquel religioso asombro, que inspiran los grandes recuerdos, el alma entera pare-

cía salir a nuestros ojos, para ver de un golpe tanta belleza natural, tantos prodigios de la gracia.

Queríamos verlo todo de una vez, y nada veíamos por ver demasiado.

Mirábamos a todas partes con esa ansiedad del que viendo y palpando lo que desea, teme se le huya de entre las manos.

En la inmensa pradera clavadas en ella a la parte Sur se levantaban dos magníficas casas de labor sobre sagrados escombros *junta e pegados*, decía la Santa, a los antiguos y casi derruidos paredones; un precioso arco de ladrillo antiquísimo y otro más moderno de piedra nos decían bien claro, helando la sangre en nuestras venas y atizando el fuego del corazón, aquella célebre frase del poeta...

Campos de soledad, mustio collado...

¡Allí estaba indudablemente! Aquello era el célebre convento *cuna* de la gran reformadora de varones... sobre aquellos escombros nos pareció ver la figura y oír los ecos simpáticos de la gran Teresa y de los extáticos San Juan de la Cruz y Fr. Antonio de Jesús, señalando con el índice al cielo. Este es el punto de partida del camino recorrido por tantos sabios y santos de la Orden carmelitana; aquí como en San José de Avila empezó aquella santa locura, que hizo a la Virgen avilesa la más famosa santa del mundo.

¡Duruelo! ¡Con decir Duruelo está dicho todo!...

Nos acercamos a las magníficas casas donde la ciencia moderna ha escrito entre sus rasgados ventanales; *Aquí hay manos vivas*. Cerca, sobre un montón de escombros, sentado un anciano venerable parecía decirnos: *Aquí hubo manos muertas*; pero con estos escombros se cubren los más gran-

des santos y los más brillantes hechos de nuestra historia. Así lo entendimos nosotros, y llevados del gran deseo de saber algo, de lo muchísimo que encierran como ricas joyas nuestras preciosas tradiciones, interpelamos cortésmente al anciano:—Diga usted, abuelito. ¿Es esto Duruelo?—Sí, señor, contestó echándose mano al sombrero con voz dulce-mente trémula y haciéndonos un religioso saludo. Su cortés postura y reverente actitud animó no poco nuestros deseos para continuar preguntándole.

—Aquellos cerritos ¿cómo se llaman?—Las cum- bres, respondió del mismo agradable modo.—Y ¿aquellas cintas blancas tan hermosas?—Los espi- nos en flor que cubre el cauce del río que atraviesa toda la dehesa.

-- Y ¿aquel pedacito de prado tan verde junto a aquellas hermosas encinas?—*Allí fué donde hizo un célebre milagro la Santa Fundadora.*

—¿Cuál? le preguntamos con ansiedad, puesto que preciándonos de haber leído cien veces las obras de la mística escritora ignorábamos ese epi- sodio.

El viejo, con toda la sencillez de un niño en sus ochenta años, nos contestó: *Allí unció los toros más bravos de la ganadería la bendita Santa Te- resa.*

Nuestra curiosidad llegó a su colmo, jamás ha- bíamos oído cosa semejante. Olvidados de todo, hasta del gran trayecto del término de nuestro via- je, como el enfermo animadísimo pareció olvidar sus males físicos y sus penas morales, salté del ca- rro, y ávido de recoger alguna preciosa tradición, dando palmaditas al simpático abuelito le dije: Cuento, cuéntenos usted cómo sucedió eso.

El buen viejo como algo extrañado, nos dijo:— ¡Señor! ¡si aquí todos lo saben!—Yo no soy de aquí necesito que usted me lo cuente.

Con mucho gusto, señor, repuso, reflejándose una dulce sonrisa en sus labios, Y sacando una petaca de cuero deteriorada por el tiempo y el uso constante, echó en ella un picadillo que estaba haciendo, y quitándose el papel que ligeramente sostenía de una punta en el labio inferior a un lado de la boca, tomando para animarse a guisa de rapé el polvillo que le quedaba en la palma de la mano, es tornudó dos veces, sentóse, me hizo sentar junto a él, y con agradable voz y no falto de declamación oportuna, empezó su historia.

Dicen, y yo lo oí mil veces a mi santo abuelo, que murió el año doce por cierto; que cuando vino por primera vez a estos sitios la gloriosa Santa para tomar posesión de la pobre casa, donada con tal objeto por un señor de Avila, fué tanta la pobreza y suciedad que halló en ella, que los que la acompañaban se opusieron tenazmente a la fundación.

Y con esa naturalidad de la gente sencilla de introducir en sus narraciones interesantes paréntesis de amargos o agradables recuerdos, que a la memoria les vienen, con doloroso acento exclamó: ¡Y créame usted, señor, más valiera que no hubiese fundado el convento; así no padecería uno lo que padece con tan tristes sucesos como estos ojos han visto!

Después de este desahogo tomó de nuevo alientos y reanudó la historia.

Como la Santa era tan atrevida, es decir, de tantos ánimos, jamás dejaba por dificultad alguna

sus fundaciones, sabiendo que Dios lo quería. Y debía de saberlo, porque sino con lo que aquí la pasó no hubiese fundado.

El sacerdote que la acompañaba, y sobre todo una monja que con ella venía, le dijo: *Cierto, Madre*, que no haya espíritu (por bueno que sea) que lo pueda sufrir; vos no tratéis de esto. (Obras de la Santa: *Fundaciones*, t. II, pág. 164).

Que fué lo mismo que decirla: «Si no está usted loca, no intente semejante disparate.»

Por la grande suciedad y mucha gente del Agosto (palabras de la Santa), porque se cerraba ganado en ella, no pudieron quedarse a dormir en la casa, y bien que lo necesitaban, pues habían andado perdidos y estaban harto cansados. Retiráronse a la iglesia y a poco quedáronse dormidos todos menos la Santa, que se dió de lleno a la oración pidiendo al Señor que si era cosa suya con algún milagro lo manifestara, pues harto lo había menester para llevar a cabo lo que todos tenían por locura. Muy alegre y resuelta a hacerlo se mostró a la mañana la Madre Teresa; muy tristes y dispuestos a estobarlo sus compañeros.

Como la Santa no se arredraba ni detenía por nada, reunió a los vecinos del pueblecito que serían unos veinte, y al oír hablar de limosnas la madre, la dijeron: Señora, somos bien pobres por cierto; nada podremos darle; pero dueño de estos campos hay un señor muy rico, pero muy perverso; si ese fuese bueno, podría remediar la necesidad.

Pasáronle recado, y fué tan mala su contestación, que los humildes vecinos no se atrevían a decirlo a las monjas.

Porque hubo de decir riendo: ¡Un convento! sí,

que lo hagan, yo procuraré no quede fraile ni monja para un remedio. Los bravos toros de mi ganadería darán de ellos muy buen recaudo.

La compañera de la Santa desesperó por completo; y el buen sacerdote rogaba con lágrimas a la Madre Teresa que por Dios no fundase, que Dios no debía de quererlo.

— Siempre lo ví así, Julián, le contestó la Santa (porque ese era su nombre), que cuantos más estorbos pone el demonio, mayor gloria resulta a Dios de hacerlo; os aseguro que me moriría aquí si no fundase. Al verla tan resuelta callaron, porque todos comprendían que Dios andaba de por medio.

Descansad un poquito, hermanos, mientras yo busco a ese bravucón de caballero; parece-me a mí que Dios se va a valer de él para grandes cosas.

Y la Santa se lanzó por entre los espesos matorrales (que entonces lo eran mucho) en busca de aquel malvado, más bravo que sus indómitos toros.

Seguían de lejos a la Santa sus compañeros, y ella tan ligera como si caminara sobre las alas de los ángeles, parecía *beber* los vientos.

Divisó por las cumbres al caballero que pasaba orgulloso revista a su fiera ganadería sobre un brioso caballo; allá se fué para hablarle aquella monja andariega, y detrás la seguían los otros con algunos vecinos del pueblo.

Soberbio, si los hay, y descortés como ninguno, se vino a ella aquel miserable, y sin quitarse el sombrero, con un gesto de malvado, le dijo: — Salid pronto de mis campos, o mis toros os harán salir por fuerza.

La Madre Teresa, que parecía esperar esto, con una sonrisa que jamás supo imitar nadie, le dijo: —

¿Señor y dueño mío; precisamente vuestros toros vengo yo buscando.

Quedóse como embobado aquel fiero gavilán; el tímido pajarillo aprovechó este embobamiento para decirle:—Jamás he dudado, bondadoso señor, que dejárais de atender a una petición tan justa. No hay duda que tenéis buen corazón.

Un señor de Avila nos ha donado una casita en este pueblo para el primer convento de la Reforma carmelitana. Dios ha de mover vuestro corazón para que nos deis una yunta, que nos sirva para limpiar la casa y arrastrar algunos materiales.

Volvió el demonio a hacer de las suyas, y como era dueño absoluto de aquel hombre, atizó sus fieras pasiones para que ahogaran los primeros movimientos de generosidad y compasión que en él apuntaron.

Tomando de nuevo su instinto feroz, con toda la malicia de su negra alma hizo una contraseña al vaquero, digno criado de tal amo, que se entendieron al punto, y le dijo:

—¡Tito!... ve con esta monja, y haz lo que ella desea; aparta de la manada el Pinto y el Bardino, y que ella los unza. Esto dijo aquel miserable con tan marcada malicia, que ya no podía detener su burlo: nr risa en el pecho. Y añadió espoleando el caballo y alejándose:—Si los unce, se los regalaremos para que levante el convento.

—¡Gracias, bondadosísimo señor! contestó la Santa: siempre le juzgué bueno, pero jamás creí podía llegar su generosidad a tanto.

Así habló la Madre Teresa, disimulando las perversas intenciones de aquel infame.

Yo te daré la generosidad, repuso el mal caba-

llero saboreando ya la satisfacción diabólica de ver deshecho en trizas y volar por los aires a aquella imprudente monjilla.

Retiróse él detrás de aquella corpulenta encina para observarlo todo con menor peligro, y al apartarse señalando al sacerdote y a la otra Religiosa que divisó a lo lejos, dijo al vaquero: - Mételes por aquel lado, y hoy mismo quedará el convento concluído.

Porque segurísimo estaba el truhán de que los fieros de su ganadería habían de regar estos prados con la inocente sangre de los Fundadores.

Al arrancar la Santa con el vaquero, corrieron desolados el P. Julián y la otra Religiosa; lo habían entendido todo, y llorando se postraron delante de ella, suplicándola que por Dios lo dejase, y no se expusiese a perder seguramente la vida. El vaquero parecía distraído y no entenderlo, y seguía en busca de las fieras.

La Madre Teresa, con aquel ánimo y valor que sólo ella tenía, se fué a la monja y la dijo: - Mejor haría su merced en dejar esas lágrimas para llorar sus pecados y los míos, y no me sea tímida la monjita. Qué, ¿acaso no sabrá mi Jesús amansar las fieras?

Aún estaba hablando la Madre Teresa cuando al eco de los silbos y voces, al áspero restallar de la honda del vaquero, se vieron salir de entre los demás el Pinto y el Bardino, y bramando y escarbandando furiosos con manos y cuernos la tierra, hasta poner miedo al mismo señor que los observaba escondido, iban los animales como diciendo: - ¿Qué hacemos? ¿Quién se nos pone por delante?

¿Quién? Aquella pobre monja que como si se

tratara de dos de sus novicias hablóles de este modo:—Venid, venid acá, que ya no sois de vuestro amo, que sois míos. Y diciendo y haciendo se fué derecho a ellos con la mayor sal del mundo.

Helados de estupor se quedaron el Padre Julián y la otra Religiosa, y mucho más el caballero, que esperaba deleitarse viendo por el aire las tocas de la *imprudente* monja. Pero al fin y a la postre, el imprudente resultó él, porque como dos mansos corderitos se vinieron el Pinto y el Bardino a la Madre Teresa, que les dió alguna palmadita en el cuello, mientras ellos sacaban la lengua como si quisieran besarla las manos.

Volvióse la madre Teresa a sus compañeros, diciendo:

—Vengan y no teman, tontitos; tráiganme para uncir mi yunta, porque no hay fiera tan feroz que el Señor no la dome, ni corazón tan duro que el Señor no mueva. Esto debió de decirles, porque notó que el amo se había bajado del caballo, y se le veía postrado en el suelo perfectamente arrepentido y golpeándose el pecho.

Acercóse todo confuso al grupo que con los toros amansados hacían las Religiosas y el Padre, y echándose a los pies de la Madre Teresa, sin dejar de llorar exclamó: Sí, ¡sois Santa! perdonadme, y haced que el Señor me perdone...

Levántese el muy niño, repuso la Madre Teresa, y muy buena ocasión es de probar si de algo valen esas lágrimas: ahí tiene al Padre Julián; confiese con él todos sus pecados, y la obra de Dios será completa.

Confesóse aquel caballero, que tiempo hacía no lo había hecho en su perversa vida, y no sabiendo

como agradecer aquel dichoso cambio, le dijo después a la Santa:

—Vuestros son los toros, pues me habéis vencido en la apuesta; pero lo que más me alegra es que mi corazón, *que no entraba* en la jugada, me lo habéis ganado también.

Preciso es que me digáis que he de hacer de aquí en adelante.—¿Qué habéis de hacer? Lo que Dios os inspire con su gracia, para que seáis muy bueno y ayudéis mucho a los santos Padres que aquí vendrán a vivir. Sí, no temáis; por mucho tiempo vos seréis su providencia.

Dicen que le abrazó la Santa, y quedó tan por completo mudado, que más parecía fraile seglar que señor de dinero. Y no sólo ayudó espléndidamente en esta casa, sino que después les dió para fundar en Mancera, y jamás dejó de cumplirse la profecía de la Santa. Fué de los primeros padres una verdadera providencia.

Yo, señores, oí a mis abuelos—dijo el anciano llorando—que cerca de ese sitio se conservaba una piedra con una inscripción puesta por aquel caballero, que decía:

Aquí Santa Teresa mudó en mansos corderos los dos toros más bravos, y el corazón de un infame en un hombre de bien y fervoroso cristiano...

Calló el viejo; y sacando un pañuelo de hierbas disimuladamente, se enjugó los ojos; lloraba; miré al enfermo y lloraba también. Yo lleno de un santo fervor postréme y besé el suelo de aquel bendito sitio.

Miré al sol, y se hundía tras de los lejanos cerros

lanzando fajas de grana sobre las encinas del monte, sobre la hierba de la dehesa, y como si desde allí tocaran el cielo, hacia adelantar a pasos agigantados las sombras de la noche, que envidiosa de nuestra dicha quería cubrir de tinieblas los santos escombros y borrar aquellos dulces recuerdos; pero han pasado muchos años y perdura todavía la memoria.

Al despedirnos del buen anciano nos dijo con acento trémulo. ¡Qué hermosa debe de estar Santa Teresa en el cielo!

Yo le contesté:—¡Y qué bello será oír le boca de los Angeles todas estas cosas!...



ESCENAS DE FAMILIA

(CONSEJO DE UN PADRE A UN HIJO)

A mi queridísimo Paco Juste.

No te cases, hijo mío, - con una joven que baile.

¡Cuánto le había dado que pensar a Paquito este consejo de su buen padre! Ciertamente que él no entendía gran cosa del mundo; contaba sólo diez y nueve años, acababa de recibirse de Doctor... y sólo dos amores habían ocupado hasta entonces aquel corazón sencillo: el amor de la familia y el amor de los libros; uno y otro de los cuales eran sostenidos por una sólida educación, por una vida sólidamente cristiana.

Por eso, cuando al concluir su brillante carrera le habían dicho, ahora hay que pensar en otra cosa más seria, en casarte. «¡Ave María Purísima...! ¿Cómo? ¿Sería eso de casarse?—decía Paco con toda su sencillez—. ¿Serio, cuando a mis camaradas siempre les he oído hablar de casar y tener novia como la cosa más alegre del mundo, la cosa más divertida y fácil?» Jamás, jamás les oyó que fuera cosa seria eso de tener novia, ni de casarse. Tanto es así, que a diestra y siniestra les oía decir que nadie iba

al baile una solo vez que de un modo o de otro no saliese casado. Cierto que él, si sabía esto no era por experiencia propia, pues jamás había ido a ninguno, porque todo el tiempo se lo había dedicado a los libros, a pensar en su familia y a cumplir sus deberes religiosos; pero, una vez concluída la carrera, no tendría más que ir al baile y ¡pum! sin ninguna dificultad, en medio de una alegre orgía, saldría casado, como cien mil veces oyó a sus compañeros. ¿Qué formalidad ni qué trasto viejo para una cosa tan alegre y divertida? Sólo a su padre se le había ocurrido aquella tontería; hay que pensar seriamente en casarse; y para mayor confusión y desconcierto suyo, y para evitar una catástrofe, había que huir de aquellos sitios y diversiones donde todos acudían para ello, y como si todo esto no bastase, con todo el amor de padre y gravedad de señor, le había dicho aquello, que llevaba clavado en su corazón, ya como puñal afilado, ya como consolador y dulcísimo recuerdo.

No te cases, hijo mío,
con una joven que baile.

Por eso, para él ésta era la más negra, estaban locos sus camaradas, o lo estaba su padre: pero, ¡si nunca le vió más formal! ¡Si nunca le habló al alma! Luego, sí, su padre tenía razón, debían andar muy mal de sentido común tantos seres infelices como pululan por lo que se ha dado en llamar, *hasta sociedad elegante*.

Sentía Paquito toda la dulzura del amor de su padre, todo el respeto santo que le tenía, en el indeleble recuerdo de aquel *hijo mío, no te cases, etcé-*

tera; no quiero decirte que permanezcas soltero, no, si yo soy el primero que te digo hay que pensarlo en serio, pero no lo hagas con una *joven que baile*. Sin duda de ningún género en aquello se encerraban cosas gravísimas, algo desconocido para él, y que su papá había de contarle. Y efectivamente en el prudente consejo de don Francisco se hallaba encerrado todo un siglo de experiencia; *algo* arrancado de una historia de horrores, bien reciente, de un drama de horribles crímenes, historia y crímenes además de cien mil jóvenes que, como incautas mariposas a la llama, se lanzan a buscar la compañera de sus días, el tronco de su familia, a los bailes... donde en vez de dar Dios compañera al hombre, se la da el demonio, según expresión de un sabio.

—Cuéntame papá, cuenta y explícame lo que quieres decirme con eso del baile —decía Paquín a su padre un día que este sabio mentor le sacó de paseo al campo, sin duda para proporcionarle ocasión de que el hijo inexperto le preguntara, para que el experimentado padre le instruyese (1). Sí, sí, papá, explícame el que tú, que tanto me quieres, me dices lo contrario que sienten y dicen todos mis camaradas, pues me han hecho comprender que el que no va al baile no se casa, y que no se va una sola vez al baile que de un modo o de otro no se salga casa.

(1) El tratamiento de *tú*, de este hijo a su padre, es conforme a la moda extranjera moderna, democrática, revolucionaria, por más que muchos padres de familia, ciegos de humano amor, ni lo quieran ver, ni tampoco creer. Es la corriente de la deplorable educación y atmósfera liberalesca que domina y se respira en no pocos hogares cristianos y piadosos a su modo, más no en armonía con el cuarto mandamiento de la Ley de Dios y el ejemplo de nuestros antepasados.

do, (Paco no entendía de esos *modos* de casarse, por eso nada veía en ello reprehensible), ¿y tú, papá, no dices ni puedes oír eso?—La gravedad de don Francisco no pudo resistir aquel tierno, ingenuo y sencillísimo arranque, y el que no había temblado al silbo de las balas de los enemigos de su patria, tembló profundamente emocionado ante la sincera pregunta de su hijo; y dejando la bravura y aspereza militar, para revestirse de la ternura de amante padre, abrazó con lágrimas en los ojos a su adorado Paquín, le besó en la frente, le recostó sobre su pecho y le dijo:

—Sí, hijo mío, te explicaré por qué te digo eso; te contaré una historia que, si no tan horrible, se repite cada día y sucede cien y cien veces en cada uno de los bailes. Escucha, Paquín, yo sólo soy el dueño del secreto.

Era Avelina, hijo mío, una de esas flores inmaculadas, que nacidas para buenas y cultivadas con esmero, más aún que por la propia madre, por las de prudentes religiosas en el invernadero del claustro, jamás las llega, como no había llegado a Avelina, el polvo siquiera de los siniestros torbellinos del mundo y menos el hálito emponzoñado del cieno de las pasiones.

Por no llegar, hasta ignoraba Avelina en absoluto toda esa fraseología hueca e insubstancial que emplean los necios, en número infinito, para seducir y halagar, y escuchan las mujeres para envenenarse y arriesgarse. Era tan bueno su corazón y tan sencillo que, cuando las buenas religiosas la hablaban de

lo que pudiera sucederla el día que del pensionado saliera, se ponía triste, no podían hacer se fijase en nada, y era preciso dejarla saltar a la comba, jugar al corro y decir: siempre será una niña; jugaba siempre con las pequeñitas y sin cesar brotaba a torrentes la alegría de su corazón inocente. Corrían parejas la hermosura de su alma y la belleza de su cuerpo. ¡Qué hermosa era Avelina! «Corres peligro por tu hermosura», la decía la madre Amparo; y ella con aquel sosiego de indescriptible candor, que tanto realza la belleza de las jóvenes, contestaba:

— Yo jamás tendré enemigos; dice la madre que el primero y peor de todos es el espejo, pues yo jamás le tendré en mi tocador.

Parecían quedar todas tranquilas, porque ni la niña inexperta, ni las virtuosas religiosas, tenían en cuenta que hace más daño la lisonja al alma, que el espejo al cuerpo; allí ni el uno ni la otra se usaban.

Salió Avelina del convento y llevaba consigo su hermosura, su inocencia y sus virtudes; púsole todo en juego en casa de sus padres y vino a ser, como un riquísimo pebetero, donde sin cesar se quemaban exquisitas esencias, cuyo suave olor deleitaba a todos; era, en una palabra, el ídolo de la casa, la admiración y el encanto de los de fuera. Con un verdadero amor al trabajo y el espíritu de sacrificio, inculcado con provecho por las religiosas, no podía menos de ser Avelina queridísima de todos.

Más de un año se había pasado y Avelina despedía el mismo inmaculado aroma que al salir del convento, con la ventaja de tener muchos medios para ejercitar sus virtudes. Luchaba de un modo especial para llevar y suavizar el brusco carácter de su padre y más la hacía estudiar y sufrir el orgullo de

su madre y dos de sus hermanas mayores, pero no se la había concluído aquel depósito de caridad que había hecho en el convento; y cuando la lengua de su madre y vanidosas hermanas se cebaba en hacer jirones la fama de una persona o en ridiculizar la moda de alguna elegante, ella con alguna infantil caricia, con alguna ocurrencia alegre lograba cortar la conversación y que no corriese mil veces la inocente sangre de inmaculadas honras. Sacábanla de paseo y ella sin gran trabajo apartaba, quitándose de encima las miradas lascivas de los mil y un gomo-
sos que, arrastrados por su hermosura, clavaban, con la imprudencia que saben, en la inocente niña sus torpes ojos.

Todo lo conseguía con una carrerita con sus pequeños hermanitos, con un espontáneo abrazo a su mamá; y en medio del paseo desconcertaba a los pisaverdes, que tenían que darse por vencidos, diciendo: *aún no es hora*.

Era la víspera de la Purísima; las lágrimas habían corrido en abundante amargura por los hermosos ojos de Avelina. Se la dejaba comulgar el día de la Inmaculada, pero con la precisa condición de estrenar su primer traje largo, blanco, sí, como el de su primera Comuni3n, pero todo lo que la sobra-
ba de abajo la faltaba arriba; era tan descarado el escote, que, por temor de que la niña en absoluto le rechazara, se le había cubierto con finísima gasa y delicado encaje de Bruselas.

No la hacía llorar menos amargamente la otra condición; era el ir a estrenarle en su primera presentación en el mundo elegante, asistiendo a uno de los más aristocráticos bailes de la sociedad madrileña. ¡Cómo no había de llorar la pobre niña, si mil

veces prometió a la madre Amparo, ni vestir descotada, ni jamás ir al baile! Cierto que la decía: «so pena de que de tal manera te obliguen tus padres, que tengas que ir por no desobedecerles».

¡Comulgar por la mañana y por la noche ir al baile!... ¡Señor! ¿Qué locura le había dado a su mamá? ¡Y cuidado, que teniendo Avelina salida para todo, no se la ocurría nada más que llorar, y llorar sin saber por qué, más que allá vagamente, en el fondo de su alma, le parecía que el hacer eso debía ser malo, muy malo, cuando el pensarlo le daba tanta pena, escalofríos y miedo; como da miedo y escalofríos al que se arroja con cierta temeridad a cruzar los profundos senos del mar en desvencijada nave.

Comulgó Avelina, como jamás había dejado de hacerlo el día de la Inmaculada; pero aquello fué para su vanidosa madre la prueba de que había ella vencido y aquella noche sería la más feliz de su vida, porque la *nota*, sin rival en nada, había de ponerla su Avelina en el baile, viendo salir de allí para su hija la mejor colocación de la corte. Porque para madres necias y mundanas, no hay mejor mercado para sus hijas que el baile, y cuando por desgracia siguen necias sin abrir los ojos, les cuentan mil veces a sus hijas que ellas salieron casadas al primero.

— Cuánta necedad, querido hijo; cuánta ceguera y tontería—se apresuró a decir don Francisco, porque temió que su hijo le contestara: «Sí, eso es lo que yo he oído tantas veces».

Bellísimas y elegantes jóvenes llegaban al famoso palacio de los señores Marqueses de *Flor de un día*; sus salones jamás se vieron ni más lujosos, ni más

concurridos como que aquella elegante dama para salir del molde ordinario, en vez de cooperar y contribuir de otro modo a la fiesta universal y ruidosísima de los católicos en el vigésimoquinto aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada, en que tomaba parte todo el mundo católico, la señora Marquesa por sí sola había determinado dar un elegantísimo baile de convite, como corona o remate de aquella dulcísima fiesta. Sí, hijo; mil veces sarcasmos horribles de imbéciles y necios suelen ser el remate de los grandiosos actos del culto católico —añadió don Paco.

Colgóse de blanco y azul el más lujoso salón para el baile, éste sería el distintivo de que la fiesta se daba en obsequio de la más pura de las Vírgenes, donde ella, invisiblemente, con amargas lágrimas, recogería los jirones de la virginidad de tantas incautas jóvenes, como por la vanidad y por lo oculto del cebo habían de caer en el lazo tendido por la rabia de Luzbel, con la vanidosa mano de la Marquesa. Los mismos colores, con algo de rosa pálido, habían de ser los trajes de los bailarines.

Los Marqueses habían para el baile hecho un verdadero derroche; por eso no podía faltar nadie que tuviese *sexo* aristocrático, o una gotita de sangre azul, o mejor, de vanidad, en sus venas. Por eso no podía faltar la familia de Avelina, y mucho menos cuando conociendo la mamá que su familia ocupaba esa línea tan difícil de definir y más de sostener, divisoria entre la aristocracia de la nobleza y la aristocracia del dinero. Como a ésta pertenecía la familia de Avelina, doña Pépita se había gastado un dineral en trajes para que nadie pudiese decirle: «Esta es la línea divisoria», siendo así que

nada menos soñaba ella con el heredero del noble título para su preciosa hija. ¿Que para ello era preciso cortar a su hija las hermosas alas de su inocencia por la noche? Pues en cambio ya había comulgado por la mañana.

Empero doña Pepita no podía adivinar quién diablos podría llevar las malhadadas tijeras para cortar las inocentes alas de aquella angelical criatura, en un baile tan elegante de convite y nada menos que en obsequio de la Inmaculada, y en todo caso ya había Avelina ganado el Jubileo por la mañana, necesario era que ganase gloria y honor por la noche, y el futuro y más honroso partido para la niña. Por eso, cuando al entrar doña Pepita con su Avelina del brazo y levantar un torbellino de atronadores aplausos y vivas al lanzarse mil y mil apuestos donceles a pedir el brazo de su hija, ella, con sobrados mimos y vertiendo raudales de coquetonas gracias, con todo el orgullo de la mujer que triunfa, los decía: «No, no, de ninguna manera, mi hija; para mí necesito su brazo, estoy muy cansada».

Y la diosa de la fiesta sintió quizá vergüenza de tanto aplauso, de tan para ella inmerecido triunfo. Deslumbrada por la falta de costumbre, a consecuencia de los miles de luces, del brillo de los concurrentes y el ruido de los aplausos, se sintió algo mareada y aturdida; inclinó su dorada cabeza sobre el pecho de su orgullosa madre, miraba al cielo, quizá se acordaba de cuán distinto triunfo recibía aquella verdadera Inmaculada de manos de los Angeles... y no sabía ni donde pisaba. ¡Pobre Avelinal!

«¡Bellísima, divina!, — decían cuantos llenaban el salón; — no hay duda, ese debió ser el modelo para

pintar la Inmaculada el inmortal Murillo!», con una diferencia, podían añadir, que la de Murillo tiene la infernal serpiente abajo, pisada por su planta, y aquí la serpiente la lleva en sus brazos para arrojarla sin querer o queriendo sobre las almas.

No pocas blasfemias se vertieron en obsequio a Avelina aquella noche; «no, no es más bella la del precioso cuadro que la Marquesa ha colocado bajo riquísimo dosel para presidir la fiesta; no, no es más bella la Virgen del altar», repetían los atolondrados jóvenes. Pero el triunfo de Avelina pasó como todo pasa en este mundo, o mejor, sosegóse por entonces para dar tiempo a desarrollar las pasiones levantadas en la muchedumbre, nobles en los unos, mezquinas y viles en no pocos, y todos de uno o de otro modo se disponían a hacer la difícil conquista.

Como Luzbel viste de todos los trajes en los bailes y se disfraza de todas las maneras, empezó a soplar a todos sus comensales para ver en qué pecho cabía mejor la horrible trama de cortar las inocentes alas a aquel precioso Angel, pues de ese modo no podía continuar en una de sus más agradables reuniones. El Angel de la guarda debió de avisárselo a Avelina, cuando con toda la cara de su candidez, haciendo pucheritos, la dice a su madre:

—Me dan mareos, vamos a casa, mamá.

—¡Jesús, qué disparate!—dijo toda asustada doña Pepita—estás loca, Avelina... ¿No conoces que sería para la Marquesa un grandísimo desprecio? Calló Avelina y ahogó con algo de trabajo un molesto ruido que sentía en su interior y seguía diciéndola: «Vete, salte, mira que estas reuniones no son como las del pensionado...; que inminente peligro corre tu inocencia.

Rompió la orquesta en un torrente de sonoras notas, preludióse un famoso *allegro* y se oyeron los primeros compases de un vals; empezaba el baile. Rompió la marcha, pues nadie podía quitar los honores a los señores Marqueses aunque no faltara quien se comiera de envidia; rompió la marcha la señora Marquesa con su hijo del brazo, el único heredero; pero cual no sería la sorpresa, cuando en vez de bailar o dar una vueltecita con él como con no poca vanidad tenía por costumbre, se dirigió al sitio donde estaba Avelina y ella misma pidió el brazo de la hermosa niña para inaugurar el baile con su hijo. Los aplausos atronadores, los vítores, los gestos de aprobación se confundían con los sofocados remordimientos de pesar y desaprobación y envidia. Era un reto, y poco menos que un matrimonio celebrado ¿quién iba a dudar de lo que con aquello pretendía la Marquesa? ¿Y quién podía pensar el disputar a Fernandito la presa o la victoria? Nadie.

Deslizóse como sombra de hada la linda parejita por la blanca alfombra, lleno de orgullo y esperanzas el joven, llena de timidez y aturdimiento la colegiala, pero sin poder desechar cierta satisfacción que hacía tiempo habían despertado en ella algunas indiscretas frases de su madre: «Fernandito será la felicidad de la que sea su esposa».

Todos juzgaban hecha la conquista, todos creyeron en la futura gloria; los pergaminos de los Marqueses iban a adquirir un exorbitante brillo con las talegas del banquero, éstas iban a adquirir ese no sé qué de la aristocracia de sangre, que se juzga siempre superior, aunque la sangre haya dejado de ser

azul por su nobleza, para ser de horchata por sus vicios.

Fernandito, más prudente que nunca, propuso á la colegiala, muy discreta y delicadamente, el asunto; ésta contestó con la sencillez y buen pensar del colegio y con algo más claridad por las insinuaciones de su vanidosa madre. Todos los demás elegantes del baile juzgaron desde luego perdida la partida; sólo Gonzalito, consumado calavera, soberbio y orgulloso en extremo, se creyó muy ofendido y rebajado de su perpetuo rival, y juzgó, de acuerdo con el demonio, ser el que se encargara de las malhadadas tijeras para cortar las alas á aquel ángel.

*
* *

Obligada doña Pepita por su vanidad, y si cabe más por los deberes sociales, no pudo negar el brazo a Gonzalito, que con esa esmeradísima delicadeza de la más escogida educación sabe cubrir los más bajos y mezquinos vicios, las más rastreras pasiones con riquísimo manto de púrpura, intangible a cualquier mortal atrevido y sólo visible a Dios y al sacerdote, que el uno desde el trono de su eternidad y el otro desde las carcomidas tablas del confesionario, donde no es posible pase el oropel ni la púrpura de las delicadas formas cubriendo crímenes, ven y juzgan cada cosa por lo que es, por lo que vale.

¿Qué dijo la infernal serpiente a la cándida paloma?... ¿Cómo juzgó el astuto gavilán con la inocente tortolita?... No se supo entonces, muchos lo sospecharon, los duchos en semejantes maldades lo conocieron; Fernandito más de una vez se puso páli-

do, observando lo que pasaba, pero disimuló, tenía bien segura la niña.

Concluyó el baile y Avelina se retiró y no quiso bailar más; llevaba hecha jirones la finísima gasa de azul y rosa, y lloraba, no como niña. A doña Pepita le parecía que lo hacía como ella lloró, hacía años, al salir de un baile, donde no quedó muy bien parada su fama, pero viendo los jirones de los tules disimuló y no quiso mirar por el terso anteojo de su conciencia el corazón de su hija, por no ver los jirones del alma. Va... en breve tiempo se haría la boda, y aquel elegante calavera se quedaría con un palmito de narices, y su preciosa Avelina seguiría siendo la niña mimada de los Marqueses, la diosa sin rival de sus fiestas, la más hermosa estrella de los elegantes salones.

Concluyó la fiesta. Avelina seguía como llorosa taciturna, triste; al tomarla de nuevo la mamá del brazo, no se atrevió a dar con ella la vuelta; la pareció que al levantarse del asiento había sonado el golpe de unas doradas tijeras y que blancas plumas, así como de las alas de un ángel, quedaban pisadas sobre la rica tela de la blanca alfombra...

Salió la Marquesa con su hijo a despedir a la niña y a la mamá, y las significativas frases deshicieron todos los demás temores; no había duda, su hija Avelina salía casada de su primer baile. Desde aquella noche Avelina no volvió a saltar la comba, jamás se la vió correr por el paseo con sus hermanitos, y un tinte de profunda preocupación y tristeza se notaba siempre en el hermoso semblante de la joven.

No se hizo rogar Avelina para ir de nuevo al baile, y en todos ellos arrancaba aplausos, y de todo



salía satisfecho y lleno de esperanzas Fernandito; en ninguno desesperaba Gonzalito de su infernal intento. La vanidad de doña Pepita crecía sin límites; la satisfacción de los Marqueses llegaba al colmo. Doña Pepita no hizo caso de la tristeza que cien veces sorprendía en el rostro de su hija, y en cuanto a lo que podía pasar dentro de su alma hizo bastante menos. Sólo las buenas religiosas notaron que, desde el día que Avelina, su adorada Avelina, se abrió paso en el mundo, había olvidado el camino del pensionado, iba rara vez, de prisa, y esquivaba toda conversación piadosa, dejó por completo, sin que nada la dijese su madre, la frecuencia de los sacramentos, conoció la mujer lo que no había conocido la niña, que bailar y comulgar son dos cosas que se repelen y era preciso dejar lo uno para darse a lo otro. Las buenas religiosas tuvieron que decir: «Una de tantas; su buen juicio la hará desengañarse pronto y volverá; esperemos, que raro es el día que no entra en el redil de la Iglesia alguna oveja perdida y jamás se pone el sol sin que la paciencia y misericordia del Padre no arrastre algún hijo pródigo, esperemos».

El sutil veneno de las embozadas frases, de las atrevidas miradas, de los delicados halagos, del airecillo de las alas del gavilán, habían embobado primero, y despertado después en el alma de la joven curiosidad desmedida, pasiones violentas; el demonio había apretado fuertemente un lazo con la maldad del joven y la necia condescendencia de la bella, lazo tan infernalmente apegado, que no hay más poder que el de Dios que le rompa, pues el astuto enemigo había puesto en juego todas las miserias y debilidades que él sabe de memoria tiene la

naturaleza humana... No fué muy oculta la maraña y el vulgo decía: «¡Gonzalito ha dado hechizos a la preciosa Avelina!» Los pretendidos *sabios decían*: «la magnetizó en el primer baile, no hay joven que resista el fluido magnético del vicioso duquesito»...

Con esas frases todos auguraban que el bailecito traería cola; pues no hay que dudarle, de allí salió la infeliz Avelina casada con dos elegantes jóvenes, pero, ¡de qué modo, Dios mío!

Según pasaban los días, crecía más y más la horrible tempestad, preñada de odio, que Avelina, casi sin querer, había levantado en el pecho de los dos elegantes jóvenes; todos creían que sólo un duelo podía apagar la llama encendida, pero los dos eran cobardes y no se atrevieron a apagar con sangre el fuego que sólo se puede apagar con un buen arrepentimiento y el propósito de la enmienda...

Con grandísima satisfacción de las mamás acompañaba Fernandito a su adorada Avelina, con la que sólo se juzgaba ser ya feliz, y más porque la niña sabía corresponderle con toda la gravedad que consiente el honor de la mujer educada, la delicadeza de una joven elegante; pero con violenta pasión deseaba bailar o hablar ocultamente con Gonzalito, porque hallaba sin acabar de saciar en su alma la curiosidad y la pasión levantada en el primer baile, estaba ávida de acabar de conocer el bien y el mal; lo conoció para su perdición, como su madre Eva.

Pasaron dos años, por fin se celebró la boda con manifiesta satisfacción de todos los elegantes; la pareja partió a viajar por muy larga temporada y nadie se volvió a acordar de los sucesos del primer baile; todos juzgaron derrotado, quizá por primera vez, al elegante calavera. Pero éste, que no estaba

acostumbrado a semejantes derrotas, y tenaz por educación y por naturaleza, sin comunicarlo a nadie sabía perfectísimamente por qué países viajaban los recién casados, y cuando hubieron pasado los primeros días, procuró que en los elegantes hoteles donde se hospedaban no faltase una mano, comprada a fuerza de dinero, que entregase a solas, a condición de romperle en su presencia, algún elegante y perfumado billetito en que sólo sabía escribir el humillado, pero no vencido conde:

«Piensa sin interrupción ninguna en su amadísima».

«*Ninfa. G.—Desea verte tu C.*», y la corona de su escudo.

Diez meses habían pasado, poco más, cuando se preparaba la llegada de los felices esposos, y para obsequiar a las familias se anunciaban elegantes bailes en casa de los Marqueses. Gonzalo lo supo todo y días antes logró que Avelina recibiese con el mismo misterio, y sin pedir ni esperar respuesta, un elegante billetito:

«*Soy feliz porque no dudo podrá hablarte en el baile tu G.*»

Estaban colgados de raso azul los salones de los Marqueses, renovóse la ovación y aplausos del primer baile, y nadie se acordó, al ver salir la elegante parejita, de los demás sucesos. Gonzalo observaba todo; al ver aquellos esposos perfectísimamente enamorados el uno del otro, titubeó por un momento, pero no pudo darse por vencido; esperó casi a última hora, cuando nadie se fijase en ellos, y logró que con todo el peligro consiguiente, el inocente pajarillo se entretuviese en hacer trinos junto a la boca de la infernal serpiente. Gonzalo pudo hablar

más claro a la recién casada; logró despertar de nuevo la curiosidad y la pasión: nuevas citas para los demás bailes. Tenacísimo en su intento el Conde; imprudente en sus condescendencias la que fué hermoso ángel en el pensionado; vanidosilla joven al entrar en el mundo, abandonada a todos los vientos por su hermosura y sus riquezas; despertadas sus pasiones por la imprudencia de la madre y por su propia debilidad. Hubo un día, al parecer, sin que el vulgo se enterase, sin que pudiese sospecharlo su marido, que cedió a una cita que el Condesito estudió diabólicamente y, atados todos los cabos, la daba para el extranjero. La Marquesita Avelina saldría una temporada, dando publicidad grandísima a su viaje; como picado por la envidia y como en busca de alguna elegante norteamericana, saldría después el Condesito por la parte completamente opuesta; se daría aún mayor publicidad a su viaje y él se encargaría de seguir en Nueva York la farsa con sólo dejar un supuesto Conde. Todo estaba estudiado; el demonio tenía gran interés en que se rompiese el cabo, en que se consumase el tan meditado crimen sembrado en el baile...

Habían pasado cinco meses, y cuando en la corte, perfectamente despistados, celebraban y comentaban el viaje y boda del Conde en las Américas, se hablaba de una elegante *miss* que traería la Marquesa para el segundo fruto de su matrimonio. Entonces precisamente se hallaron aquellos dos desdichados en el sitio de la cita: la semilla maldita del primer baile daba su infernal fruto. Continuó la farsa algunos meses, y cuando el malvado conde vió saciada su pasión y vengado del Marquesito, hizo lo que acostumbraba, pero esto con más intención que

nunca; era su triunfo, se creyó quizá un momento feliz. como se juzgó el demonio en la caída del primer hombre; por eso latiendo maldad y soberbia, mandó insertar este sueltecito en un periódico de la mayor circulación:

«El Conde del Sol y la elegante Marquesita Flor de un Día, se hallan hospedados en el hotel elegantísimo del Prado, en la populosa Viena».

Y el infame Conde mandaba media docena de números al joven esposo y un porción a sus amigos. Estalló la bomba con tan horrible estrago que cerráronse para no abrirse jamás los salones de la Marquesa, y quedó doña Pepita tan asustada, que contrajo un padecimiento nervioso que no la abandonó jamás.



Hijo mío, Paquito, no puedo seguir... La historia encierra todo un cúmulo de horrores, dos familias perdidas... dos esposos desgraciados, porque el Marqués no tuvo virtud para resistir y le sobró debilidad para caer; se hizo un perdido, abandonó a sus dos hijas en poder de *cualquiera* y él no pudo recobrar su pérdida dicha ni en el juego ni en la crápula.

Avelina ¡pobre Avelina! ¡Qué caro la costaron los enigmas del primer baile, la debilidad en donde la mujer debe demostrar más la fortaleza de su alma! Llena de vergüenza no se atrevió a volver a su patria... y cubierta de andrajos y horriblemente demacrada se la vió en día no muy lejano vagar por una populosa ciudad de Inglaterra.

¡Me horroriza pensarlo, hijo mío! Cuando monté

la fábrica de Bramonte hice un viaje por el extranjero; atravesaba una de las calles de la populosa ciudad y noté que una mendiga enferma con la misma perfección hablaba el español que el inglés; su dulce acento me sorprendió me acerqué al corro que los transeuntes cerca de ella formaban. Parece aún que la veo; a través de aquella demacración, entre los jirones de aquellos harapos, reconocí a la deidad de los salones, al asombro de la hermosura, aquel ángel arrebatado del pensionado por la corrompida mano del mundo, para convertirle en vil oprobio. No pude contenerme, hijo mío, lo confieso, un grito se escapó de mi boca. «¿Avelina?—grité cerca de ella:—inmediatamente me clavó la mirada de sus aún hermosos ojos... no lo dudo, me conoció.

Un horrible síncope la privó del habla y de la vista; la condujeron al Hospital y allá fui yo; estuve tres días por ver si recobraba el sentido. ¡Cuánto lloré, cuánto pedí! No logré nada, al tercer día murió.


.....

Hijo mío, es tu secreto, como lo ha sido el mío; aún no se lo he dicho al que fué mi mejor amigo, al señor Marqués.

Padre e hijo lloraban abrazados. ¡Cuánto los enseñaba aquella desdichada historia! El hijo emocionadísimo besó la mano de su padre y le dijo, viendo ya clarísimo el significado de la frase de su buen padre, *hay que pensar seriamente en casarte...* y conociendo toda la necesidad de gomosos y pisaverdes...

«No casaré, padre mío,

Con joven que haya bailado».



Villa y Corte de la sagrada familia

DEDICADO A MIS AMADÍSIMOS SEMINARISTAS

Entre las excursiones señaladas por mi destino, o para hablar en cristiano, por la Providencia, llegué a un valle delicioso y ameno, coronado de elevadas montañas que derramaban la suave esencia de sus tomillares, como derrama la más dulce esencia de sus muchas virtudes aquel dichoso y cristiano pueblo, que en el centro del valle se levantaba

Llamó poderosamente mi atención, en este tiempo de frío escepticismo, de mortal indiferencia religiosa, un letrado que con gruesos caracteres se destacaba sobre una blanca pared a la entrada, leyéndose perfectamente: «*Villa y Corte de la Sagrada Familia.*» ¡Qué curioso y qué raro! me dije; y la curiosidad me hizo preguntar a un pobre anciano, que, con alegre semblante me pidió una limosna:

—Sí—le dije—de muy buen grado, a condición de que Ud. me explique el por qué de ese católico y dulcísimo letrado. Sonriéndose el anciano me señaló un derruido paredón, donde todavía podía leerse en un viejo azulejo: «*Villa alegre del Valle.*»

—Ese era su nombre antiguo; este otro es de ayer—me contestó el anciano.

—Pues eso es lo que yo deseo saber; el por qué.

—Es muy sencillo, señor. Este pueblo era uno de los más modernistas que pudiera producir la ardiente fiebre de los necios vividores de hoy: aquí había un casino donde se jugaba y bebía soberanamente, tabernas que no se cerraban en toda la noche y de las que salían riñas, rencores, malos matrimonios... y sapos y culebras. Pero lo que sobre todo distinguía a Villa Alegre era el brillo de las elecciones: en esto nada había más allá, porque había un cacique (que aún vive y come) que era una especialidad. Reyezuelo absoluto, terreno, pero omnipotente dios, cuya voluntad imperaba en la Villa y sus contornos, como la de Dios en sus Angeles; el pueblo no despertaba más que a su voz, la Iglesia no se habría sin su permiso, ni se cerraban las escuelas si él no lo mandaba; y decían que llevaba cuenta escrita de lo que comía y gastaba cada vecino. Tirábaselas de muy católico, así como a todo el pueblo de Villa Alegre se le figuraba que no lo era menos, porque ciertos días del año los gastaban en ponerse majos y asistir a la función de Iglesia, por eso de que no hay pueblo, por perdido que esté, que no guste entusiasmarse con su Cristo o con su Virgen, siquiera una vez al año; y tanto es así que en la procesión de la fiesta, que llegó a ser famosísima, se oía decir a centenares, ébrios de alegría y de vino; ¡Viva la morrenital (que así se la llama a nuestra Virgen) ¡viii... vaaaal y terminaban las fiestas, despidiéndose de la Virgen hasta el año siguiente; y era verdad, pues la mayor parte no entraban en la Iglesia más que ese día. Villa Alegre tenía la Iglesia y los santos como cuestión de lujo, para exhibirlos alguna vez y divertirse a cuenta de ellos.

Después de estas bacanales fiestas, decía don Cos-

me a gritos; ¡y que digan que hay otra villa más católica que nuestra Villa! ¿Dónde como aquí raya tan alto el entusiasmo? Este era el famosísimo cacique. Después hace unos años vino un señor Cura, que fué el que consiguió se trasformase el antiguo nombre por el que usted vé; ¡y cuántos trabajos no le costó al pobrecito!

La prisa no me dejó preguntar más al anciano: yo había de permanecer allí unos días, no me había de costar gran trabajo saber todo lo demás y lo supe, porque todo lo indagué, y es como sigue:

I

A Villa Alegre fué mandado por el señor Obispo el fervoroso sacerdote don Desiderio, salido del Seminario con la miel de la devoción en los labios; y del celo por la gloria de Dios henchida su alma. Y como es tan fácil creer ya hecho, con solo pensarlo, lo que se vé bueno y con ánimo decidido para hacerlo, don Desiderio se presentó, como en país conquistado, en Villa Alegre, y desplegó todas las alas de su celoso corazón, para hacer santos a todos sus feligreses del modo y manera que él lo había visto cien y cien veces en los santos ejercicios y en su cotidiana oración. Hijas de María, Apostolado de la oración. Pan de los pobres, Rosario perpétuo, cofradía del Carmen, ejercicios para señoras, conferencias para caballeros, catequesis... todo, todo le parecía muy bien, muy necesario, fácil y muy conveniente el hacerlo. En pláticas y sermones, en la explicación del catecismo, en las conversaciones particulares, tiraba la divina semilla y esperaba con cierta presunción, más falta de experiencia que de

vanidad, que todo había de realizarse. ¿Y por qué no? Pues si todo era excelente y él lo exponía de tal manera, que ellos no podían menos de verlo más claro que el agua, y bien parecía indicarlo los plácemes que recibía, la sonrisa de muchos con aquel consabido «Cuánto trabaja usted, señor Cura... el otro no hacía nada». Don Desiderio se ponía un poquitín coloradillo, pero no dejaba de gozar en ello; es tan dulce la lisonja! Don Desiderio para no descubrir el veneno que en ella va encerrado, se solía decir: «No hay duda, que al fin, trabajando, todo se consigue». Pero el bueno de don Desiderio no había contado con la huéspeda... y la huéspeda era don Cosme, el celeberrimo cacique, y los inescrutables designios de Dios, que, de ley ordinaria, para los grandes golpes de su divina gracia exige grandes sacrificios, terribles pruebas, donde suelen sucumbir los principiantes y aun los muy fervorosos, cuando les falta la experiencia y no se hacen muy suyo aquel pensamiento del apóstol de las Indias: «Del afecto al efecto hay una distancia inmensa, y difícilmente saben medirla sino los que tienen mucho amor a las humillaciones y al sacrificio.»

Es muy bonito decir en la oración: «soy capaz de ir a las Indias», pero otra cosa son, y muy distinta, los peligros del camino, los sinsabores y penosas fatigas de aquellas tierras. Es muy hermoso en los santos ejercicios decir: «voy a ser un sacerdote modelo, voy a llevar por todas partes un celo apostólico», pero son cosa muy distinta los disgustos y tribulaciones del apostolado, los sacrificios y penalidades que necesariamente llevan consigo. En estos escollos se expuso a naufragar el celo ardiente de nuestro joven presbítero. Cierto que no iba mal la

cosa, y la sementera prometía ópimos frutos; pero empezaron las heladas, y quedáronse marchitas las flores, desapareció la lozanía de las tiernas plantas, y con ellas los fervores de don Desiderio temblaron y empezó el desaliento.

Era lógico que el encargado de destruir aquella preciosa cosecha había de ser don Cosme, ¿a quién sinó a él había de encomendar el demonio obra tan árdua y de tanta importancia para los anales del abismo? A nadie como a su vice-gerente, a su hábil mandarín de Villa Alegre. «Esto va mal, amigo Cosme», debió de decirle a la oreja el diablo, «esto va mal; si no detienes a ese curita, pronto los dos nos quedaremos sin clientela; y tú no podrás chupar la sangre a togo bicho viviente (era don Cosme un empecatado usurero) y no podrás saciar a tu antojo tus lujuriosos deseos, ni podrás dominar a tu arbitrio, como lo vienes haciendo con todo el despotismo de tu soberbia, favoreciéndome siempre por el régimen que yo he establecido y por las leyes que yo mismo he dado. Porque créeme, amigo Cosme, desde el primer artículo de la ley penal hasta el último de la libertad de imprenta, de asociaciones, de cultos, etc., etc., todo, todo es mío y no hallarás más que esos simplones de católicos modernistas que se atreven a decir que todo el régimen es suyo, como si ellos los muy simplainas no fueran míos, como si no rigiese con ellos aquello de mi mayor enemigo el Crucificado *«el que no es conmigo contra mí es»* y aquello otro *«nadie puede servir a dos señores, porque si agrada a uno, descontenta al otro»* y por lo tanto no puede servirse a Dios y a las riquezas, a mí y al Cristo, y todos esos que así gritan ¡católicos, católicos somos! todos sirven cie-

gamente al mundo, a mí y a la carne. Que bien nos viene, Cosme, que griten ¡católicos, católicos somos! pues con ningún cebo he cogido en mis redes más tontos que se tienen por listos, que con esa mascarita de hombres de bien y esos gritos de: «¡No lo veís! nuestras son las leyes; católicos todos; no veís como vamos a misa, damos limosnas a los asilos, hacemos suscripciones para las calamidades públicas etc., etc.,?» Deja, deja, Cosme, y haz que todos de ese modo griten; deja que hagan política de esa clase que es nuestra y muy nuestra, y cada vez nos va mejor; sí, sí, tente tieso. ¡Pero, Cosme de mis uñas, si tu no me prestas tus valiosos auxilios perderemos Villa Alegre! no ves que ese curita novato, imbuido de lleno en el celo de Cristo, con ese apego a la oración y a la verdad nos pierde! Cosme, nos pierde! Hay que atizar de firme hacia él; ya ves qué cara más buena le pone toda Villa Alegre. Te has dormido Cosme, te has dormido... ¡Animo! Cosme, ánimo! Sobre todo, una cosa te ha de dar excelentes resultados: la hipocresía, Cosme, la hipocresía. Es preciso que vayas casa por casa, familia por familia, individuo por individuo, y tirándotelas muy de católico, ridiculices todo cuanto hace ese necio de curilla: has de decir que es un memo, un exagerado, un atrevido, que se mete en todo, hasta en el modo de arreglar el mundo y las casas, como si la gente no supiese hacerlo; sí alto, muy alto que es un falso, un hipócrita, un traidor; que cuando predica, lo que hace es publicar las faltas de los vecinos y exagerarlas y aconsejar lo que es imposible hacer, que lo que pretende es llenar su bolsillo a costa de los vecinos que le creen, y no repara en introducir rencillas y desavenencias, hasta el hacer malos matrimo-

ños, llevando la duda y con ella la guerra hasta a los más pacíficos moradores, porque ya sabéis que no desea más que las mujeres no salgan de la Iglesia, aunque rabien los maridos; a todos abre los ojos con su manera de predicar, enseña a los jóvenes lo que no necesitan saber, e infunde celos a los maridos, haciéndoles sospechar un adúltero en cada persona que entra en su casa. Atiza por ahí, Cosme, atiza por ahí; insiste en eso cuanto puedas, y dices que será capaz de traer de nuevo la inquisición y estorbar todos los adelantos modernos; que es un terco, un ignorantón, que pretende que todos sean cartujos; añade que no le puede ver el Obispo y que pronto se enterará de todas sus exageraciones, y que hará que se pierda ese curilla, llevándole a donde nadie haga caso de él, y a nadie estorbe. ¡Animo, Cosme, ánimo! mira que a tí, y a mí importa mucho: a tí porque te va mermando tu dominio absoluto, y pronto te quitan el mangoneo hasta en lo más santo, como lo hacías; y lo que es peor, te perjudica en tus intereses, pues pronto, si le dejas, te mata la usura y hasta quita el cebo a tus pasiones; pues bien ves que insensiblemente hace que las mujeres sean más tímidas y más recatadas. ¡Cosme! ¡Cosme!... que nos parte por el eje... a mí me mata: Cosme, me mata, porque si Villa Alegre sigue al cura, no sólo perdí en ella mi reinado; habrá también millares que la imiten, porque demasiado sabes, Cosme, lo que arrastra el buen ejemplo.»

II

Don Cosme estaba furioso; todo lo que el demonio le había dicho a la oreja, se lo sabía él de me-

moria, y sobre todo se lo ponía de manifiesto la pícaro experiencia. Desde que el Cura predicaba del pecado mortal, de la virtud, ni repartía la mitad de sus granos de renuevo, ni le pedían dinero ni siquiera el duro semanal con la pesetilla de propina...!; y lo que le ponía aún más furioso que todo esto, era que ya no le pedían aquellos favores que él vendía a cambio de infamias! Hambrientas sus pasiones le gritaban con mayor furia que el mismo demonio: «Cosme, qué haces?, así no se puede vivir» y le hacían concluir diciendo: «No hay remedio, hay que poner por obra lo que mi amigo Satanás me dice: «manos a la obra», y según lo pensó, lo hizo.

Pronto entendió todo Villa Alegre, con cierto recelo extraño, que don Cosme no daba los buenos días al señor Cura, por cierta y bien urdida patraña que el cacique se apresuró a propalar por todas partes, añadiendo, como en son de queja. «Tantos favores como yo le hecho y me ha pagado con una acción tan asquerosa, con una jugada tan villana!» El tono de apóstol que el infame tomaba con su gravedad y prestigio, que aún conservaba *in radice*, fué lo suficiente para sembrar la duda en todos. Esto quería don Cosme, y en seguida continuó aquel saludable aviso de su colega, el demonio.

Marchó casa por casa, vecino por vecino, y como quien va pidiendo alivio en sus penas, consuelo en sus llantos, los enjaretaba don Cosme la negra calumnia; y después, mudando de tono, como si nada le importase y todo lo olvidara, se ofrecía de nuevo y con más empeño a servirlos en todo, delante del diputado, del ministro, con sus intereses, con sus favores, y con todo su gran prestigio. Si no le parecía oportuno aquel día, en otro repetía las ofertas,

para caer después no tanto ya sobre la vil calumnia, que ya no le hacía falta, cuanto sobre el desprecio y desprestigio del buen sacerdote. «Yo no he vuelto a misa, solía decir el reptil venenoso; ¿ha predicado el Cura? De seguro que habrá estado tan exagerado como siempre ¿a quién ha tocado hoy? porque parece que cada vez que habla la coje con alguno: más de cuatro matrimonios viven no sé cómo por las imprudencias del Cura! ¡si ya no falta más que nombrarlos!. Yo no he vuelto a dejar ir a mi hija, porque no quiero que aprenda lo que no sabe: y todo por el interés... ya, ya se irán desengañando; mucha cofradía, mucha Iglesia, muchas misas... y cuidadito el que lea papeles, ni se entere nadie de cómo van las cosas!. Pues de política, cualquiera entiende cual es la que sigue» Y después de cuantas sandeces se le ocurrieron, (que no eran pocas), soltando una furiosa y al parecer franca carcajada, como quien está bien seguro de lo que dice, exclamaba: «¡Si es un ignorantón! si nunca sabe lo que pasa, ni como van las cosas.. ni cuántos papeles y revistas hablan de adelantos y de lo atrasados aún que estamos los españoles! él a la Iglesia, y si le dejaran, nos trae la Inquisición:!. Antes de venir él, era, y con mucho orgullo, Villa Alegre la población más famosa del Valle; para nada le necesitábamos; porque, si sigue por ese camino, pronto los hace a todos unos necios ignorantes, que no sepan más que rezar y el camino de la Iglesia.» Y volviendo a reír de nuevo, añadía: «Ya lo sabe el Obispo, y pronto se lo llevará a engañar a otros más necios; que en Villa Alegre no están maduras...» Y efectivamente no estaban maduras, porque antes de madurar, él y el demonio procuraron hacerle la vendimia.

Mientras los cándidos y sencillos vecinos de Villa Alegre iban de nuevo, como borregos, siguiendo al malvado de don Cosme, que solapada, unas veces, y francamente otras no cesaba en su infernal tarea, el pobre Cura se consumía de tristeza. Villa Alegre no era, ni mucho menos, lo que él se figuró en un principio; predicaba y se salían de la Iglesia, explicaba el catecismo y hasta los niños le faltaban; los hablaba de los proyectos de asociaciones o cofradías y hasta los más piadosos, también algo escamados con las visitas del cacique, le contestaban: «Déjenos usted, señor Cura, nos basta con lo que hacemos; nosotros a la antigua, (la antigua era oír misa, no todos, ni todos los días de fiesta, y confesarse una vez al año, si no se emperzaban.) No ve usted que, si estamos todo el día en la Iglesia, perdemos de nuestros intereses; y, señor Cura, los que nos sacan de compromisos son los diputados, no los santos que al fin no se mueven de sus nichos...»

Esto desconcertaba a don Desiderio, esto le llenaba de angustia y de tristeza, esto le hacía aburrirse; y cuando traslucía, por lo que observaba, de la vil trama de don Cosme, no dejó de pensar, como remedio de todo, retirarse a algún convento, donde no pensara más que en santificarse.

III

Acababa de hacer unos días de ejercicios; y como apéndice de ellos, un día de rigurosísimo retiro, había purificado su intención y templado su alma, había llorado de pena; al examinar su conciencia, de nada grave le remordía; pero, sí, notaba, que los primeros triunfos le habían hecho confiar demasia-



do y atribuir a su industria algo más de lo que debía, olvidándose en parte de lo que dice el Apóstol. «*Ni el que planta ni el que riega...*» Acostóse don Desiderio algo preocupado y muy conforme con la voluntad de Dios; en El y sólo en El quería poner toda su confianza. Apenas se había dormido, le pareció que llamaban a la puerta, y como no lo sintiese su hermana, él mismo se levantó a abrir. Fué en extremo grande su sorpresa cuando vió que eran tres pobres; un varón de alguna edad, una mujer bastante más joven y un niño de ocho o diez años, asido de la mano de los que, no había duda, debían de ser sus padres.

Llenáronle de mucha compasión y de cierto asombro; pues nada le decían, ni él se atrevía a dirigirlos una sola palabra; detenido por un grande respeto, por fin, para salir del paso, echóse mano al bolsillo, para darlos una limosna. Los tres sonrieron dulcemente, mirándose entre sí; entonces el varón con una voz que llenó de placer, dirigiéndose a don Desiderio, y mirándole con gran dulzura le dice: «Otra clase de limosna buscamos nosotros» e inmediatamente desaparecieron, dejando tras sí un resplandor celestial, un no sé qué de incomprendible gloria. Llenóse el afligido sacerdote de tanta alegría, que, sin poderse contener dió un grito, y *despertó*; sólo había sido un dulce y hermoso sueño, pero no de triste despertar; porque don Desiderio despertó animadísimo y muy consolado.

Aún no era la media noche, y don Desiderio procuró quedarse nuevamente dormido; quizá esperaba volver a soñar; pero dando vueltas y más vueltas, sin poder coordinar las ideas, no hacía más que decirse: «¡Qué dulce es el soñar de ese modo!» Levan-

tóse muy temprano y se marchó a celebrar muy tranquilo y fervoroso; Dios le había querido alentar y consolar. Al regresar de la Iglesia, halló en el camino el correo, que le dió entre otros papeles un Boletín, titulado «El Promotor de la Devoción a la Sagrada Familia» el cual abrió sin darse cuenta y leyó con avidez suma. No había duda: en él venía la revelación del sueño de la noche. «¡Dios mío!» exclamó al enterarse del Breve, *Neminem fugit*, donde la Iglesia hace el llamamiento de todas las familias cristianas a consagrarse a la Sagrada Familia de Nazaret, divino modelo de todas, y en el que de un modo especial exhorta a los párrocos a que ellos muy especialmente procuren su consagración.

Don Desiderio ya no pensó en otra cosa; Dios Nuestro Señor había escuchado su oración y le mostraba el camino. No había duda; por medio de la devoción a la Sagrada Familia. Dios se comprometía a mandarle abundantes gracias, para desmatar de cardos y espinas aquel desagradecido terreno. Era la limosna que los augustos pobres del sueño le habían pedido, y no había más que buscar el modo de ponerlo en práctica, de llevarlo a la obra. Para eso allí tenía el mandato del Papa; pero inmediatamente se le ocurrió esta objeción: ¿cómo iba él a consagrar las familias a la Sagrada Familia, si casi nadie iba a la Iglesia, y todos estaban ya recelosos y cansados? Imposible; había que inventar un medio adecuado; Dios le ayudaría.

Tres días habían pasado en los que don Desiderio, muy confortado con el bellissimo sueño y muy animado con el Breve del Papa, no hacía otra cosa más que pedir a Dios y pensar el modo; y al cabo de los cuales se le ocurrió uno muy ingenioso que

después fué imitado por muchos piadosos pueblos y celosos sacerdotes.

Procuróse una efígie de la Sagrada Familia, en cuyo artístico grupo estaban San José y la Virgen llevando al niño Jesús de la mano, como si viajasen y en aptitud de pedir hospedaje o posada, como é lo vió en el dichoso sueño. Después de tenerla algunos días en su casa, hacer él primero la consagración de su familia y pedir a los benditos huéspedes luz y acierto en la demanda, empezó la obra. Mandóla primero a los vecinos de más confianza, con sólo este recadito: «Espero que hospedarán ustedes con gusto esa familia: nada necesita y nada les pide... entérense bien, y mañana pasará a recogerla su amante párroco, que les desea toda clase de felicidades. — Desiderio.

Como quien ha resuelto el más difícil de los problemas, el señor Cura se frotaba de gusto las manos, y confiadísimo se decía: «No hay duda: Dios quiere, para que yo no me atribuya el éxito de la empresa, mostrar visiblemente que es suya, y manda a los tres seres más queridos delante, para preparar el terreno; después exige mi cooperación; con su ayuda divina no ha de faltarle». Pasó el primer día, y don Desiderio, buscando la hora más oportuna en que a todos hallase en casa, pasó lleno de dulzura y esperanza a recoger sus amados huéspedes.

Llenos de alegría halló a los visitados vecinos, y no le fué difícil entablar una jovial, franca y amena conversación, empezando por la ocurrencia, por la belleza del artístico grupo, y concluyendo por la bondad infinita de Dios y por las tiernas y hermosas escenas de la familia de Nazaret a la que, para

ser felices, era preciso imitar. Dejó muy complacidos a aquellos sencillos, pero débiles feligreses, y deseosos de que se repitiese la doble visita, como don Desiderio se lo dejó prometido.

Corrió por toda Villa Alegre la noticia con rapidez, y todos celebraron la sencilla y agradable ocurrencia del señor cura; y, como los visitados se hacían lenguas de la belleza de las efigies, que era mucha y de la buena conversación del sacerdote, que era muy agradable, todos deseaban con ansia su turno; y todos quedaban complacidos y satisfechos del mismo modo. Los augustos huéspedes y el señor Cura recorrieron sin estorbo ninguno todas las casas del pueblo; ningún obstáculo, ninguna dificultad, millares de satisfacciones y de agradables impresiones se habían cambiado entre el señor Cura y sus feligreses. Sólo había un punto negro, una casa que, sin estar cerrada, el bueno de don Desiderio no sabía a qué puerta llamar; para mandar sus queridos compañeros, y después poder ir él; era la de don Cosme.

Todos los días se preguntaba el joven Levita: ¿Cómo diantre entraré a ese buen señor? Porque no se atrevía a decir *ese malvado*, pues ya sabemos que de todo tenía, el ya por entonces desairado, don Cosme. Comò don Cosme era listo, y viese que la cosa se ponía de nuevo quizá peor que al principio, por el buen ácierto y modo que para trabajar había escogido su aborrecido Cura, se dejó caer varias veces, como quien no quiere la cosa y con la doble intención de mudar de ruta y de pajear, pues el villano modo de obrar antes ya no le daba resultado: «Yo veré con gusto, decía por el pueblo, que don Desiderio me mande los santos y los colocaré

en el mejor sitio de mi casa; porque ya sabeis que como a católico ni el mismo Papa me gana, cuanto más don Desiderio; y no seré yo el que le cierre la puerta, si él viene a recogerlos, porque no tiene que ver con esto que yo en política piense de otro modo...» Esto decía, pero la procesión andaba por dentro; cierto era que no quería ser señalado por el señor Cura con el desprecio de no llevar los santos, ni ir él a su casa, y por otro lado no sabía cómo había de tratar a unos y a otros vecinos para no darse a conocer y quedar en buen concepto, porque esto lo necesitaba él para sus depravados fines. Todo le daba una comezón que le devoraba y hacía sufrir horriblemente.

El demonio y don Cosme estaban perfectamente enterados de que el señor Cura hablaba con tal dulzura, aconsejaba con tanto amor, dejaba verse con tanto desinterés y cariño en sus visitas, poseía de tal manera los medios, para que fuesen cristianos, volviendo al camino con tanto gusto emprendido, y que tan sencilla y santamente los indicaba aquel divino grupo, que el demonio, retorciéndose entre los grillos de su prisión, no hallaba medio de ilustrar a su amigo Cosme, para que destruyese la obra que, con tanta sencillez y constancia, iba de nuevo levantando el celoso sacerdote.

Ibase a concluir el primer turno, y con el precioso pretexto de haber unos enfermos graves, tornó atrás don Desiderio los régios huéspedes, antes de que se acercasen a casa de don Cosme. Algo mortificó esto al cacique; pero Dios Nuestro Señor que le gusta ayudar las obras de sus siervos, hizo que, poniéndose buenos los enfermos visitados extraordinariamente por la Sagrada Familia, se entusiasmasen

mucho más los de Villa Alegre y todos viesan muy bien lo que había hecho el señor Cura, y el cacique se tuviese que morder los labios, y no poder tampoco por aquí hincar el diente al celoso ministro.

Con el pretexto de los enfermos, y el conseguir éstos que se los dejase algún día más en sus casas, por agradecimiento de haberse puesto bien, don Desiderio halló medio oportuno de la segunda vuelta con sus excelsos huéspedes sin tocar a la casa de don Cosme. Al repetirse las visitas, pudo ya el señor Cura instruir a sus feligreses más a sus anchas y con mayor cariño, si cabe; los feligreses por su parte, como prendidos en aquel dulcísimo lazo, le abrían de par en par las puertas de sus corazones, le confesaban sencillamente y muy contritos sus faltas; y el sacerdote, aprovechando tan buenas disposiciones, los corregía sin herirlos, los ilustraba sin humillarlos, poniéndolos por modelo la Sagrada Familia de Nazaret, y concluía porque todos se consagrasen a ella, la tomasen como especial protectora, y empezasen la laudabilísima costumbre de rezar juntos todos los de casa, en las ocasiones más precisas, al comer y por las noches, ante una estampa de la Sagrada Familia que cada uno preventivamente había ido adquiriendo. La Sagrada Familia se iba haciendo reina de sus hogares. ¡Qué consuelos más dulces experimentaba don Desiderio entre aquellos antes esquivos feligreses, cuando haciéndose dueño de sus corazones, los conducía con tanta suavidad por el camino del bien! ¡con qué humildad le escuchaban y con qué docilidad le seguían! Ya iban a la iglesia sin reparo, cuando la obligación los llamaba o cuando su devoción se lo exigía, sin estorbar a sus ocupaciones precisas.

Éra general e increíble la transformación que se notaba, y don Desiderio, temeroso de sí mismo, y confiando solo en el divino auxilio, al ponerse en oración todas las noches delante de la Sagrada Familia, no podía menos de exclamar entusiasmado: «¡Dios mío! Tú solo puedes y sabes hacer semejantes cosas; y no hay duda, por el amor que tienes a tu *Trinidad augusta de la tierra*, por aquellos seres que tanto te amaron y te fueron tan queridos! haceis cosas incomprensibles al vil mortal...

Donde se notó más el cambio radicalísimo que llevaba Villa Alegre, fué en unas elecciones que hubo durante el segundo recorrido de las Sagradas Imágenes a casa de aquellos rudos y sencillos habitantes. Don Cosme estaba confuso, rabioso y con un no sé qué, que le tenía desconcertado. Hablaba a los *Villa alegristas* de las elecciones, y nadie se entusiasmaba. Los decía: No hay más remedio; hay que portarse como siempre, y los muy pillines se sonreían, se callaban, encogiéndose de hombros; y hasta hubo varios que le dijeron cosas que le hacían desesperar: «Lo que nos diga don Desiderio». ¡¡¡Jinojo!!! ¿Cuándo a don Cosme se le había dicho tal cosa? ¡¡¡Canastos!!! qué cambio tan radical es éste que se nota en los bulliciosos habitantes de Villa Alegre! Y era tal la confusión y vergüenza del cacique, por él jamás esperado y tan terrible desengaño, que don Cosme pasó más de dos meses sin embriagarse, y cerca de un año en que su mujer no tuvo que tirarle en cara que mirase a otras con malos ojos, como lo hacía antes a todas horas; pues aquel desdichado, como la mayor parte de su casta, sus influencias y su prestigio les aprovechaba admirablemente

para enriquecerse y para saciar toda clase de pasiones, hasta las más vergonzosas.

IV

Llegaron las elecciones, y, como no había más que candidatos más o menos liberales, don Desiderio sólo les dijo que lo mejor era abstenerse, y los de Villa Alegre a nadie votaron.

Fracaso horrible! Único candidato el don Cosme con trece votos: el de él y sus doce dependientes, y éstos obligados. Don Cosme rompió las actas y no quiso pasar por el bochornoso compromiso de que le dijese su jefe: «¡Qué es eso, amigo Cosme? ¿qué es lo que pasa en mi simpática y tan adicta Villa Alegre?» don Cosme de rabia y de mal humor cayó gravemente enfermo, y no había quien se atreviese a hablarle. Su mujer estaba aterrorizada.

Lo supo don Desiderio, y ya no necesitó más luz; era la ocasión más propicia para dar el golpe. Inmediatamente mandó a preguntar por él a su buena hermana, para preparar el terreno y con expreso encargo de decirle: «A la tarde vendrá el señor Cura a ver cómo sigue.» Llegó la tarde, y fué don Desiderio; y, demostrando interés y suavidad en sus formas y palabras, el apenado cacique, sin saber cómo, halló gusto y hasta cierto alivio en la visita de su párroco: ya no vió en él un odioso contrinca, pues, ¡sí no lo era!... Al despedirse el señor Cura, le dice: «Vaya! hay que cuidarse, don Cosme... espero que no ha de ser nada: mañana le mandaré mis queridos huéspedes, para que le hagan a usted compañía, y quién sabe... El tío Cipriano dice, que desde que llegaron a su casa notó un gran alivio». Don

Cosme, que como todos los viciosos que pusieron su afán en la vanidad y en los placeres de este mundo, tenía mucho miedo a la muerte y horror a la enfermedad, porque jamás había estado malo, y, como quien se agarra a la tabla salvadora, dice lleno de ansiedad. «¡Por Dios, don Desiderio, mañana no... hoy! ahora mismo mande usted esos santos, que yo los pondré en el mejor sitio de mi casa...»

Socarronamente se rió don Desiderio; y hasta en su noble alma se le escapó esta frase: «¡Ah pájaro! como te ves mal, te acuerdas de Santa Bárbara... ¡así soís todos los amigos del Bellaco!: lo peor es que si te pones bueno volverás a las mismas...»

Cayó en la cuenta don Desiderio; y, conociendo que pensar así era malo, se hirió el pecho en señal de arrepentimiento, y humillado y conrito, besando un crucifijo que en el pecho llevaba, exclamó: «Señor, piedad! no sean mis temerarios juicios los que estorben tu divina gracia. ¡Quién sabe! jamás faltarán al Señor buenos ladrones, ni amantes Magdalenas, ni arrepentidos adúlteros». Y oyó una voz que le decía: «Yo vine a buscar a los pecadores; los sanos no necesitan médico.»

Le faltó tiempo al bueno del sacerdote para llegar a casa, y mandar inmediatamente la Sagrada Familia a visitar a don Cosme, único vecino que faltaba. Cuando oyó don Cosme que estaban allí los apreciadísimos huéspedes, el encantador grupo de la Sagrada Famia, se incorporó en la cama, mandó inmediatamente se los llevasen, y los cogió con una efusión desconocida y los besó repetidas veces; y no sabían de qué, pero todos aseguraron que al besarlos, a don Cosme se le saltaron las lágrimas. No había duda: Dios se había valido de aquel amargo des-

engaño, y los primeros destellos de la divina gracia iban dando luz a aquel tenebroso corazón.

Colocados por mandado del enfermo los augustos huéspedes frente su cama, mandó que se los pusieran muchas luces y adornos y él los miraba con cierto entusiasmo y se decía: «No; no es un mito, no es una forma social la religión (como él tantas veces había afirmado en los brindis, porque así lo había oído decir a los altos señores) no; la religión es para que los hombres no se desmanden, para que vivan conforme a la sana moral, para que no se olviden los derechos de nadie», y siguiendo en su discurso le parecía algo más, le parecía una cosa esencialísima para la felicidad del hombre; pero no pasaba del orden natural y discurría: «Bien claro he visto yo que ni mis riquezas, ni mis vicios, ni mis poderosas influencias me han hecho feliz». Jamás se había hallado tan tranquilo en su vida.

Pensaba después en aquellos genios políticos que tanto le habían favorecido y aprovechado; y no le daba placer, se avergonzaba de ello, y, al repasarlo en su mente, se decía: «Y total ¿qué han hecho por mí...? Nada, porque ellos sólo buscaban la suya, como yo la mía». Y el cúmulo de sus maldades se le ponía delante, le avergonzaba y asustaba, al propio tiempo; ni en ello quería pensar siquiera... eran tan negras las épocas de su vida; había tanto ciego en la mayor parte de sus cosas, que el pobre don Cosme se esforzaba por no recordarlas, por olvidarse de todo, como si sólo el olvido bastase.

V Y ÚLTIMO

Tan desconocido e imposible es al hombre seña-

lar el camino que hizo, surcando el agua, la nave, como el camino que toma o deja la divina gracia que surca por el alma del pecador, y que Dios da a su arbitrio y obra de modo solo conocido a su infinito saber. «¿Qué es esto?» decía don Cosme que sentía un no sé qué en su interior, terrible y desconocido. Sin conocer qué era, ni de donde venía, sentía don Cosme una cosa que no le dejaba parar y que él no podía decir ni donde la tenía, ni como era, pero sabía, y sentía revolverse y presentarse delante de sí todo el cieno de su criminal vida; le daba de todo un asco incomprensible, y no tenía valor para detestarlo, a pesar de ver bien claro su malicia y necesidad; pero tampoco podía cerrar los ojos y decir «vuelvo a mi mala vida.» Esto le daba mayor asco, mayor pesar, y solo pensarlo se horrorizaba, porque no era necio; y con todas sus tremendas consecuencias se le ponía delante el porvenir, el *más allá*, la justicia después de la muerte. Pero si de esto quería olvidarse, veía con gran claridad la falsedad esencial del mismo pecado, porque él tenía presente que todo cuanto había hecho iba contra razón y contra justicia; que no sólo no lo exigía su naturaleza, veía además que con el pecado la destruía, y que cien veces hacía esclava la razón de las más rastreras pasiones; y don Cosme se juzgaba de peor condición que las bestias, pues no llegan a abusar de su naturaleza, sólo por el instinto de conservación, lo que el hombre abusa pisando todo lo que tiene de más noble, para ser esclavo de lo más vil. Y aquellas cosas que él obró con tanto gusto y placer, deseaba arrancarlas de su memoria por el asco que le daban, por las vilezas que en ellas veía, y tanto le repugnaba y atormentaba lo uno, como le

acongojaba y desconcertaba lo otro; ¡horror inmenso y vergüenza del pasado; sin fuerzas y con debilidad suma para el porvenir! Y lucha y más lucha, y sufre y más sufre, y nada; no tiene fuerza para dar un paso, ni adelante, ni hacia atrás.

Pasaban por don Cosme esas eternas horas de inmenso y terrible desaliento, en que Dios prueba al hombre la grandeza de su ser; la miseria de su nada; una capacidad infinita de grandeza, un caos inmenso de miseria, un poder ser Dios por participación, según el Apóstol y ser un vil gusano, sin poder mover el más ligero átomo, para llegar al sumo bien; un infierno, un verdadero infierno que lleva al hombre necesariamente a la desesperación, al suicidio del alma si no presta su voluntad al arrepentimiento. El infeliz don Cosme se había olvidado que frente a frente tenía los Augustos Huéspedes, que eran los únicos que le podían ayudar en aquellas horas de penosísima angustia, de tremendo combate.

Nada sabía don Desiderio de aquellos fatales momentos en que luchaba don Cosme; pero al postrarse a orar delante del cuadro de la Sagrada Familia de su casa, sintió una fuerte inspiración, con una consoladora esperanza: que no reparase el ir en casa de su enemigo y Dios le sería favorable. Fue primero a decir misa.

Acabó de decir misa don Desiderio con mucho fervor, y antes de desayunarse quiso para no dilatar la inspiración del cielo, visitar a don Cosme y le halló en la cama, retorciéndose como una culebra, porque ni había podido descansar un momento, ni desechar aquella pesada losa que caía sobre su alma, como montaña de hierro; porque ni podía arrepentirse, ni podía determinarse a continuar en

su mala vida; era un estado tan violentísimo y tan horrible que en sólo unas horas de aquella noche don Cosme había quedado tan demacrado que, asustado el señor Cura, le creyó la imagen de la muerte. Cogió don Desiderio el grupo de la Sagrada Familia, y acercándose al enfermo le dice:

Don Cosme, los sagrados Huéspedes quieren pagarle a usted el buen hospedaje, voy a bendecirle con ellos.

Eran tan dulces y consoladoras las palabras del sacerdote, que miró don Cosme, y al ver frente a su cabecera, en tan hermosa aptitud al que él tanto había aborrecido, con el precioso grupo en las manos en aptitud de perdonarle y de bendecirle, que, de repente, desapareció la lucha, se le quitó la pesada losa, huyeron las negruzcas sombras, se hundió la debilidad y flaqueza, y entró de lleno la gracia y con ella la fortaleza, el deseado consuelo.

Rompió a llorar don Cosme, y arrojándose de la cama lleno de fervor y santo arrepentimiento, con las manos cruzadas, repetía: «Perdón, Señor ¡perdón para este miserable!» Dejó don Desiderio, enternecido, el grupo sagrado sobre la mesa, para ir lleno de consuelo a abrazar a don Cosme y decirle: «Alabemos a Dios, don Cosme, y bendigamos a la Sagrada Familia, por la que hoy entra la felicidad en esta casa» don Cosme pedía sin cesar perdón a Dios y a don Desiderio, y éste abrazándole con el corazón henchido de alegría, le repetía riendo: «Perdonado, don Cosme, perdonado...»

VI

Todo Villa Alegre celebró el triunfo del señor Cu-



ESCENAS DE FAMILIA

Desde el cadalso al cielo

(Rigurosamente histórico hasta en los más pequeños detalles)

A la santa memoria de mi
amadisimo Padre.

Moga, S. J.

Jamás se había conocido semejante lleno en el destartalado caserón donde está la Audiencia en la ciudad de C... Y no era de extrañar, porque tampoco se había conocido reo tan generalmente aborrecido, ni crimen tan injustificado y horrendo. Por eso fué necesario un tupido cordón de fuerza para impedir que se viese arrastrado por las calles el que había perpetrado los más infames asesinatos que registra la historia de lo criminal, a pesar de no ser pocos los que se cometían, por las condiciones de los tiempos y circunstancias.

Pero lo que llenó de horror, de ira y de coraje a la muchedumbre contra aquel desdichado fué el cínico y desvergonzado alarde que hizo de sus repugnantes crímenes.

—¿Cómo se llama usted? preguntó el señor Presidente con voz conmovida, porque estaba seguro del fatal desenlace.

Francisco José de Castroverde—contestó el procesado con un descaro que hizo decir a los señores magistrados:—¡Vaya un mocito!

—¿Es usted casado, soltero o viudo?—volvió a preguntar el Presidente con más firmeza en la voz, a causa de ver al procesado tan resuelto.

—Soy casado por lo civil—contestó con mayor desparpajo.

De la apiñada muchedumbre salió un murmullo que daba a entender el odio que sentía hacia aquel malvado.

—¿Ha sido usted procesado alguna otra vez?

—No, señor; con esta me basta.

—¿Dónde estaba usted el 15 de enero, próximamente a las cuatro de la tarde, hora en que se cometió el horroroso crimen por el que a usted se le ha procesado?

—¿Dónde? Pues estaba en la finca de Carrascal... Como que yo fui el que hice las cuatro muertes...

El Presidente sintió un escalofrío; los magistrados bajaron la cabeza. El Fiscal cerró el proceso, porque conoció que nada iba a hacer falta. En el público se notó un sordo rugido de indignación y de zozobra, que fué preciso acallar.

Francisco José de Castroverde, el más cínico de los criminales que jamás se pueden sentar en el banquillo, de pie, como estaba, mirando al público como si despreciase sus amenazas, y levantando la voz para que jueces y público le oyesen, riendo con desvergüenza, que rayaba en locura, y hablando con sorna, que rayaba en insensatez, sin esperar a más preguntas, dijo él mismo:

—Señores, no se extrañen ustedes; yo soy el reo.

y a mucha honra tengo el confesarlo; yo fui amigo, y muy amigo, de Santicos; él conocía todos mis andares; fui a pedirle un favor, que no estaba fuera de propósito el que me le hiciera; hubo de negármele con modales groseros, no quiso darme explicaciones, y le pegué un empujón algo *amoscao*; él me contestó con un insulto, me llené de coraje, y como yo le fuese a dar un bofetón, él hizo un movimiento de defensa; no^o necesité más; lo agarré por el cuello, según se huía, y lo reventé como un triquitraque... Lo pisé después a mi gusto; lo dí algunas puñaladas por temor de que no estuviese bien muerto, y sentí cierto placer de haberle reventado.

Fuíme a su mujer y la agañoté del mismo modo, y como no quería quedase de él ralea, hice lo mismo con sus dos hijas, porque me pareció de cobardes el dejarlas.

El rugir del auditorio, que aumentaba y se oía como el estruendo de una tormenta, como burdel de un ejército que entra a saco, entre los gritos de —¡muera, arrastrarle, al palo, al palo, y que esté alzado hasta que le coman los buitres! — tomó tal incremento el vocerío, que ya no se oía una palabra al reo, que reía y gesticulaba como si con él no fuese; sudaban los jueces de vergüenza y de miedo; jamás, en tantos años como habían vestido la toga, habían presenciado cosa que aquello se pareciese.

A brazo partido tuvo que luchar la fuerza para desalojar el local, y un montón de soldados custodiar al reo para que no fuese hecho trizas antes que concluyese de llenar las formalidades la Sala.

Preciso fué precipitarlo todo, y que un alguacil saliese, y a voz en grito leyese la sentencia de muerte de aquel cínico criminal.

— ¡Que muera! — se oyó en un grito atronador, que duró cerca de una hora y que se repetía por todas las calles de la ciudad, envuelto con las palabras de — ¡gracias a Dios que la Audiencia ha dado su justiciero fallo!

Ni una sola lágrima, ni una sola voz de conmiseración hacia aquel desgraciado, nadie se compadecía ni de él ni de su hija, lo que jamás falta en esas ocasiones.

Sólo un prolongado y desgarrador grito, que no se conocía si era de persona humana o de fiera, una especie de voz melancólica y lastimera, tristísima en extremo, que llenó de pavor a los jueces y a cuantos con el reo estaban. Un prolongado y repetido aullido de una perrita llamada Guajira que no hubo fuerzas para que la separaran del lado del reo, como si fuese la única cosa que él hubiera amado y que fidelísimamente le correspondiera.

Por tres o cuatro veces dejó oír aquellos aullidos lastimeros; y se tiró después a la larga a los pies de aquel desdichado, como diciendo: «No me matéis, ni me retiréis de su lado, que acaso conozca o lamente yo lo que vosotros no barruntéis ni conozcais. Dejadme que le compadezca y le acompañe hasta el cadalso, ya que nadie le compadezca ni acompañe; porque quizá por su culpa todos le juzguen indigno de la vida. Nadie se atrevió a retirarla.

Condújose con las más exquisitas precauciones al reo a la cárcel, púsosele en el más lóbrego calabozo y amarrósele fuertemente, porque ni las esposas de las manos, ni los grillos de los pies, le parecía suficiente para el que tal alarde había hecho de aquellos horrorosos crímenes.

Como ya era pública la sentencia y ningún aso-

mo había de que se pudiera pedir y menos conseguir el indulto, se notó cierta gravedad en el reo, que desdecía mucho de su anterior alarde y cinismo; acariciaba como podía a su Guajirita, como si quisiese pagar el sentimiento que por él había mostrado. La perrita le halagaba sin descanso, como si pretendiese animarle, como si quisiese darle algún consuelo, ya que nadie le dirigía ni una palabra de compasión o de alivio.

¿Pero quién se iba a atrever a hablar a aquel monstruo?... Nadie; imposible, todos le habían cogido miedo.

La noticia de su cinismo en la Audiencia había cruzado la ciudad como el rayo, y eran tan siniestros los comentarios que del reo se hacían, que nadie se juzgaba capaz de hablarle ni desde lejos.

Y acabó de arreglarlo cuando el capellán de presidio se presentó a él por obligación, y fuese por la aspereza de éste o por el mal recibimiento de aquel, le cobró tal miedo que no hubo fuerzas humanas que le pusiesen segunda vez delante.

Excusáronse otros sacerdotes diciendo que estaba loco y no se había de conseguir nada, al menos por entonces. — Cuando él entre en cuenta podrá intentarse algo—decían.

II

Así habían pasado varios días, sin que a aquel desdichado se le concediera un rayo de luz para sus ojos, ni un consuelo para su alma.

De firme y resuelto carácter hasta la tenacidad, como violentas eran sus pasiones, el cínico reo de todo se había dado cuenta y por salirse con la suya

nada pedía y de nada se quejaba. Y para distraerse no tenía más que a la fiel Guajirita a quien acariciaba y de quien se dejaba acariciar, como si los dos fuesen solos en el mundo y fuesen a correr la misma y tristísima suerte.

Don Pascual, hermano del jefe del presidio, persona muy piadosa y muy desengañada y muy caritativa, había bajado con su hermano, alguna vez por curiosidad, otras por no sé que fuerza oculta de compasión, con deseo de observarle; y en la actitud del reo y en los continuos halagos del animalito había descubierto que aquel monstruo tenía corazón. Luego no había duda, la cuestión estaba en saber tocar alguna cuerda que no estuviese completamente rota, mover alguna delicada fibra que despertase en aquel desdichado el sentimiento.

Llorando por la salvación de las almas salía de la capilla doméstica de tener su fervorosa oración el Padre Moga, cuando fué avisado por el hermano Paco, portero de la Residencia que allí tenían los jesuitas, para que fuese a la portería, donde le esperaba don Pascual, según decía, para un asunto gravísimo.

Agarrando al visitante el cariñoso Padre por las dos manos, con la sonrisa de un niño y con el corazón de un ángel, le dice:

—¿Qué asunto tan grave trae por aquí mi amigo?... Por fuerza será la conversión de algún pecador.

—Precisamente, es más que un pecador, es un monstruo, Padre. No sé como vengo; nadie se atreve, porque no hallan medio de entrarle; se trata, Padre, del desdichado Castroverde; nadie quiere ha-

blarle y va a llegar el día de la ejecución y morirá como un renegado.

El Padre escuchaba con vivísimo interés que no carecía de cierta satisfacción.

—¿No ha ido ningún sacerdote?

—El capellán una sola vez y no se hablaron.

—Y frailes, ¿no han ido?

—Tampoco. No sé qué diga si le tienen miedo; dicen que está loco, y yo creo que no hay nada de eso; temen excitarle y que blasfeme...; y creame, Padre, si usted no va creo que nadie se atreve.

—¡Pero Dios mío! ¿Quién soy yo para ir a cosa tan hermosa, como es hacer de un criminal un santo, habiendo otros mejores que yo y mucho más a propósito?—dijo sonriendo el humilde Padre.

—Como usted quiera, Padre—replicó con mucha satisfacción don Pascual, que vió ganada la partida—; como usted quiera; pero si usted no va no irá nadie.

—Bueno hombre, bueno, pues véngase por aquí a la tarde, mientras yo lo encomendaré a mis cuatro amores...

Despidiéronse con un abrazo aquellas dos almas, que en su profunda humildad decían la una a la otra: el cielo te escoge para la cosa más grande del mundo, cooperar a la salvación de un desdichado.

Volvióse el Padre a la capillita y ya casi no podía orar. Estaba poseído de santa alegría: sentía en su interior un presentimiento hermosísimo de que el Señor quería usar de misericordia con aquel miserable; no había que perder tiempo y ser fiel instrumento de la divina gracia.

Dió cuenta al Superior, y como éste le hiciese ver lo grave del caso y peligroso del asunto, le dijo:

—Mándeme, Padre, y no haya miedo; yo hallo en ello una consolación grandísima.

—Sí, Padre, puede ir, y si V. R. no fuese iría yo, pues no se puede consentir dejar de poner hasta el último medio para evitar, en cuanto de nosotros dependa, se pierda un alma.

Poco le faltó al fervoroso Padre Moga para dejar escapar las lágrimas del placer que sintió al obtener el permiso. Besó las dos manos al Padre Rector y empezó a tratar sus asuntos con sus cuatro predilectos amores; pero lo encomendó de un modo especial a San José, porque el reo llevaba su nombre.

Estando en su cuarto sacó una estatuíta del glorioso Patriarca que llevaba siempre consigo y a la que solía encomendar los más penosos asuntos de la vida, colocóla en el reclinatorio y oraba delante de ella.

—Queridísimo San José: mira que se trata de la honra de tu divino Hijo, de acreditar tu poder, de tu propia honra... Mira que ese pecador lleva tu propio nombre. ¿Consentirás que se pierda?

Quedóse como estático el Padre, y la estatuíta movióse a un lado y otro, como diciendo: no lo consentiré. El Padre sintió una impresión muy agradable; pero acabó de convencerse viendo que el santo, contra toda ley física quedó profundamente inclinado sin caer hacia adelante. Sí, no había duda. Dios lo quería; adelante. ¿Qué importaba que para ello fuese preciso la sangre de un Religioso o la honra de un jesuíta?... Todo, todo había que sacrificarlo.

III

PRIMERA VISITA DEL PADRE

D. Pascual se llevó chasco; llegó a la Residencia con cierto temorcillo no se acobardara el Religioso en cuya busca iba; tan mal impresionados estaban los ánimos, que dudaban de todo. Qué agradable sorpresa experimentó al ver que el Padre ya le esperaba abajo, y abrazándole cariñosamente, le dice:

—Vamos, vamos que no hay que perder tiempo.

Sonaron los duros cerrojos de las férreas puertas; se abrieron algo las ventanas en atención al Padre y rechinaron los goznes del calabozo como asustados de que los interrumpieran su silencio.

Deslumbráronse el reo y la perrita su fiel compañera porque no habían vuelto a ver la luz ni más visitas que las del jeje carcelero y alcaide, envueltos siempre en cierto misterio a la pálida luz de una linterna.

Detúvose el Padre y pudo con cierto asombro considerar a un hombre de mal aspecto y peor talante amarrado a una gruesa cadena, fija a una argolla embutida en la pared, y arrastrando una barra sus desnudos y sucios pies; esto y el desagradable olor que salió del lóbrego calabozo al abrirle, hicieron detener al Padre y sentir cierta natural repugnancia y temor; pero en su mano derecha, con la que tenía agarrada la estatuita del Santo, sintió como un pinchazo que le recordó todo lo pasado. No necesitó más el fervoroso Religioso; se arrojó sobre el criminal, y abrazándole cariñosamente, le dice:

— ¡Hijo mío, Pepito! ¡Qué triste te encuentro..., qué deseos tenía de verte; alégrate, Pepito, hijo mío;

alégrate que ya no te faltará ni compañía ni consuelo!

Quedóse el reo confuso, sin saber ni qué pensar ni a qué atribuir aquello. Ni una sola palabra se le ocurría, ni el más ligero movimiento pudo hacer...

Pero la Guajirita que lo había observado todo empezó a acariciar al cariñoso Padre; porque a los animalitos les sobra el instinto como les falta la inteligencia, y aquél la hizo comprender que aquel hombre iba a ser de casa, y mirando a su amo parecía decirle: no temas, alégrate, El reo miró a su Guajirita y se sonrió con aquella profunda tristeza que tenía sobre su alma.

Poco más pasó en aquella primera visita, ni convenía; el Padre Moga no dejó de acariciar a la perrita y de mostrar simpatía y extremado cariño al reo.

Al despedirse, la perrita se agarraba con sus patitas delanteras al Padre, cruzábalas, se colocaba delante como para no dejarle salir.

Esto hizo que el Padre la repitiese:

— No, no me voy; sólo hasta mañana...; mañana vuelvo.

Esta promesa tranquilizó a la perrita y al reo, que instintivamente deseaban se repitiera la visita.

IV

¿Qué había pasado por aquel corazón de piedra que no pudo dormir en toda la noche? No sólo discurría por las horas que faltaban para que amaneciese, sino hasta los minutos que restaban para que llegase la hora de tener el gusto de volver a ver al Padre y ser abrazado por él.

Siempre gusta el ser querido, pero hay casos y circunstancias que el más duro corazón se ablanda



a la sola presencia de una persona que no le aborrece, que le ama. Como Castroverde se creía aborrecido de todos, no era extraño que sintiese especial afecto por aquella persona que resultó no aborrecerle, sino amarle.

Sí, a Castroverde le parecían muy largas las horas, y con marcada ansiedad esperaba la llegada del Padre; otro tanto, o algo más, sucedía a la perrita, que olfateaba sin cesar, y en sus incesantes idas y venidas desde la puerta del calabozo al rincón donde estaba su amo, mostraba bien a las claras que deseaba lo mismo y de la misma manera que él.

Escuchó el animalito un largo rato por una rendija de la puerta; guardaba silencio profundo, como si allá, de muy lejos, quisiera percibir algún ligero ruido. Dos veces repitió lo mismo, síntoma de que andaba cerca lo que esperaba, y por fin al sentir descorrer el cerrojo, empezó a brincar como si la enseñaran la cosa que más la gustase. Ya no escuchaba, no hacía más que saltar y acariciar a su amo; así lo comprendió éste, y con agradabilísimo golpe en su corazón que recibió al primer brinco de su Guajirita, dejó asomar a sus labios una franca sonrisa, que parecía un rayo de luz y de esperanza en medio de aquel inmenso mar de profunda tristeza.

Momentos después entraba, radiante de alegría, el humilde religioso; mayor, si cabe, la mostraba el animalito, deshaciéndose en halagos, y no poca se mostró en el carácter del asesino. Y qué nuevo golpe sintió su alma cuando de nuevo se sintió abrazado por el bondadoso Padre, que lleno de júbilo dice:

— ¡Qué noticias te traigo, queridísimo Pepel...
¡Qué noticias más hermosas y de cuanta satisfacción y alegría para tu alma!...

El reo pareció olvidarse de su crítica situación y hasta del odio que había levantado en todos con su cinismo y vergonzosas manifestaciones.

Cierto que él se había convencido por los sucesos, que no había uno sólo en el mundo que no le aborreciera, que no le odiase. Y ahora se hallaba con un corazón generoso que le brindaba amor, amistad, plácida compañía y noticias agradables; olvidado estaba casi por completo de lo aborrecido que era.

—Cuénteme, Padre, cuénteme esas noticias tan hermosas y consoladoras, que mucho dudo que lo sean, porque nadie me quiere en este mundo.

—¡No digas eso, hijo!—le contestó el Padre abrazándole de nuevo.—Yo te probaré que sí, pues no sólo yo te quiero; hay alguien que te quiere mucho, muchísimo. Pero, querido—continuó el religioso—, yo no puedo consentir que estés así; voy a decir al carcelero que te desamarre y te deje sólo con los grillos, para que te puedas manejar y sentarte junto a mí; sí, hijo, y si repugna, le diré que no tema, que yo salgo fiador, que si te escapas, yo me quedaré en tu puesto.

Como al decir esto el Padre lo acompañaba con pruebas de incomprensible cariño, el cínico reo sentía una zozobra que le parecía que iba a reventar, pues sentía una comenzón incomprensible en todo su cuerpo y unos movimientos en su alma que no podía ya detener, y esforzándose por contener la emoción, ocultaba la cabeza entre los brazos del Padre, como si tuviese vergüenza de que le viese tan mudado; no podía ya hablarle ni una sola palabra.

Salió el Padre, y tanto rogó e insistió al carcelero, que movido por sus súplicas bajó al calabozo,

desamarró al reo, le quitó las esposas de las manos, y le dejó sólo la barra en los pies.

Regocijado en extremo el Padre por la bondad del carcelero, cogió a Castroverde y le sentó junto a sí; le besaba con efusión las callosas manos, y mientras el reo parecía agobiado por tantos favores, la perrita hacía tantos extremos, que había que reñirla, y sólo a fuerza de mandárselo lograron que, sentada sobre las patas traseras los mirara de hito en hito como quien no quiere perder una sola palabra de lo que hablasen.

—Voy a darte, querido Pepe, la más agradable noticia que puedes recibir en las tristísimas circunstancias en que te hallas. Sabrás, querido mío, que ayer y esta mañana he estado en tu casa y he consolado a tu afligida esposa; y sobre todo, querido de mi alma—díjole el Padre abrazándole con mayor ternura que una madre abraza a sus pequeñuelos—. y sobre todo he besado a tu Magdalénita, y la he prometido que la traería a ver a su padre. ¡Pobrecita, cómo suspiraba por verte!

Castroverde no pudo resistir más; aquel cariñoso jesuita había sabido tocar la única fibra que aún no estaba rota en su duro corazón. Le había conmovido de tal modo, que bramando como un toro lloraba como un niño... Abrazaba, besaba al humilde religioso, y en entrecortadas frases, le decía:

— ¡Padre, Padre mío!... A usted le debo más que a mi padre..., más que a mi madre, a la que tanto amé en este mundo... Hija..., hija mía..., Magdalénita..., vas a venir a ver a tu desdichado padre, a este monstruo que no merece vivir entre los hombres... No, hija..., no vengas..., tu padre te ama demasiado

para consentir que le veas en tan horrible situación...; yo daría mil vidas por tí, pero...

—No hay pero que valga, hijo mío—dijo el Padre sin dejarle que continuara. —Llora, desahógate cuanto quieras; ya estás arrepentido de tu crimen.

—Sí, Padre; bien lo sabe Dios.

—Pues no temas, hijo; Dios lo arreglará todo y podrás ver tranquilo y alegre a tu mujer y a tu hija.

V

CUADRO SEGUNDO

—Sí, Padre; si yo no soy malo; si me pesa en el alma el disparate que hice; si fué que me cegué; si me horroriza sólo pensarlo.

Y lloraba tan fuerte y parecía hacerlo tan del alma, que el carcelero, que estaba presente y enterado de todo, no pudo menos de exclamar:

—¡Jinojo!... O ese Padre es un santo, o ese criminal es rematadamente loco. Porque, ¿cómo se explica lo de la Audiencia con ésto?... Allí blasfemaba como un demonio y hacía alarde de sus crímenes como un condenado del infierno, y aquí llora como un niño y se da golpes de pecho como una beata... ¡Por vida de Belcebú, que yo no lo entiendo!

Cierto que ni él ni el mismo reo lo entendían; pero lo entendía Dios, y sabía que lloraba de veras y que no estaba loco.

—Sí, Pepito—dijo el Padre, después de dejarle llorar un buen rato—: yo lo arreglaré todo; no hay que perder el tiempo; arreglaré los negocios para que

te cases con Elvira, que ya sé, hijo, que por pereza no estáis casados.

Sonrióse Castroverde y dice:

—Por eso, Padre; que yo la quiero bien del alma.

Bueno, pues luego que te confieses y te cases y puedas más de corazón a tu hija llamarla hija del alma, verás cómo en medio de este lóbrego calabozo tienes luz, paz y alegría como no la habrás sentido en tu vida.

—Lo que usted quiera, Padre; lo que usted quiera; cuanto más pronto mejor; Dios se lo pagará todo lo que haga por este desdichado.

Habían pasado cinco horas en estos coloquios, y ni el Padre ni el reo se habían acordado que no habían comido; por eso convinieron en que otro día ya comería allí el Padre, y que se sacaría permiso para que se quedase allí las noches que restaban de vida al reo.

Castroverde no tenía más que un pensamiento: el Padre y su hija. ¡Con qué pagaría él aquello!...

En los ratos que no estaba allí el Padre, reflexionaba en lo que le había dicho o se entretenía con su Guajirita, que era la fiel confidente de todo, y que en el modo de recibir y despedir al Padre cura y de escuchar cuando hablaba, debía de entenderle; por eso Castroverde la acariciaba, y poniéndola de pie, como muy bien sabía, la preguntaba:

—Guajirita, ¿qué te parece de ese Padre cura? Ese sí que es bueno, ¿eh?

Y el animalito meneaba la cola y brincaba sin caerse; aullaba de un modo especial; quería sin duda hablar y no acertaba; pero con todos sus movimientos y ademanes llenábale de consuelo y alegría, y le hacía entender que aquel Padre cura era un san-

to..., era la Providencia de Dios, que baja a su modo hasta los más lóbregos calabozos en busca de los desgraciados.

—No quiero, hijo mío—decíale el Padre al día siguiente, que se abrazaron como de costumbre—, no quiero que vengan ni tu Elvira ni tu hija Magdalena hasta que esté todo arreglado, y que en la primera visita os caséis para evitar decires; después ya vendrán todos los días; de eso, hijo, yo me encargo. Ahora quiero que sólo pienses en confesarte bien, hijo; luego haremos aquí un altarcito, te casarás y comulgarás con tu esposa. ¡Y ojalá que fuese mayorcita la niña!... Ya veremos si puede prepararse para que también comulgue; y aquel día quedéis hechos unos ángeles.

—Padre, si mi hija lo es, y Elvira es muy buena; yo sólo, yo soy un demonio.—No, hijo; ya no lo eres, porque el demonio no puede arrepentirse, y tú ya lo estás.

—Y muy de corazón, Padre. Enséñeme usted a confesar, pues yo ya no me acuerdo desde que no lo hago; creo que desde que murió mi santa madre, que me hacía confesar todos los años, y algunos hasta tres veces.

—Sí, hijo; ella desde el cielo nos ayudará; vamos a ir haciendo examen.

—Padre, si yo no fui malo; mire usted, no me casé por vergüenza. Al morir mi madre, me quedé solito en el mundo; bien lo sentía ella; yo no me podía arreglar solo; me llevé a Elvira y, ya ve usted, nos queríamos mucho y el diablo hizo lo demás; después que tuvimos la niña, créame usted, ya no me atreví a decir nada; muchos nos preguntaban y respondíamos que estábamos casados..., ¡como aquí hay tan-

to de eso!.. En cuanto a las muertes, Padre, me horroriza pensarlo...; si usted no me hubiese animado, creería que Dios no había de perdonarme. Yo amaba mucho a Santicos, era amigo de toda la vida, le quería con toda mi alma; de sus dos angelitos no me quisiera acordar; fuí una fiera, me puse loco...; mire, Padre, a la Mariquilla la quería como a mi misma hija, por no decir más... ¡Cómo estaría, Padre, cómo estaría para hacer aquello!...

Y el cínico reo de la Audiencia no podía hablar por la fuerza de los sollozos.

—Padre, si por yo morir resucitaran aquellos angelitos, con cuánto gusto moriría. Padre, usted sabe cuánto amo a mi hija; pues si por perderla a ella y morir yo detrás volvieran a la vida las de mis amigos, yo recobraría la paz, yo sería feliz sólo al pensarlo.

—Pero, hijo — dijo el Padre para descubrir el misterio que conoció había encerrado—. ¿No decías en la Audiencia delante de los jueces y de aquel inmenso gentío que si volvieran a la vida se la volverías a quitar?...

—Calle usted, Padre; no me dé la más cruel de las muertes recordándome lo que ¡Dios mío! bien sabéis porqué lo hice. Lo detesto con toda mi alma, lo detesto. Padre, me engañaron; mi abogado me dijo que de todo punto era necesario hacerlo, yo dije que no podía, y me contestó que era preciso hacer alarde de todo y con cínicos y bruscos modales para que me tuviesen por loco, y que sólo había este camino para evitar la pena de muerte. Lo pensé, no podía, y tuve que llenarme de alcohol para poder hacerlo. Créame, Padre; después que ha pasado me da aún mayor pena y amargura, de tal modo, que no puedo

pensar en ello sin cubrirseme el rostro de vergüenza; me sepultaría debajo de tierra para que nadie me viese, para huir de mí mismo.

—Bueno, hijo; no necesito más, tranquilízate y no vuelvas acordarte de eso.

—Sí, Padre; cuando suba al cadalso diré todo lo que ha pasado; no quiero morir con ese borrón infame; soy un criminal, lo sé; pero no soy un malvado; quiero que todos sepan que estoy arrepentidísimo de lo primero, y que no hice lo segundo.

—Hijo tú harás lo que yo te mande.

—Sí Padre —dijo sin poder detener el llanto—; a usted lo debo todo, seré como la cera en sus manos. — Y se arrojó, sin dejar de sollozar, en los brazos del bondadoso religioso.

Dos horas después recibía la absolución de todos los pecados de su vida, después de doce años que no se confesaba, pero con tan grande contrición, que más de una vez hubo de animarle el Padre para que no desfalleciese de pena en su dichoso arrepentimiento. ¡Que cuadro tan hermoso! Así trasforma una fiel correspondencia a la gracia divina, a un criminal en manso cordero, a un perseguidor de los cristianos en un verdadero santo.

—Ya no temo ni siento morir, Padre; ¡qué a gusto y qué contento estoy!

Estas fueron las primeras palabras después de confesado.

VI

LA BODA

La víspera la pasaron toda la tarde el Padre, el reo y don Pablo, al que no pequeña parte cabía de

todo aquello, arreglando un altarcito dentro del calabozo, donde el Padre había de celebrar la Misa después de casados aquellos infelices y dar el Pan de los ángeles a aquellos desgraciados, que si fueron aborrecidos por toda la ciudad, y su comarca, ahora se iban haciendo interesantes, y a no pocos simpáticos, por los sucesos que del reo en la carcel se contaban.

Pero aquí, como en todo lo grande, y sobre todo, en los prodigios de la gracia, envidioso el demonio sembró infernal cizaña por sus secuaces los masones, que muy malos y en gran número allí había.

Vertióse una especie infamante que cundió como mancha de aceite, que el cielo quiso deshacer con gran quebranto de los calumniadores.

La ciudad entera se había puesto en movimiento; por todas partes se animaba la gente, diciendo:

—Vamos a la carcel; a las nueve se casa Castroverde; habrá sermón de perdones, en que el reo no sé qué tiene qué hacer y decir, y después se dará un gran convite a los presos por el Marqués de la Mejorana, que servirán los Jesuítas. Vaya, que el caso va a ser curioso y digno de verse.

—Y tan curioso y tan digno que va a *arder el Credo*—soltó un exdiputado barbilampiño lleno de manchas en la cara, que decían bien claro que algo más asquerosas eran las que tenían en su alma.

—¿Por qué?—preguntaron los curiosos asombrados.

—Porque todo lo que se cuenta de Castroverde es falso el otro día dicen que pegó un fuerte puntapié al mico del Padre ése que va a la carcel y que cree que es tan fácil convertir a un *perro* como sacar los cuartos a las beatas. Dicen que le llenó de

Sangre, y si le deja el carcelero *se le come*; y no bastó esto, sino que hizo prometer al Padre que preparase la boda con todo el ruido posible, que al fin de la comida se armaría el *jollín*, para en medio del alboroto poder escaparse con su querida el reo, ya que lo del indulto... están verdes.

Toda esta historia era contada por el ex-padre de la Patria con tanto aplomo, con tales pelos y señales, que cuantos lo oyeron, teniendo en cuenta la calidad de la persona, lo dieron por seguro, y se lanzaron a contarlo por todas partes, y en menos de una hora toda la ciudad era un lío por las tremendas y opuestas contradicciones.

Por lo menos se consiguió una cosa, que siendo tan grande el número de cobardes como el de los necios, muchísimos, siquiera por prudencia, determinaron no asistir a aquel conmovedor y santo acto, tan hermoso como singular en su clase.

A pesar de la vil calumnia, no pudo evitar el infierno que, arrostrándolo todo, se llenase la cárcel, resultando muchas limosnas para la hija única del preso, y mucha solemnidad en la comida, y sobre todo, resultó muy edificante y conmovedor el acto de la boda y Misa.

Habían sonado las nueve, y a aquel ruido infernal de mil conversaciones y cien mil comentarios, siguióse un silencio profundísimo, incomprensible en aquella muchedumbre que llenaba los corredores y tránsitos del presidio. Por todos ellos, sin que nadie pudiera explicarlo, se oía la clara y fervorosa voz del Padre Moga, que en una oportuniísima exhortación hacía ver a todos la infinita bondad de Dios, que lo mismo sube a buscar la oveja perdida a los troncos de los Reyes, como a David, pue baja a los más ló-

bregos, calabozos, brillando mucho más cuando baja que cuando sube, pues tanto mayor es el amor cuanto más criminal e insignificante la persona que se ama.

—¿Habéis conocido hombre más criminal que este desdichado? dijo el Padre con voz que parecía hacer temblar las paredes del calabozo — De seguro me diréis que no. ¿Habéis conocido hombrecillo que valga menos que éste?... Tampoco. Pues ese criminal y ese hombrecillo es buscado por la divina e infinita misericordia y bondad de Dios para que no se pierda, para amarle con amor infinito, con amor sumo, con amor incomprendible..., solicitando ser amado de él.

Levanta muy alta la cabeza, Castroverde; si ayer por tus crímenes eras aborrecido de todos, hoy por tus lágrimas y arrepentimiento eres amado de Dios y de los ángeles. ¿Qué te importa ya del mundo?

—*Nada, Padre*—dijo el reo con entereza que puso miedo a los que le oían.

—Pero precisa que también vean todos que estás arrepentido de cuanto hiciste.

—*Lo estoy, Padre*, y quiero que con mi muerte vean todos que pago gustoso la deuda que con la sociedad contraí. *Quiero morir*, Padre, y no consiento que para mí se pida el indulto; he merecido el cadalso, quiero que todos oigan que le acepto.

Los sollozos de la que para bien breve tiempo iba a ser desposada; los tiernos gritos de la inocente niña que nadie podía acallar, y la enérgica aunque respetuosa y algo conmovida voz del reo, hicieron humedecer los ojos de la muchedumbre y que todos estuviesen poseídos de un santo y extraño asombro y un sepulcral silencio.

Todo respiraba un celestial recogimiento, un temor saludable, una confianza respetuosa. El altarcito lleno de luces y flores, con las estatuillas colocadas en él por el Padre y llamadas ya por los dos sus cuatro amores: el San José, que se movió el primer día afirmativamente, parecía el Rey de la fiesta: el Sagrado Corazón, la Inmaculada y Santa Teresa, Todo, en medio de su sencillez, resaltaba majestuoso y sublime por el sitio y las circunstancias.

La gruesa cadena de amarrar en blanca las esposas y grilletes que pendían de las paredes desnudas y cubiertas de moho, hacían que resultase el lugar algo temeroso.

Se había cubierto con una alfombra el húmedo suelo, unas sillas para los señores de la Audiencia, que estudiadamente se les invitó. Ciertamente que si todo ello formaba un abigarrado conjunto, todo influía a hacer más terrible y majestuoso el acto.

Verdad es que entre el amor y la duda el objeto de las miradas de todos era el incomprendible Castroverde. A su lado estaba la que poco después había de ser reconocida por su hija, la tiernecita niña que sólo contaba ocho años, vestidita de blanco y preparada para hacer la primera Comunión con la última de su desgraciado padre.

El reo, según la instrucción del Padre, había de dominar la emoción, permanecía con los ojos bajos, clavados en el suelo, sin mirar a nadie; pero sin dejar de ser mirado por su hija que tan pronto había de dejar huérfana la inexorable justicia humana. Tenía la niña una vela en la mano y una corona blanca, como su vestido, en la cabeza. Los dos estaban de rodillas; el ángel de la inocencia sonreía al ángel

del arrepentimiento; la estatua del dolor contrito junto a la estatua del dolor inocente.

No levantó el reo la vista para mirar a su esposa Elvira, que fué colocada por el Padre a su lado, y junto a ellos los señores Marqueses que habían de ser padrinos. Revestido el Padre, se acercó a ellos en medio de la espectación general y un profundo silencio, y en alta voz que todos lo oyesen, preguntó a aquellos desgraciados si se amaban, si se querían por esposos, si revalidaban el matrimonio conforme a todos los ritos de la Santa Madre Iglesia. Fué contestado, llorando, por la esposa afirmativamente, y lo mismo con grande tranquilidad por el reo.

—Pues yo, en nombre de Dios, os desposo, y este matrimonio entre vosotros confirmo—dijo el Padre; y leyendo después lo que de ordinario se lee antes, al llegar a lo que dice San Pablo: «Se celebra para la paz entre sí y para criar hijos para el cielo», el Padre levanto la niña y cogiéndola de la mano la colocó delante, y les dijo:

—¿Reconocéis a ésta por vuestra hija?...

—Sí, Padre contestó el reo con voz firme.

Entonces la niña echó sus bracitos al cuello del criminal; y éste, cubriéndola de besos y no pudiendo contener las lágrimas, decía en entrecortadas frases:

—¡Hija!... ¡Hija de mi alma! No... no merecías tú tener un monstruo por padre... ¡Perdóname, hija mía, perdona a tu padre y no maldigas jamás el nombre del que te engendró!

La niña sin dejar de llorar, limpiaba con su pañuelito las lágrimas a su padre y le cubría de abrazos y de besos, y recio para consolar a su padre y para que todos la oyeran, repetía entre lágrimas y suspiros:

—Te quiero mucho, papaito, te quiero mucho; me ha dicho el Padre que eres muy bueno, que me quieres mucho a mí y a mi madre, que te vas a ir al cielo y que luego vienes por nosotras.

—Sí, hija, y ojalá que ahora te pudiese llevar conmigo.

Ni uno solo de los circunstantes había que no llorara. El mismo Padre estaba muy conmovido a pesar de haberlo previsto todo.

Entonces tuvo lugar una escena bellísima, que decía bien claro lo grande que era el corazón de aquel desdichado, que por no domar a tiempo sus violentas pasiones había dejado engendrar terribles arrebatos hasta el extremo de cometer aquel incalificable crimen.

Castroverde se levanta, pone la niña en los brazos de su esposa, coge de la mano al Padre y con una sola palabra puso en silencio a todos, enjugó todas las lágrimas, excitó vivísima curiosidad.

—Escuchad— dijo el reo con tal imperio que todos quedaron en ansiosa expectación.—No voy a hablar para solicitar de vosotros el indulto, no lo quiero, mis crímenes merecen la muerte y subiré tranquilo y sereno al cadalso; confío en Dios, que me dará fuerza, porque quiero que en mí escarmienten todos los que como yo, abandonando los deberes religiosos, se dejan arrastrar de las brutales pasiones; quiero pagar con mi vida lo que a Dios y a la sociedad debo.

Pero quiero, antes de recibir el Señor, pagar una deuda de justicia, quiero deshacer una horrible calumnia que estos últimos días sin duda los enemigos de Dios han propalado.

Quiero primero que sepáis que lo que hice en la

Audiencia...—; el Padre le impuso silencio e inmediatamente obedeció, y levantando una mano del Padre la besó—; ya que mi querido Padre no me deja hablar de aquéllo, no le obedeceré si me manda callar ésto —dijo abrazándole con incomprendible afecto.

—Han llenado por todas partes que yo había dado un puntapié y maltratado al Padre Moga, a mi Padre Magito, al que quiero como quise a mi madre y como quiero a mi amada hija, por no decir más; pues a él y sólo a él debo la mayor de las dichas, porque él me ha abierto las puertas del cielo reconciliándome con Dios. ¡A este Padre!; al que yo he visto más de una vez postrarse a mis pies y besar estos grillos... Publicadlo por todas partes; no, no puedo pagarle tanto como le debo; pero mirad cómo le amo...—, y abrazándose emocionadísimo al Padre, que era el que en aquellos momentos no sabía lo que le pasaba, añadió:—Al cadalso, Padre, al cadalso; subirá usted conmigo y allí acabarán de ver lo que le amo y de convencerse los infames.

Siguióse inmediatamente la Misa que oyeron todos con especial recogimiento. Tuvo lugar la Sagrada Comunión de los tres a su tiempo; acto tiernísimo que en medio del silencio arrancó lágrimas a todos por la humildad y fervor del reo, por la devoción de la niña.

Dióse enseguida la comida preparada o los presos y fué servida no por los *jesuitas*, sino por las más aristocráticas personas de la ciudad. Dentro del calabozo comieron los esposos, la niña y el Padre, departiendo alegremente, como si se tratara de prepararse para una fiesta. La Guajirita, que du-

rante la larga ceremonia y la Misa había estado acurrucada a un rincón sin decir *esta boca es mía*, ahora comía, jugaba y halagaba a todos, porque ella se tenía como parte integral de aquellas tiernísimas escenas.

VII

LA EJECUCION

Muchísimo se trabajó para conseguir del reo que cediese y se pediría el indulto; pero no fué posible poderlo conseguir.

Cuando de ello le hablaban, solía decir.

—¿Ustedes me aseguran de que he de estar después tan bien preparado como lo estoy ahora para morir?... Además, debo a la sociedad una gran deuda y quiero pagarla. Yo espero que con mi muerte Dios se dará por satisfecho: precisa que yo muera para la honra de la religión. Cuántos dirían, si no se me diese muerte, que todo había sido una farsa y sólo se había hecho para conseguir el indulto... No, no le quiero; deseo morir, porque es un sacratísimo deber el que muera. A mi hija Magdalenita, que la llevo en mi alma, no faltarán almas piadosas que la protejan, y mi amadísimo Padre queda a su encargo; mi esposa es buena y está resignada.

Desde aquel día, pues se le habían concedido ocho más de vida, eran frecuentísimas las visitas a la carcel, ya por curiosidad, ya por devoción; pues no inspiraba poca aquel desgraciado, que cuanto más se acercaba la hora de la justicia se le veía más alegre, más tranquilo y más sereno.

¡Cuántos le sorprendieron en dulcísimos coloquios junto al Padre, que no volvió a salir de allí, hablándole de la hermosura de la gloria y corriendo por sus mejillas lágrimas de la más sincera devoción! Cuando se le concedía que le visitasen su esposa y su hija, cogiendo a ésta en los brazos, la repetía todo cuanto el Padre le había dicho de la gloria.

—Allí, hija mía, estarás a mi lado para siempre no nos separaremos nunca, ¡qué dicha, hija mía, que dicha!...

—Quiero ir contigo ahora, papá—solía decir la niña.

—No, hija; tú te quedarás aquí para que seas muy buena y pedirás mucho por tu padre para que Dios no le castigue como merece. Yo cuando esté en el cielo pediré por mi hija, a la que amo tanto que sólo por Dios puedo dejarla.

Celebrábase Misa en aquel altarcito, que no se volvió a quitar, para que la oyese el reo y comulgara en ella todos los días, y cada vez lo hacía con mayor fervor.

—Voy a celebrar la última Misa y a darte la última Comunión le dijo por fin un día el Padre.

Y Castroverde, abrazándole, responde:

—Y a la tarde el último abrazo allá en el patíbulo. ¡Padre, qué feliz soy..., qué alegría tan grande tiene mi alma; jamás podía yo pensar que se pudiese morir tan contento!

El Padre por toda respuesta le dió a besar a San José, la Inmaculada y al Sagrado Corazón de Jesús diciéndole:

—Mira, hijo, éste te ha de juzgar, pídele que no use contigo de rigor, sino de misericordia.

—Padre, si le amo mucho, si me dice mi corazón con certeza que no tema.

Dijose la última Misa, que el reo oyó toda de rodillas, sin levantar la vista para mirar a nadie, sin que le distrajesen las lágrimas de los Hermanos de Piedad y Caridad, conmovidísimos como los demás que allí había. Después de la Comuni6n pidió el Padre los dejasen solos, y el reo, que por modo de Viático había comulgado, y el Padre que le dió la Comuni6n, estuvieron más de una hora de rodillas junto al altar con signos bien claros de ser acariciados extraordinariamente por Dios, según lo que contaban los curiosos, que de puntillas se iban acercando a las rendijas del calabozo para ver qué pasaba.

Aquél día no quisieron comer nada ni el uno ni el otro; ambos dijeron tenían un manjar más delicado y sabroso en sus pechos. Y compartiendo dulce y alegremente uno y otro las gracias que habían recibido del cielo, se llegó la hora sin que se le viese inmutar al reo, sin que diese la menor señal de temor ni tristeza, sonriendo con dulzura, como con dulzura sonreía el Padre.

Se le llevó por última vez a su hija, para retirarla luego, pues había de ir con su madre a orar a la iglesia mientras la ejecuci6n.

Cuando se la presentó el Padre, se arrojó a ella, la abrazó con efusi6n incomprensible, la cubrió de besos y de lágrimas, y poniéndola de rodillas delante del altarcito, la bendijo con toda entereza;—adiós, hija...; pediré a Jesús y a su Inmaculada Madre que seas una santa..., una fervorosa religiosa...—; la besó por última vez y se la entregó a su esposa, y abrazando a ésta, la dijo:

—Cuida la niña y haz de ella lo que te mande el Padre... ¡adiós hasta el cielo!

Mientras, a un rincón, Elvira lloraba y rogaba, abrazada a su hija, dando tiempo a que saliese el fúnebre cortejo. Castroverde muy conmovido, pero sereno, se abrazó al Padre, y entre los llantos de todos salió para el cadalso: tenido de todos por un santo al que habían tenido por el mayor de los criminales. Así transforma la gracia de Dios a las almas generosas... aunque se hayan sumido en el cieno.

Subió al carro por su propio pie, dió la mano al Padre para que subiera, y sentáronse el uno frente al otro, tocándose sus rodillas y agarradas sus manos como si fuesen uno mismo y corriesen la misma suerte.

La apiñada muchedumbre abría calle para que pasase la escolta, y se apiñaba de nuevo al carro fúnebre para ver más de cerca al famoso reo, del que tantas cosas contradictorias aún seguían corriendo.

Gritábanlos de lejos sin saber, sin entenderse lo que decían; pintábase un grande asombro en los que tenían la suerte de verle. El reo no miraba a nadie, sólo escuchaba al Padre, que le hablaba del cielo, y dándole a besar las tres estatuillas que consigo llevaba, le decía:

—Pronto, hijo, te verás con ellos.

—Lo creo, Padre, lo creo y lo espero.

Llegaron, por fin, al cadalso a fuerza de golpes de aquella inmensa oleada de carne humana; pues cogía más de un kilómetro la apiñada muchedumbre.

Habíase levantado con cuidado el tablado cerca de diez metros, para que pudiese ser visto de todos.

Momentos antes de bajar el reo, dijo al Padre

viendo la curiosidad de la muchedumbre por verle y oírle.

—Padre, quiero quitar la horrible mancha que eché sobre mí en la Audiencia, debo decir que cuanto me oyeron allí no lo sentía, que fui obligado a ello y después pediré perdón a todos.

—No conviene, hijo; más agradable es a Dios un religioso silencio; como la mayor parte no te habían de oír, podrían juzgar otra cosa.

Bajó la vista y le besó la mano como signo de aceptación.

Descendió enseguida él solo del carro y a toda prisa subió los treinta escalones que tenía el entablado. Esto causó cierta indeterminada impresión en todos; pero inmediatamente se trocó en religioso asombro cuando le vieron que, poniéndose de rodillas, esperaba que subiese el Padre, alargándole la mano para que lo hiciese.

Luego que subió el Padre, el reo le besó los pies, se alzó del suelo y se arrojó en sus brazos; pero sin hablar y sin llorar, lleno de cierta majestad extraña y sublime. Cogió el crucifijo que llevaba el Padre, y puesto de nuevo de rodillas, y con voz clara, tranquila y serena, dijo el Credo, besó el crucifijo en las cinco llagas, y levantándose mirando al público, con pasmosa admiración de todos, les dijo:

—Sabed que muero tranquilo y contento, he merecido esto y mucho más; rogad a Dios por mí.

Era tal el silencio, que se hubiera dicho que había un solo hombre; todos oyeron al reo.

Cogido de las manos del Padre, sin dejar el crucifijo, subió y colocó, sin ayuda de nadie, su cuello en la argolla; mirando al verdugo, le dijo:



—No temas, cumple tu oficio; yo rogaré a Dios por tí.

El verdugo, no sé si avergonzado o temeroso, dió fuertemente al torno; el Padre le señalaba el cielo y le daba la última bendición absolviéndole. El reo sonreía como un niño que se duerme en los brazos de su madre.

El religioso le besó en la frente y se puso de rodillas para encomendar a Dios aquella dichosa alma, o para encomendarse él a ella, como firmemente decía:

—Pepe, hijo mío; acuérdate de mí delante de Dios.

Todos conocieron que había muerto por la actitud del Padre Moga.

La cara del reo sonreía del mismo modo que si estuviese vivo. El verdugo, que profundamente conmovido aún tenía la mano en el torno sin darse cuenta, decía al jesuíta:

—En mi larga vida de verdugo, jamás he ajusticiado a un santo hasta ahora.

En el sepulcral silencio de la apiñada muchedumbre, resonaba todavía la voz del Padre Moga:

¡Al cielo, hijo, al cielo!

Como el Padre, de rodillas, estaba la Guajirita, que con ellos en el carro había ido, mirando como admirada sin quitar la vista de su amo; pero no aulló, ni hizo el más ligero sentimiento como lo hizo en la Audiencia. Sólo se la vió que, levantándose cuando ya estaba muerto, lamió con gran suavidad la mano de su amo que aún sostenía el crucifijo.

Todo había concluído y nadie se movía; entonces el Padre, levantó la voz y les dijo:

—Hijos míos, creedme, este criminal, como el

que tuvo la dicha de morir con Cristo en el Calvario.... desde el cadalso ha subido al cielo.

NOTA FINAL

Al tercero día celebrábanse las honras fúnebres con inusitada pompa y con escogidísimo cortejo. Atestada de curiosos estaba la iglesia; presidía el funeral, con el presidente de la Audiencia, el Padre Moga, a quien todos decían se debía tan asombrosa conversión.

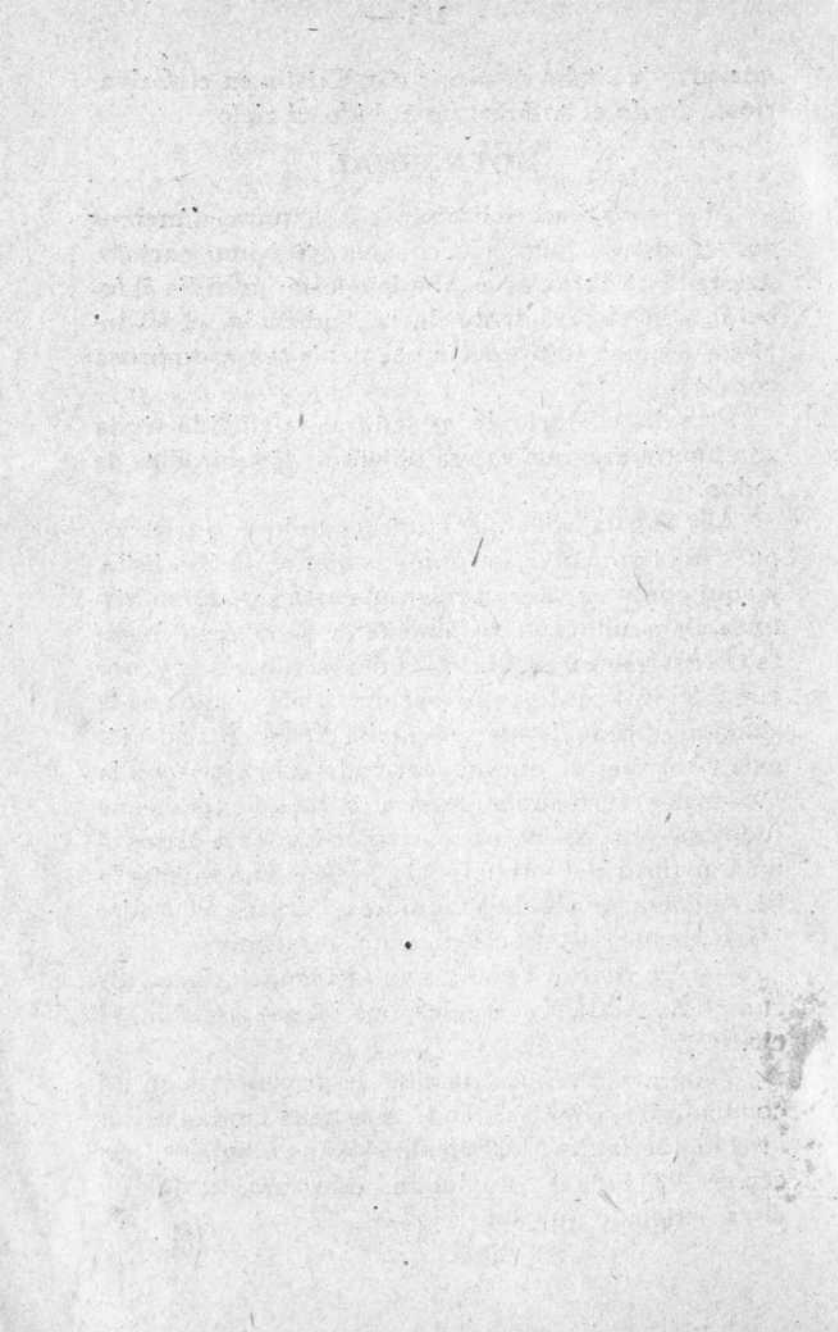
Presidía el duelo de las señoras la afligida viuda y la huerfanita que ya era objeto de las miradas de todos.

Allí estaba, sin que nadie la hubiese invitado, pues era tan necesaria como los dichos, la Guajirita, y aquí como en todo el relato de esta verdadera historia, llamando poderosamente la atención. No estaba triste el animalito, no aullaba; sin cesar y por cima del inmenso gentío pasaba desde el sitio de la viuda al estrado donde se hallaba el Padre, acariciábale y volvíase de nuevo, acariciaba a la viuda y a la niña y de nuevo subía al estrado, de tal modo, que todos se fijaron y no poco extraño era para todos el fino instinto del animal, más perfeccionado que la inteligencia de muchos hombres. Al salir el Padre Moga riendo con gracia, decía a los señores:

—¿Han visto ustedes cómo la Guajirita hace los cumplidos y da las gracias por el que está en el cielo?...

Ocho días después entraba de pensionista en un convento de religiosas, en la más bella ciudad andaluza, la huerfanita Magdalena. Hoy las monjas se hacen de ella lenguas y no dudan poder hacer de la hija del ajusticiado una santa.





INDICE

Páginas.

Dedicatoria al Santísimo Cristo de la Luz.....	III
Prólogo de D. Froilán Perrino.....	V
El Cristo de mi pueblo.....	1
Joaquinito.—La Grafitud de un buen hijo.....	12
Panticosa.—De las cien y una cosa que no se explican.	41
Curruca.—O al cielo por un amigo.—Un triunfo más de la Inmaculada.....	50
Nanita.—O la Visita Domiciliaria.....	75
Escenas al natural.—Caridad e ingratitud.—Trini.....	88
Lazarito.—Historia pura.....	99
Los Toros de Santa Teresa.—Narración.....	126
Escenas de familia.—Consejos de un padre a un hijo...	139
Villa y Corte de la Sagrada Familia.—A mis queridos seminaristas.....	158
Desde el Cadalso al Cielo.....	182

INDEX

Faint, illegible text, likely an index or table of contents, with some numbers visible on the left margin.

